



ENCAR CATALA

VERSOS ≡ PARA ≡ NIÑOS

200 POESIAS DE AUTO-
RES CLASICOS Y
MODERNOS



COLECCION CLARIDAD
"TEXTOS PARA LECTURA LIBRE"
BUENOS AIRES

LOS NIÑOS, COMO LOS PAJA-
ROS Y LAS PLANTAS, NECE-
SITAN AIRE, SOL Y LIBERTAD.

ENCAR CATALA



270.50
271-

VERSOS PARA NIÑOS

SELECCION DE COMPOSICIONES DE POETAS CLASICOS Y MODERNOS DESTINADA A LOS ALUMNOS DE ESCUELAS Y COLEGIOS PARA QUE SIRVA DE TEXTO EN LAS HORAS DE LECTURA LIBRE



(20)

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

COLECCION CLARIDAD

"TEXTOS PARA LECTURA LIBRE"

BUENOS AIRES

119X174

Propósitos

A los niños de hoy y hombres de mañana, buenos alumnos y mejores hijos espirituales, a los que han sabido despertar en mí, cariño, dulzura y amor a la niñez, consagro parte de mi vida enseñando prácticamente a ratos y preparando material para la enseñanza teórica otros. Por eso trato de reunir trozos, poesías, fábulas, leyendas, máximas y consejos en una serie de libros que están a su alcance.

Comprobando que en cada niño hay un gran lector y que serán ellos los que formarán las generaciones futuras, hay que simientar ahora las bases consolidando los principios de justicia, paz y libertad, sin escatimar esfuerzos y tratando de sostener la obra educativa que se desarrolla en la escuela, abriéndoles paso hacia nuevos horizontes.

La selección que hoy presento está hecha desde un punto de vista didáctico, para que el niño se oriente por sí solo y elija las poesías que pueda interpretar.

No están escogidas por su versificación o forma, sino por su fondo, por las enseñanzas que cada una encierra. Es necesario que descubran en la poesía el valor literario que posee y las verdades que en forma dulce y discreta son cantadas por quienes las sienten, ya sea en su vida interior, o en el ambiente que saturado por ellas, llega unas veces a endulzar y otras a amargar las breves horas de la existencia.

En número de doscientas y formando cuatro grupos, hallarán en el primero las más infantiles, apropiadas para los más chicos. En el segundo un poco más extensos y profundos, siguiendo una graduación lenta se agrupan veinte versos que como los primeros, son casi todos objetivos, ya que son los sentidos los que hay que impresionar para que se grave en su mente inexperta todo lo que pueda influir en el desarrollo intelectual y moral.

Precediendo a éstos se encuentran dos grupos más, compuestos por material escrito por celebrados autores y donde la variedad del estilo y la profundidad de algunos de ellos complementa la selección y el propósito perseguido.

ENCARNACIÓN CATALÁ.

Primer Grupo

DEDICADO A LOS QUE ESTAN TODAVIA EN LA
EDAD PREESCOLAR.

*No hay amigo más precioso que
un buen libro.*

ABOUTAIB.

SOY UN TESORO

Soy de mi casa la más chiquita;
la más chiquita soy de Primero;
soy el encanto de mi mamita,
de mi maestra soy el lucero.

Allá en mi casa, mi buena madre
me come a besos todos los días;
aquí en la escuela, todas las tardes
mi maestríta me da alegrías.

Soy un tesoro. Puedo probarlo.
Si un rey quisiera comprarme a mí
y un mundo diera para lograrlo,
mis buenos padres, sin escucharlo,
responderían: “¡Fuera de aquí!”

Soy de mi casa la más chiquita;
la más chiquita soy de Primero;
soy el encanto de mi mamita,
de mi maestra soy el lucero.

Lorenzo D'Auría.

EL GUSANITO DE SEDA

Gusanito, gusanito,
teje, teje sin cesar,
teje ya tu capullito
tájelo hasta terminar.

Luego, encerradito
en tu capullito,
te convertirás
en la mariposa,
novia de la rosa,
de bellos colores
que liba las flores.

Teje, gusanito,
teje sin cesar,
teje tu capullo
hasta terminar.

Hilario Sanz.

MI MANECITA

Manecita
rosadita,
muy experta
yo te haré,
para que hagas
buena letra
y no manches
el papel.

Cariñosa
quiero verte
como el beso
del amor.

sin torcerte,
sin envidia,
comedida
en la ambición.

Siempre dulce
y compasiva
con quien sufra
cualquier mal,
siempre ayuda
del caído,
siempre fuerte
en el amar.

Sitja y Pineda.

EL JILGUERILLO

Jilguerillo, jilguerillo,
tú que vuelas sin cesar,
ve y dile a mi madrecita
que ayer me viste jugar,
que la adoro con locura
y no la puedo olvidar.
Jilguerillo, jilguerillo,
tú que cantas sin cesar,
cántale a mi madrecita
que no la dejo de amar,
que la adoro con locura
y no la puedo olvidar.

Bello jilguero,
vuela ligero.
Y en tu piquito
a mi buena madre
llévale un besito.

Hilario Sanz.

A MI BANDERA

Bandera querida,
valientes soldados
te dieron su vida.

Tus paños sagrados
llevan en sus vuelos
las glorias más grandes:

sedas de los cielos,
nieves de los Andes,
y el puro cariño
de mi alma de niño.

Germán Berdiales.

EL NIDO

Lo vi una mañana.
Traía en el pico
un poco de paja,
pajita de trigo...

Miraba los árboles,
estaba indeciso;
buscaba sin duda
cuál sería el sitio
más bello y oculto
para hacer su nido.

Eligió el más bello,
un árbol florido...
Se arrancó las plumas
de su buche tibio,
y empezó su obra
aquel pajarito,
con tanta constancia
y tanto artificio,

que me dije a solas
después de un suspiro:
¡Oh, cuánta paciencia
para hacer un nido!

M. Guezúraga.

MI CUADERNO

¡Ay!, mi cuaderno,
cómo lo quiero,
es el amigo
más verdadero.

Guarda en sus hojas
toda mi vida,
con él me acuesto
y es mi comida.

Yunque y regazo
de mis quereres,
guarda el tesoro
de mis deberes.

Es una madre
que me corrige,
y cuando lloro,
también se aflige.

Es juez y es padre,
y es mi tutela,
lleva consigo
toda la escuela.

Y aunque sus hojas
tienen cadenas,
me ponen alas,
matan mis penas,

Teodoro Palacios.

LOS POLLITOS

Como en la clase,
como en la escuela;
parecen los niños
con la maestra.

Va la gallina con los pollitos.
Son tan redondos, tan redonditos,
tan afelpados, tan amarillos
como las flores del espinillo.

Todo lo miran y picotean,
luego se esparcen listos y alegres,
mas si los llama la madre, acuden
como los chicos más obedientes.

Como en la clase,
como en la escuela;
parecen los niños
con la maestra.

Fernán Silva Valdés.

CAMPANITA ESCOLAR

Campanita buena
del nítido son:
tu suave canción
no produce pena.

Después que la aurora
nos llama al trabajo,
constante el badajo
nos grita: "¡ya es hora!"

Tu bronce no canta
ningún credo grave.

"¡Venga el que no sabe!"
dices pura y santa.

Campana sublime,
campana escolar,
tu dulce cantar
es el que redime.

Campana de paz,
campana de amor;
que nunca el rencor
empañe tu faz.

J. Manuel Cotta.

MARIPOSAS

Alitas de mariposas,
 alas blancas de inocencia,
 alitas de transparencia
 sobre el candor de las rosas.

Alitas maravillosas,
 alitas que lleva el viento,
 por sobre el encantamiento
 de los seres y las cosas.

Alitas de mil colores:
 mariposa iluminada
 que libas entre mis flores . . .

Tiende mariposa el vuelo.
 ¡Qué cruel y no sabe nada
 la mano del pequeñuelo!

A. Zucchi.

MIS DEDITOS

Son mis deditos,
 mírelos,
 cinco hermanitos,
 mírelos,
 siempre juntitos,
 mírelos, mírelos.

De mi mano los deditos,
 los deditos, cinco son,
 mírelos, cuéntelos:
 el índice, el anular,
 el mayor o corazón,
 el meñique y el pulgar;
 mírelos, cuéntelos,
 cinco son, cinco son.

El mayor mandó a meñique
 a que comprara un huevito,

y meñique lo compró;
 mírelo.
 Este le puso sal,
 éste lo cocinó,
 mírelo;
 el pícaro gordo se lo comió
 y el pobrecito meñique
 ni siquiera lo probó.
 ¡Qué dolor!, ¡Qué dolor!

Hilario Sanz.

CUANDO SEA GRANDE . . .

Mamá: cuando sea grande,
 voy a hacer una escalera
 tan alta que llegue al cielo,
 para ir a coger estrellas.
 Me llenaré los bolsillos
 de estrellas y de cometas,
 y bajaré a repartirlos
 a los chicos de la escuela.
 Pero a ti voy a traerte,
 mamita, la luna llena,
 para que alumbres la casa
 sin gastar en luz eléctrica.

Alvaro Yunque.

MI MADRE

Cuando despierto
 por la mañana,
 corro a los brazos
 de mi mamá,
 Y ella amorosa
 entre sonrisas,
 me alza y me besa
 con tierno afán.
 Cuando yo lloro,

mi llanto enjuga
 y me consuela
 en mi aflicción,
 y si cometo
 una travesura,
 siempre perdona
 su corazón.

R. De de Deambrosi.

EL GALLINERO

Su fiesta llega hasta mí.
 Las gallinas cacarean
 y los pollos deletrean
 una lección de la i.
 Un gallo en tono de sí,
 después que sus alas bate,
 como un canto de combate
 prorrumpe en quiquiriquí.
 Y en medio del gallinero,
 luciendo un porte altanero,
 un caudillo se asemeja;
 y su cresta, se me antoja
 que fuera una boina roja
 echada sobre una oreja.

Ovidio Fernández Ríos.

EL PAJARO Y EL NIÑO

Un pajarillo
 dieron a Blas,
 niño travieso,
 buen perillán.
 Atale un hilo,
 le echa a volar,
 y el prisionero
 quieto se está.
 Blas le decía:
 —Torpe animal,
 goza el permiso
 que hoy se te da.
 Largo de sobra
 es el torzal;
 vuelos bien altos
 puedes echar.—

—No— dice el ave,—
 que en realidad
 ese bien, luego,
 tórnase mal.
 Tú, de la pata
 me tirarás,
 siempre que el vuelo
 quiera yo alzar.—

.....

No hay servidumbre
 que aflija más
 que una con visos
 de libertad.

Hartzenbusch.

HARAGANERIA

Haraganería,
hija de Pereza,
vive en compañía
de doña Pobreza.

La vi ayer: gemía
llena de tristeza
casi en agonía
tendida en su pieza.

Rastros de vileza
en su cuerpo había,
¡ay!, y en su cabeza
mucho fantasía.

Un pan no tenía
en su pobre mesa,
pero se sentía
olor de cerveza.

Llenando su artesa
Robo la asistía . . .
¡Tal como se empieza
se acaba algún día!

Así irá a la huesa
Haraganería,
y doña Pobreza
le hará compañía.

J. M. Cotta.

ES PRECISO TRABAJAR PARA COMER

Escarbando la tierra una gallina
un granito de trigo descubrió.

- ¿Quién sembrará este grano?, preguntóles
a una rata, a un gatito y a un lechón.
—Yo no, dijeron todos al momento.
—Bien, dijo la gallina, lo haré yo.

Cuando estuvieron en sazón los granos
—¿Quién querrá recogerlos? preguntó.
—Yo no, dijeron todos al momento.
—Bien, dijo la gallina, lo haré yo.

Una vez que estuvieron recogidos
—¿Quién los quiere moler? les preguntó.
—Yo no, dijeron todos al momento.
—Bien, dijo la gallina, lo haré yo.

—Cuando estuvo la harida preparada
—¿Quién hará un bizcochito?, preguntó.
—Yo no, dijeron todos al momento.
—Bien, dijo la gallina, lo haré yo.

Y cuando estuvo a punto el bizcochito
—¿Quién lo quiere comer?, les preguntó.
—¡Yo!, ¡yo!, dijeron todos al momento.
—¡No! dijo la gallina; lo haré yo.

Enriqueta López.

COMO LOS GRANOS DE LA MAZORCA

Como los granos de la mazorca
que viven juntos y apretaditos
somos nosotros, ¡oh, compañeros!
Así vivimos,
sin falsedades, sin egoísmos . . . ,
unidos todos y muy juntitos.

Tanto en la casa como en la escuela,
de una mazorca somos granitos;
padres y madres, maestros, niños . . .

Cuando mañana seamos hombres,
continuemos siendo lo mismo.

Dios nos bendiga. Salud nos preste;
que el pan no falte de cada día,
y que el Trabajo nos haga fuertes
y que la Escuela nos haga dignos.

Qué así vivamos por muchos años
bajo la chala de un gran cariño,
juntos, muy juntos,
y siempre unidos.
Como los granos de la mazorca,
que viven juntos y apretaditos.

José M. Marcel.

Segundo Grupo

PARA NIÑOS DE LOS PRIMEROS GRADOS

*Los libros son remedios eficaces para
las enfermedades morales.*

OSIRIS.

EL MEJOR AMIGO

Hay un amigo en el mundo,
que a nadie engaña jamás,
amigo que no es ingrato
y a todos sabe igualar;
cuando con fe se le llama,
se presenta sin tardar,
y él suele llenar de gloria
nuestra existencia fugaz.

El pobre y el poderoso
siempre amable lo hallarán;
amigo que da dinero
con una dulce bondad,
no existiendo sin su aliento
ni placer ni dignidad;
él es, el gran enemigo
de la torpe ociosidad.

¿Sabéis quién es este amigo
que todos deben querer?
"El Trabajo", que es del hombre
el compañero más fiel.

José Rosas.

EL NIDO

En el jardín de mi casa
 hay un árbol ya crecido
 y en la horquilla de sus ramas
 brilla un nido.

Es menudo y redondito
 hecho con plumas y pajas,
 y en su fondo hay cuatro huevos
 que parecen cuatro alhajas.

Nidito mío,
 cuánto te quiero,
 no salió joya más linda
 de manos del orfebrero.

Han pasado pocos días,
 ¡ay!, ya tiene pajaritos,
 ¡cómo miran sus ojitos,
 cómo pían sus piquitos!

No tiréis piedras al árbol,
 tened amor y piedad,
 que aquí fabrican sus alas
 la vida y la libertad.

Teodoro Palacios.

AZUL Y BLANCA

Salve, salve, salve,
 bandera bicolor,
 que tienes en tus mallas
 prisionero al sol.

Cruzaste llanuras,
 salvaste montañas,
 orlados tus flecos
 con lauros de hazañas.

Amazona y madre,
 jamás tus patriotas

mordieron el polvo
 de horribles derrotas.

Bajo el palio augusto
 que forma tu manto,
 se amparan los tristes
 y enjugas su llanto.

Salve, salve, salve,
 bandera bicolor
 que tienes en tus mallas
 prisionero al sol.

Teodoro Palacios.

HERMANOS

Vivamos siempre así; ligados siempre,
por este amor tranquilo y silencioso
que nos hace girar como dos astros,
el uno en pos del otro.

Vivamos siempre así; tus alegrías
en mí despiertan indecible gozo;
y tengas el consuelo, cuando llores,
de saber que yo lloro.

Vivamos siempre unidos y de acuerdo,
cual viven en el rostro los dos ojos;
unidos cual los dedos de la mano,
así siempre; ¡qué hermoso!

Vivamos siempre así; juntos crucemos,
cogidos de la mano y animosos,
este mundo tan bello para el que ama
y no se siente solo.

Vivamos siempre así; nuestro cariño
nos haga fuertes, puros y orgullosos
de sabernos seguros, apoyados
el uno sobre el otro.

E. L. de Nelson.

¡SIEMBRALO, HIJO MIO!

Siembra este carozo,
Siémbralo, hijo mío,
Que de él saldrá el árbol
Que buen fruto y sombra
Te dará en un próximo
Caluroso estío.
¡Siémbralo, hijo mío!

En cada baldío
Adonde sus pasos
Guiara el destino,
Gozosos tendrían
El árbol, la sombra,
Las flores, el fruto,
El ave y el nido.

Si todos los hombres
Sembrasen un grano

Miguel A. Camino.

ACUARELA

Es la mañana: lirios y rosas
 Mueve la brisa primaveral,
 Y en los jardines las mariposas
 Vuelan y pasan, vienen y van.

Una niñita madrugadora
 Va a juntar flores para mamá,
 Y es tan hermosa, que hasta la aurora
 Vierte sobre ella más claridad.

Tras cada mata de clavellina,
 De pensamientos y de arrayán,
 Gira su traje de muselina,
 Su sombrerito, su delantal.

Llena sus manos de lindas flores,
 Y cuando en ellas no caben más,
 Con su tesoro de mil colores
 Vuelve a los brazos de su mamá.

Mientras se aleja, como dos rosas
 Sus dos mejillas se ven brillar,
 Y la persiguen las mariposas
 Que en los jardines vienen y van.

Rafael Obligado.

CAPERUCITA

Caperucita, la más pequeña
 de mis amigas, ¿en dónde está?
 —Al viejo bosque se fué por leña,
 por leña seca para amasar.
 —Caperucita, dí. ¿no ha venido?
 ¿Cómo tan tarde no regresó?
 Tras ella todos al bosque han ido,
 pero ninguno se la encontró.

—Decidme, niño, ¿qué es lo que pasa?
 ¿Por qué esos llantos? ¿Por qué esos gritos?
 ¿Caperucita no regresó?

—Sólo trajeron sus zapatitos...
 ¡Dicen que un lobo se la comió!

Francisco Villaespesa.

RINRIN RENACUAJO

El hijo de Rana, Rinrín Renacuajo,
 Salió esta mañana muy tieso y muy majo
 Con pantalón corto, corbata a la moda,
 Sombrero encintado y chupa de boda.
 “¡Muchacho, no salgas!”, le grita mamá,
 Pero él le hace un gesto y orondo se va.

Halló en el camino a un ratón vecino,
 Y le dijo: “¡Amigo! venga usted conmigo,
 “Visitemos juntos a doña Ratona,
 “Y habrá francachela y habrá comilona.”

A poco llegaron, y avanza Ratón,
 Estírase el cuello, coge el aldabón,
 Da dos, o tres golpes, preguntan: “¿Quién es?”
 “—Yo, doña Ratona, beso a usted los pies.”

“¿Está usted en casa?” — Sí, señor, sí estoy;
 “Y celebro mucho ver a ustedes hoy;
 “Estaba en mi oficio, hilando algodón,
 “Pero eso no importa; bienvenidos son.”

Se hicieron la venia, se dieron la mano,
 Y dice Ratico, que es más veterano:
 “Mi amigo el de verde rabia de color,
 “Démele cerveza, hágame el favor.”

Y en tanto que el pillo consume la jarra
 Mandó la señora traer la guitarra
 Y a Renacuajito le pide que cante
 Versitos alegres, tonada elegante.

“¡Ay! de mil amores lo hiciera, señora,
 “Pero es imposible darle gusto ahora,
 “Que tengo el gaznate más seco que estopa,
 “Y me aprieta mucho esta nueva ropa.”

“—Lo siento infinito, responde tía Rata,
 “Aflójese un poco, chaleco y corbata,
 “Y yo mientras tanto les voy a cantar
 “Una cancioncita muy particular.

Mas estando en esta brillante función
 De baile y cerveza, guitarra y canción,
 La gata y sus gatos salvan el umbral,
 Y vuélvese aquéllo el juicio final.

Rafael Pombo.

EL GALLO

¡Yo soy el gallo! Luego que el día,
 entre colores de azul turquí,
 llega invadiendo la selva umbría,
 alegre canto: ¡Quiquiriquí!

Luzco mi cresta, cual amapola,
 de un rojo vivo de carmesí;
 como un penacho, luce mi cola
 de hermosas plumas... ¡Quiquiriquí!

Cien años vive quien se levanta
 cuando amanece. Creedlo así;
 por eso, ufana, mi voz le canta,
 al sol naciente: ¡Quiquiriquí!

De la pereza soy enemigo;
 seguid mi ejemplo, miradme a mí.
 Alerta siempre, yo a todos digo:
 —¡Llegó la aurora! ¡Quiquiriquí!

Luis J. Jiménez.

LAS DOS REJAS DEL ARADO

Tras de largo reposo
la reja de un arado
habíase tomado,
y caduca, inservible parecía.
Vió pasar otra reja,
su hermana y su pareja,
que reluciente y en flamante estado
de su labor volvía,
y díjole: “—¿Por qué si el mismo día
del mismo material y el mismo hierro
salimos todas dos, tú estás lozana
como un peso acuñado esta mañana;
mientras que yo, cual sucio pordiosero,
deslustrada vegeto y degenero?
¿Dónde te embelleciste, y cómo y cuándo?
—Hermana, trabajando.

Rafael Pombo.

EL PAMPERO

Hija audaz de la llanura
y guardián de nuestro cielo,
que arrebatas en tu vuelo
cuanto empaña su hermosura:
¡Ven y vierte tu frescura
de mi patria en el ambiente!
¡Ven, y enérgico y valiente,
bate el polvo en mi camino,
que hasta soy más argentino
cuando me azotas la frente!

Rafael Obligado.

LA HERMANA

Verano. Agosto. Declinaba el día
manchando el cielo de vapores rojos
y volvían, pisando los rastrojos
dos niños —ella y él— a la alquería.

Ella callaba . . . El chiquitín decía:
—“Yo era un soldado; y cuanto ven tus ojos
“no eran parvas de trigo, eran despojos
“de una batalla en la que yo vencía . . .”

—Pero . . . ¿y yo? . . .
—Deja; espera . . . Ebrio de gloria
“yo volvía, después de la victoria,
“y a ti, que eras la Reina, te buscaba . . .”

—¡No, no! . . . la Reina es poca cosa . . . Yo era
—dice la chiquitina— una enfermera;
y tú estabas herido, y te curaba . . .

Eduardo Marquina.

EL GATO

Mi gato pequeño
va siempre con sueño
y duerme en el día,
acaso pensando, con gran alegría,
en todas las ratas que va a manducar.

Se tiende a la orilla
del fuego que brilla
y allí runrunea,
y, en tanto que el fuego brillante chispea,
el gato dormido se pone a roncar.

Después de algún rato,
miau-miau, dice el gato.
Se lame el bigote,

si escucha el chillido de algún pericote
que allá en la despensa corriendo pasó.

De noche, en acecho
está bien derecho;
ni duerme ni chilla;
si pasa una rata, al tiro la pilla,
le clava las garras y ¡zás! . . . ¡la mató!

Antonio Bórquez Solar.

LA MUÑECA

¡Dios mío, estoy asustada!
Se pone esta muñequita
cada vez más delgadita . . .
¡Es claro!, ¡no come nada!
La he de llevar al doctor
para que vea qué tiene,
¡Irene, angel mío, Irene!,
¿me quieres mucho, mi amor?
Con sus fieros manotones
se hace, por fuerza, querer,
pero da mucho que hacer
y bastantes desazones.
Que si llora, que si grita
que si tendrá mucho frío . . .
¿Te ríes? ¡Yo no me río!
¡Qué preciosa manecita!
He pasado mil desvelos
por esa bribona . . . ¡Mala!
Papá siempre le regala
bombones y caramelos.
¿Que si los come? No tal;
en su vida los probó.
He de comérmelos yo
porque a ella le harían mal.
Su estómago es delicado,
no admite dulces tan ricos . . .

¡Con estos pícaros chicos
hay que tener un cuidado!

Con sus indisposiciones
no se gana para sustos;
ésta no da más disgustos
gracias a mis precauciones.

¿Verdad, monona, verdad?
Es un ángel esta chica...

¡Si vieran cómo se explica!

¡Tiene una precocidad!

Ella todo lo comprende
y todo lo da a entender...

¡Si parece una mujer!

¡A mí, a veces, me sorprende!

Cuando quiere conversar
¡hace señas tan graciosas!...
También pide ciertas cosas
que no me atrevo a nombrar.

En fin; es una monada.
¿Verdad, ricura, que sí?

Pero me preocupa a mí
que se ponga tan delgada.

¡Es tan grande mi temor
de que se enferme, Dios mío!
Hoy, que no hace mucho frío,
se la llevaré al doctor.

¿Que no quieres? ¡Bueno está!

¿Confites? Luego compramos.

Vamos a vestirte, vamos.

¡Qué gusto da ser mamá!

Parravicini.

EL GLOBITO AZUL

Miraba un niño asombrado,
con expresión cariñosa,
a un globo de azul pintado,
con un hilo sujetado
a su mano cuidadosa.

El globo con lento vuelo,
en el aire se mecía,
y el hermoso pequeñuelo,
con infantil alegría
por verlo miraba al cielo.

A pesar de su viveza,
y su alegre desaliño,
cierto aire de tristeza
marchitaba la pureza
de la sonrisa del niño.

Es que cuando preguntaba
por su madre, con amor;
"Está en el cielo", escuchaba,
y en el cielo la buscaba
con inocente candor.

Miraba el globo, tranquilo,
el niño, con dulce arrobo,
cuando rompiéndose el hilo,
remontóse al cielo el globo,
cual si en él buscase asilo.

No produjo al tierno infante,
pena, llanto, ni agonía,
ver que el globo se perdía;
antes bien, en su semblante
se retrató la alegría.

Y se dijo, por consuelo,
siguiendo su raudó vuelo:
"¡Oh! ¡Y qué de prisa va! . . .
¡Mejor! . . . ¡cuando llegue al cielo
mi madre lo tomará!"

Juan Antonio Cavestany.

HOMBRECITO

Madre, cuando sea grande
¡ay! qué mozo el que tendrás.
Te levantaré en mis brazos
como el viento al alfalfar.

Yo no sé si haré tu casa
cual me hiciste tú el pañal
o si fundiré los bronces
los que son eternidad.

¡Ay! qué hermosa casa haría
tu niño, tu titán,
y qué sombra tan amante
de su alero va a bajar.

Yo te regaré una huerta
y tu falda he de colmar
con las frutas perfumadas:
pura miel y suavidad.

Gabriela Mistral.

ORACION AL LIBRO

¡Oh, libro, amigo mío
que embelleces mi mano:
guíame por la vida,
eres mi buen hermano!

Colma esta inagotable
sed de saber.
De tu fuente de luz,
dame a beber.

Hazme, como tú, claro,
generoso, profundo,
abierto al infinito
llamamiento del mundo.

De la vida del misterio
tú me harás conocer.
De la ignorancia sálvame.
El saber es poder.

¡Ah, guarda entre tus páginas,
con humano fervor,
mis horas de alegría,
mis horas de dolor!

Guíame por la vida,
sé mi hermano,
¡oh, libro, hermoso libro
que ennobleces mi mano!

Gastón Figueira.

EL CHICO QUE ROBO UN NIDO

Un chico malo
Se subió a un árbol
Para robar un nido.
La madre, llorando,
Le pedía en sus trinos
Que le dejara
Sus hijitos.
Pero él, el malo,
Se metió los pichones
en los bolsillos
Y destruyó el nido.

Cuando llegó a su casa,
Los pobrecitos
Se habían muerto
De miedo y de frío.
—Hijo — le dijo su madre —
qué malo has sido.

Piensa en mi sufrimiento
 Si te robaran
 A mi cariño.
 Si te llevaran lejos.
 Tan lejos,
 Que nunca más te vieran
 Los ojos míos,
 Y después arrasaran
 Hasta el cimiento
 Esta casita donde vivimos.
 ¡Dios mío!, ¡qué malo es mi hijo!

Y el chico malo,
 Arrepentido,
 Sintió un dolor agudo,
 Como si le clavarán el pecho
 Con un cuchillo.

Ida Réboli.

¡SE ALEGRE Y TRABAJADOR!

¡Trabaja! y un solo objeto
 tu mente ocupe o tu mano;
 así el trabajo es liviano
 y es del éxito el secreto.

Hacer a medias las cosas,
 de la ruina es la pendiente:
 trabajar alegremente
 es caminar entre rosas.

¡Juega! y no turbe tu juego
 preocupación alguna:
 la rueda de la fortuna
 dará una vuelta muy luego.

Nunca pierdas la ocasión
 de hacer cosa de provecho:

del proyecto, pasa al hecho;
del plan, a la ejecución.

Hasta verla concluída
no abandones tu labor,
y hazla con tanto primor
cual si te fuera la vida.

Enemigo es el mañana,
aliado de la pereza:
¡ay de quien una obra empieza
y en darle fin no se afana!

Con la alegría en el pecho,
aunque en la frente el sudor,
sé alegre y trabajador
y al éxito irás derecho!

Ismael Parraguez.

EL MOLINO

Sigue el agua su camino
y al pasar por la arboleda
mueve impaciente la rueda
del solitario molino.

Cantan alegres los molineros
llevando el trigo de los graneros.
Trémula el agua lenta camina;
gira la rueda, brota la harina.
Y allá en el fondo del caserío
al par del hombre trabaja el río.

La campesina tarea
cesa con el sol poniente
y la luna solamente
guarda la paz de la aldea.

G. Martínez Sierra.

LA MEJOR PROFESION

Según calcula mi padre,
yo he de llegar a doctor.
Opina en contra mi madre,
que quiere hacerme tenor.

Mis dos hermanas mayores
me quieren ver capellán;
mi abuelito, don Juan Flores,
me llama ya: General.

Ya tengo bien elegida
mi profesión ideal,
la de ganarme la vida
en dulce forma real.

¡Qué, general ni doctor!
¡Qué, sacerdote ni nada!
La profesión de mi amor,
la que a mí mucho me agrada,

la de mi anhelo mayor
y de mi amor bien sincero,
es la de ser gran señor,
un gran señor . . . ¡confitero!

Lorenzo D'Auria.

Tercer Grupo

PUEDEN SER INTERPRETADAS POR ALUMNOS DE
TERCER Y CUARTO GRADO.

*El libro gobierna a los hombres y
es el maestro del porvenir.*

R. POINCARÉ.

COMO UN ARBOL

Como un árbol, de fuerte y de sereno;
como un árbol, tan bueno,
tan útil quiero ser.

Como un árbol que el viento, si lo azota
dejando alguna de sus ramas rota,
humildemente vuelve a florecer . . .

Quiero ser como un árbol florecido
armonía y canción,

que en cada rama sostuviera un nido;
y que al beso del sol de primavera
que el ritmo de las savias acelera
es todo un corazón.

Ser fuerte, mas sensible, como el pino
que hace vibrar en su ramaje fino
toda la escala musical . . .

Y si en su tronco se abre alguna herida,
desangra el útil oro de su vida
en aromado líquido cristal.

Ser como el árbol familiar que ampara
la casa solariega y le depara
abrigo, sombra, fuego en el hogar,

y que al mostrar su copa, a la distancia,
anticipa la íntima fragancia
del amable lugar.

Lograr erguirse como añoso roble
cuya altiva expresión de orgullo noble
no es orgullo, sino serenidad. . . .

Y, al domeñar mi corazón de hombre,
ser un amor sin límite ni nombre,
una anónima suma de bondad.

Juan Burghi.

UNA NIÑA A SU MAESTRA

Tú fuiste en la noche de la infancia
quien cultivó mi mente que dormía,
sin comprender su fuerza y lozanía,
a la sombra fatal de la ignorancia.

Con tus nobles desvelos y constancia
la negra sombra se ha trocado en día,
y a su luz bendecida, que me guía,
yo del saber aspiro la fragancia.

Mis labios, ¡oh, maestra!, a toda hora
repiten llenos de fervor sincero
el nombre de mi buena bienhechora.

Si alguna vez, del mundo en el sendero,
me atacase la sierpe tentadora
llevo el ejemplo de tu honor austero.

J. de Charras.

COMO QUISIERA SER

Quisiera ser como la luz tranquila
que alumbra sin quemar,
y que todos bendicen en la tierra
porque la vida y el contento da.

Quisiera ser como esos pajarillos
que entonan su canción,
para alegrar el corazón doliente
y consolar al triste en su aflicción.

Quisiera ser como la flor, que vierte
su aroma celestial,
y poder, junto al lecho del enfermo,
con mis encantos su ánimo alegrar.

Quisiera ser, en fin, un sér bendito
que aliviara el dolor
del anciano, del huérfano, del triste,
y del que gime en lóbrega prisión.

E. L. de Nelson.

C A R I C I A

Madre, madre, tú me besas,
pero yo te beso más.
Como el agua en los cristales
caen mis besos en tu faz . . .

Te he besado tanto, tanto,
que de mí cubierta estás,
y el enjambre de mis besos
no te deja ni mirar . . .

Si la abeja se entra al lirio
no se siente su aletear;
cuando tú al hijito escondes
no se te oye el respirar.

Yo te miro, yo te miro
sin cansarme de mirar,
¡y qué lindo niño veo
a tus ojos asomar! . . .

El estanque copia todo
lo que tú mirando estás;
pero tú en los ojos copias
a tu niño y nada más.

Los ojitos que me diste
yo los tengo que gastar
en seguirte por los valles,
por el cielo y por el mar . . .

Gabriela Mistral.

EL MAPA ARGENTINO

Ninguna tierra del mapa
Tuvo el color de la mía;
Yo soñaba con matices
Raros que el sol encendía.

Con lápices de colores
Las viejas patrias surgían;
Yo ansiaba un color inédito
Para colorear la mía,

Y combinaba los verdes
Y los rosas y los malvas,
Queriendo hallar el color
De todo el mundo en mi patria.

¡Oh, anhelos de la niñez,
Intención recién nacida:
Oh, República del mundo
Argentina de mi vida!

María A. Domínguez.

CANTO A LA PAMPA

Venga el trabajo del bueno
a remover mi corteza,
embrión del mundo que empieza
a transformarse la faz.
¡En el teatro de la paz
represento la grandeza!
Venga el hierro del cultivo
y el brazo del sembrador,
que mi seno redentor
no ha sido estéril, ni esquivo.
Yo soy la tierra lejana
que se convierte en venero;
la que enguirnalda el alero
de tus glorias de arrebol.
¡Y canta dianas al sol
con el clarín del pampero!

Francisco A. Riú.

CANCION DE PAZ

Duermen los niños en sus cunas,
Las buenas madres velando están,
¡Duermen los niños! ¡Juegan los niños!
Esa es la paz.

Cantan los niños en la escuela,
Vuela en los aires coro jovial.
¡Cantan los niños! ¡Juegan los niños!
Esa es la paz.

A la distancia en la llanura
Se eleva el humo del dulce hogar,
Vuelan en torno las golondrinas:
Esa es la paz.

En los jardines florecidos
Desgrana perlas el fontanal,
Hay un idilio junto a la fuente:
Esa es la paz.

Diez mil navíos en las dársenas,
Diez mil navíos van a zarpar,
Por el mar vienen diez mil navíos:
Esa es la paz.

Por los senderos en tumulto
Los campesinos vienen y van;
Pasan cantando los campesinos:
Esa es la paz.

Vibra la vida en las metrópolis,
Destruye y crea sin descansar,
¡Vibra la vida! ¡Triunfa la vida!
Esa es la paz.

Y en las aldeas y ciudades
Y en las montañas y en las campañas
Ninguno falta, todos están:
Están los viejos y están los jóvenes,
¡Están los hijos y están las madres!
Esa es la paz.

Mario Bravo.

EL TRABAJO

El trabajo es ley forzosa,
Todos los hombres obreros,
Este que guía un rebaño,
Aquél que gobierna un pueblo.

Lo mismo el que ara la tierra
Que el que interroga a los cielos;
El que piensa, y el que imprime
En el libro el pensamiento.

¡Bendito el trabajo sea,
Fuente de paz y consuelo,
Nobleza de los humildes
Y de los malvados freno!

El dió a conocer a Newton
Las leyes del firmamento,
Y la carrera del globo
Al insigne Galileo.

El dió a Gutenberg la idea
De inmortalizar el verbo,
Y entregó a Franklin el rayo
Y a Colón un mundo nuevo;

Y él, en fin, prestando fuerza,
Constancia y luz a los genios,
Levantó las catedrales,
Dictóle estrofas a Homero.

Esculpió el mármol con Fidias,
Pulsó la lira de Orfeo,
Con Velázquez pintó al hombre,
Y con Murillo los cielos.

Velarde.

A DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

Vivías en la lucha. En la fatiga
hallaba tu alma poderoso aliento;
en la atmósfera ardiente del combate
resplandecía tu potente genio.
¡Luchador invencible! ¡Ni la muerte
ha podido extinguir tu pensamiento,
y aun disipa las sombras de la patria
el sol que centelleaba en tu cerebro!

Gervasio Méndez.

EL MARTILLO

¡Tan! . . . ¡Tin! . . .
 Mueven los fuelles con el balancín.
 ¡Pin! . . . ¡Pan! . . .
 Rojas de fuego las fraguas están.

El hierro suena y el hierro siente . . .
 Y si a la fragua se entrega luego,
 el hierro sale todo del fuego
 como una fuerza pura y ardiente.

Canta tu canto de forjador,
 negra es la mina, negro el taller;
 como la vida, como el dolor,
 como el destino que has de vencer!

¡Tan! . . . ¡Tin! . . .
 Vuelan las notas del canto sin fin,
 ¡Pin! . . . ¡Pan! . . .
 Pasan las horas que no volverán.

Suena el martillo, saltan las chispas
 bajo los músculos del forjador.
 Cruzan las sombras áureas avispas,
 moja la frente santo sudor.

Fibras del hierro que se moldea
 almas perdidas de un hondo afán:
 que a golpes mágicos labran la idea
 y entre las almas vibrando van . . .

¡Pan! . . . ¡Pin! . . .
 Mueven los pechos un sano trajín.
 ¡Pin! . . . ¡Pan! . . .
 Truenan los golpes como un huracán.

Todo lo puedes, buen forjador,
con tu martillo fuerte y sonoro
bates el hierro con más amor
que si fuera un lingote de oro.

Es el presente de un don sagrado,
que sobre el yunque viene a parar:
¡Forja la lámina para el arado,
mas no la espada para matar!

¡Tan! . . . ¡Ton! . . .
Hinchan los fuelles su rudo pulmón.
¡Pin! . . . ¡Pan! . . .
Y rojas de fuego las fraguas están.

Ernesto Mario Barreda.

LAS VACACIONES

¡Las vacaciones!, regocijados
estamos todos, ¡es natural!,
los mil proyectos acariciados,
ya van tomando forma real.

Muchos pensamos en sazonados
frutos, que el huerto pródigo da.
Otros en sierras, playas, cascadas . . .
¡El pensamiento qué lejos va!

Alcemos niños, alegres voces,
y al alejarnos hacia el solar,
nunca olvidemos en nuestros goces,
la noble escuela que fué un hogar.

José Caffarena.

EL OBRERO

Muestra en la frente huellas profundas,
herencia noble de sus jornadas,
y sus dos manos: rústicas, fuertes,
de honrosos callos tiene marcadas.

Sin él las máquinas que trabajan
para vestirnos y darnos pan,
jamás podían producir nada,
pues si se mueven, es por su afán.

Por eso, niños, aunque las ropas
por el trabajo lleve manchadas,
tened presente: son esas manchas
timbre de orgullo: manchas honradas.

José Caffarena.

A UN NIÑO

Emplea tus manos, alegre, consciente,
hilando, tejiendo, o haciendo tu pan,
que no vale nada, ser joven, valiente,
perdido en el vicio como un holgazán.

Mañana en los campos, como en las ciudades,
reduce tus ocios en noble labor,
y piensa que todas las manualidades
pondrán en tu frente honrado sudor.

Que en vano tu diestra no empuñe la espada,
que nunca tu diestra pida caridad,
que mueva la rueca, la rueca encantada
del bien, del esfuerzo, de la libertad.

Los callos que dejan el hierro y el mimbres,
el hacha y la pala son sellos de honor,
los niños que arreglan pacientes la urdimbre
destrozan sus almas de todo rencor.

Cantemos al fuerte trabajo que empuja
al hombre, quebrando las vallas del mal,
cantemos la humilde labor de la aguja
y la obra tremenda del yunque triunfal.

Juan M. Cotta.

SI, POBRE VIEJECITA . . .

Sí, pobre viejecita, ya ninguno te escucha!
Los fastidias a todos con tu buena memoria,
Tu lentitud es grande; su frivolidad mucha . . .
Y te huyen porque siempre narras la misma historia.

Pero yo soy paciente, y sentado a tu puerta,
escucharé. No temas; puedes hablar tranquila,
mientras menea el viento las ramas de la huerta
y se muere a lo lejos un crepúsculo lila.

Déjalos que se vayan, en su atolondramiento,
a decir ellos y ellas, palabras mentirosas,
y cuéntame, abuelita, tu mismo viejo cuento,
al compás de tus manos largas y sarmentosas.

Amado Nervo.

CUENTAN DE UN SABIO . . .

Cuentan de un sabio que un día
Tan pobre y mísero estaba,
Que sólo se sustentaba
De unas yerbas que cogía.
¿Habrà otro (entre sí decía)
Más pobre y triste que yo?
Y, cuando el rostro volvió,
Halló la respuesta, viendo
Que iba otro sabio cogiendo
Las yerbas que él arrojó.
Quejoso de mi fortuna
Yo en este mundo vivía,

Y cuando entre mí decía:
 ¿Habrà otra persona alguna
 De suerte más importuna?
 Piadoso me has respondido.
 Pues, volviendo en mi sentido,
 Hallo que las penas mías,
 Para hacerlas tú alegrías,
 Las hubieras recogido.

Calderón de la Barca.

¿QUE QUIERES SER?

La pintada mariposa
 quisiera ser fresca rosa
 de perfumado rosal,
 y la flor casta y lozana,
 ser mariposa temprana
 y en loco giro volar.

La estrella quiere ser ave
 y lanzar su endecha suave
 en la calma vespéral,
 quiere el ave ser estrella,
 para reflejarse bella
 en el lago de cristal.

La nube ligera y leve,
 quiere ser como la nieve
 que cae piadosamente,
 y la nieve silenciosa
 quiere ser la veleidosa
 nubecilla del poniente.

La brisa de raudos giros,
 quiere ser como el suspiro
 que en los frescos labios arde,
 y el suspiro de la boca temblorosa,
 quiere ser la misteriosa
 fresca brisa de la tarde.

Y al pobre corazón mío
 angustiado y dolorido
 le pregunto con amor:
 ¿Qué quieres ser? Quedamente
 me responde: "Solamente
 ser mejor."

Esther Sierra Victorica.

MAMBORETA

Así la llaman todos los chicos de Palermo
 Es la risa del barrio con su rostro feucho
 y su andar azorado de animalito enfermo.
 Tiene apenas diez años, pero ha sufrido mucho . . .

Los domingos temprano, de regreso de misa
 la encuentran los muchachos vendedores de diarios,
 y en seguida comienza la jarana, la risa,
 y las zafadurías de los más perdularios.

Como cuando la gritan su apodo no responde,
 la corren, la rodean y "Mamboretá" ¿en dónde
 está Dios?", la preguntan los muchachos traviesos.

"Mamboretá" suspira, y si es que alguno insiste:
 —"¿Dónde está Dios?"—le mira mansamente con
 sus ojos pensativos de animalito triste. [esos

II

Una viuda sin hijos la sacó de la cuna,
 y alguien dice, con mucha razón, que lo hizo adrede,
 de bruja, de perversa no más, pues le da una
 vida tan arrastrada, que ni contar se puede.

Mamboretá trabaja desde por la mañana;
 sin embargo, no falta quienes le llaman floja,

la viuda, sobre todo, la trata de haragana,
y si está con la luna de cuanto se le antoja:

—“La inútil, la abriboca, la horrible, la tolola...”
Mamboretá no ha oído todavía una sola
palabra de cariño. ¡Pobre Mamboretá!

Todo el mundo la grita, todos la manosean,
y las mujeres mismas a veces la golpean . . .
¡Ah, cómo se conoce que no tiene mamá!

Evaristo Carriego.

CONSEJO MATERNAL

—“Ven para acá” — me dijo, dulcemente,
mi madre cierto día;
(aún parece que escucho en el ambiente
de su labio la dulce melodía).

—“Ven y dime: ¿qué causas tan extrañas
te arrancan esa lágrima, hijo mío,
que cuelga de tus trémulas pestañas
como gota cuajada de rocío?

“Tú tienes una pena y me la ocultas.
¿No sabes que la madre más sencilla
sabe leer en el alma de sus hijos
como tú en la cartilla?

“¿Quieres que te adivine lo que sientes?
Ven para acá, pilluelo,
que con un par besos en la frente
disiparé las nubes de tu cielo.”

Yo prorrumpí a llorar: —Nada— le dije;—
la causa de mis lágrimas ignoro,
pero de vez en cuando se me oprime
el corazón y lloro . . .

Ella inclinó la frente pensativa,
se turbó su pupila
y, enjugando sus ojos y los míos,
me dijo más tranquila:

—“Llama siempre a tu madre cuando sufras,
que vendrá muerta o viva,
si está en el mundo, a compartir tus penas,
y si no, a consolarte desde arriba.”

Y lo hago así cuando la suerte ruda,
como hoy, perturba de mi hogar la calma;
invoco el nombre de mi madre amada
y entonces siento que se ensancha el alma.

Olegario V. Andrade.

SARMIENTO

Pobre y humilde, por su esfuerzo rudo
Alzó tan alto el luchador su vuelo,
Que fué gloria, blasón, bandera, escudo
Bajo la curva de su patrio cielo.

Inspira un alto y sin igual respeto
Su fe sincera y su saber profundo
Lo mismo cuando enseña el alfabeto
Que cuando escribe su genial “Facundo”.

De pie, fuerte y viril, firme y constante
Nunca pidió cuartel, paz, ni sosiego;
Nada logra abatir a aquel gigante,
Pecho de bronce y corazón de fuego.

Si no hubiera más glorías en su vida
Brillara por su acción independiente:
Que es Sarmiento una antorcha suspendida
Sobre un siglo, una raza, un continente.

Natalio A. Vadell.

P A T R I A

¡Patria! Adorado Rincón
 donde por suerte nací,
 y que guardas para mí
 amor, gloria y tradición. . .

¡Patria! Tierra lisonjera
 que como prenda de paz,
 tiendes el ala fugaz
 de tu bendita bandera;

que atas en eterno nudo
 nobles ideales humanos,
 al igual que las dos manos
 de tu simbólico escudo. . .

Madre de seno fecundo
 y de amor sublime y caro,
 donde hallan hogar y amparo
 todas las razas del mundo. . .

Como una dulce oración
 mi labio tu nombre dice,
 y con unción te bendice
 rendido mi corazón.

Lola S. de Bourguet.

BONITA LECCION

—¡Papá, papá! — decía
 La tierna Rosa, del jardín volviendo: —
 La jaula que guardaste el otro día
 No seguirá vacía,
 Porque he logrado el nido que estás viendo.
 ¡Mira qué pajaritos tan pintados!
 En esa jaula les pondré su nido;
 Prodigaré solícitos cuidados
 A los que aprisionar he conseguido
 Y les daré en constantes ocasiones

Migas de pan, alpiste y cañamones.
 Luego la jaula pintaré por fuera
 Y mandaré que doren su alambarrera...
 Pero, ¿en qué estás pensando?
 ¿No me escuchas, papá? ¡Te estoy hablando!
 —Sí, querida hija mía;
 Pensaba, al escuchar esa querella
 Que en la cárcel me han dicho que hay vacía
 Una celda muy bella...
 Y que te pienso trasladar a ella.
 Como allí el reglamento es algo fuerte,
 Ni tu mamá ni yo podremos verte;
 Pero te mandaremos cien brocados,
 Que aumenten tu hermosura,
 Y haré dorar cerrojos y candados,
 Y de bronce pondré la cerradura.
 Pero... ¡cómo!... ¡llorando estás por eso?
 —Yo no lloro, papá; te he comprendido...
 Corro a llevar al árbol este nido,
 Y... vuelvo por un beso.

Carlos Osorio y Gallardo.

SOL DE LA MAÑANA

Sol de la mañana,
 gloria del invierno.
 Por la acera de oro
 se aproxima un ciego.

Blanco tiene el iris
 de sus ojos, blanco.
 Sus pies se resisten,
 tantean sus manos.

Junto a mi ventana
 se detiene el viejo.

—Cante alguna cosa
 cieguito coplero.

—Sol del caminante,
 lumbre de los pobres...

—Ya sé el consonante:
 Recoja esos cobres.

Por la acera de oro
 se encamina el ciego.
 Sol de la mañana
 gloria del invierno.

Rafael Alberto Arrieta.

A COLON

Con su hijo, un anciano peregrino
 Corría por el campo diligente,
 Medio inclinada la anchurosa frente,
 Tostada por el sol y el torbellino.

Triste, abatido por su cruel destino,
 Oía la canalla que insolente,
 El loco le llamaba indiferente,
 Sirviéndole de valla en su camino.

“¡Oh ignorancia! ¡Oh maldad!, dijo el anciano,
 “quizás bien luego me alzaréis altares,
 “Cuando encuentre en mitad del Oceano

“Esa tierra que hoy causa mis pesares!
 Era Colón, que en su saber profundo,
 Buscaba un rey a quien dejarle un mundo!

Benjamín Vicuña Solar.

PERFUME DE OTOÑO

La tarde se muere . . .
 Respira la brisa
 un triste perfume
 de rosas marchitas.

La enferma sentada
 al balcón, se mira
 las pálidas manos,
 exangües y finas.

Y al sol, en la nieve
 de sus dedos brilla
 el rubí de una
 dorada sortija.

Florece en sus labios
 amarga sonrisa,
 y una leve lágrima
 tiembla y se desliza
 lenta por las pálidas
 y enfermas mejillas.

La tarde se muere . . .
 Respira la brisa
 un triste perfume
 de rosas marchitas.

Francisco Villaespesa.

E L O M B U

Sobre la faz severa de la extendida Pampa,
 Su sombra bienhechora derrama el alto ombú
 Como si fuera nube venida de los cielos
 Para templar en algo los rayos de la luz.

El solo, poderoso, puede elevar la frente
 Sin que le abrase el fuego del irritado Sol
 En la estación que el potro recorre la llanura
 De libertad sediento, frenético de amor.

El solo, hijo gigante de América fecunda,
 Aislado se presenta con ademán audaz
 A desafiar el golpe del repentino rayo
 A desafiar las iras del recio vendaval.

.....

Juan M. Gutiérrez.

EL COLEGIAL

Con entusiasmo voy a la escuela
 y llevo siempre listo el deber,
 porque comprendo que el tiempo vuela;
 corta es la vida, largo el saber.
 Antes las clases todas perdía,
 charla que charla, sin atender;
 ahora que veo lo mal que hacía,
 tengo vergüenza, quiero aprender.

Ya no me oculto detrás del banco,
 que no me vayan a preguntar;
 tomo mi puesto, sencillo y franco;
 voy preparado, sé contestar.
 Ya no hago burla de los maestros;
 su misión alta sé respetar. . .
 Era en diabluras de los más diestros,
 hoy en conducta soy ejemplar.

Amo el estudio, porque ennoblece;
busco anheloso toda verdad;
así el talento se nutre y crece
y se mejora la humanidad.
Amo la escuela, santuario hermoso
de la opulencia, de la orfandad;
es su enseñanza foco radioso,
de amor, de ciencia y de igualdad.

Angel Menchaca.

LA VICTORIA

¡Ah! no levantes canto de victoria
en el día sin sol de la batalla,
ni el santo templo del Señor profanes
con plegarias de triunfo y de matanza.

Cuando se abate el pájaro del cielo,
se estremece la tórtola en la rama;
cuando se postra el tigre en la llanura
las fieras todas aterradas pasan! . . .

¿Y tú levantas himno de victoria
en el día sin sol de la batalla?
¡Ah! sólo el hombre, sobre el mundo impío,
en la caída de los hombres canta!

Yo no canto la muerte de mi hermano;
márcame con el hierro de la infamia,
porque en el día en que su sangre vierte
de mi trémula mano cae el arpa!

Ricardo Gutiérrez.

¡ADIÓS, CAMPANITA!

La dulce campana
de voces de abuela
que ayer repicaba
llamando a la escuela,
con notas muy graves,
con llanto en la voz,
nos da tristemente
de nuevo su adiós!
Y en tanto, mi pecho
que hierve de fuego,
contesta sonriendo:
 ¿Me voy? . . . ¡Hasta luego.
¡No tiembles, no gimas,
no llores, campana!
¿Por siempre nos vamos? . . .
 ¡Volvemos mañana!
Al ir por los campos
bebiendo aire puro,
saltando contento,
campana, te juro
pedir a las aves
que vengan a ti,
que den en tu bronce
mil besos por mí!
No digas que ingratos
nos hemos mostrado . . .
¡si es nuestro contento
sentir tu llamada! . . .
Si ayer te lo dije,
le dije a la abuela,
que en todos sus cuentos
me hablara de escuela.
Y en ellos dijera
de alegres campanas
que llaman sonoras
con voces de dianas

de niños robustos . . .
y chicas rosadas
que acuden alegres
a las campanadas . . .
Así campanita
te digo mi adiós,
llevando en el pecho
grabada tu voz,
y al irme repito:
¡No llores, campana!
¡Por siempre nos vamos? . . .
¡Volvemos mañana!

Martorelli.

LA SILLA QUE AHORA NADIE OCUPA

Con la vista clavada sobre la copa,
se halla abstraído el padre desde hace rato;
pocos momentos antes rechazó el plato
del cual apenas quiso probar la sopa.

De tiempo en tiempo, casi furtivamente,
llega en silencio alguna que otra mirada
hasta la vieja silla desocupada
que alguien, olvidadizo, colocó enfrente.

Y mientras se ensombrecen todas las caras,
cesa de pronto el ruido de las cucharas,
porque inocentemente como empujado

por esa idea fija que no se va,
el menor de los chicos ha preguntado
cuándo será el regreso de la mamá.

Evaristo Carriego.

EL TRABAJO

Cuando el sol muestra por la mañana
dorados rayos, tintas de grana,
marcha el labriego tras de su arado
labrando el campo de su cuidado.
A él se consagra y él le sostiene,
y cuando oscura la noche viene,
feliz y alegre con su existencia,
disfruta el sueño de la inocencia.

Al hombre impuesto le fué el trabajo:
quien como bueno cumple aquí abajo
aquel precepto puro y divino
y el fin persigue de su destino,
cansado el cuerpo, ligera el alma,
se entrega al sueño con santa calma.

M. Ossorio y Bernard.

PLANTEMOS EL ARBOL

Abramos la tierra, plantemos el árbol;
Será nuestro amigo, y aquí crecerá,
Y un día vendremos buscando su abrigo
Y flores y frutos y sombra dará.

El cielo benigno dé riego a tu planta,
El sol de septiembre le dé su calor.
La tierra su jugo dará a sus raíces
y tengan sus hojas, frescura y verdor.

Plantemos el árbol, el árbol amigo,
Sus ramas frondosas aquí extenderá,
Y un día vendremos buscando sus flores
Y sombras y frutos y flores dará.

Enrique E. Rivarola.

¡COMO ESTUDIA PEDRO!

Nada, nada, de hoy no pasa;
estudiaré, ¡no hay remedio!
los exámenes se acercan,
y si sacara un suspenso,
mi padre me dividía . . .
¿Por qué asignatura empiezo?
¿por la Física? ¡me carga!
¿por la Aritmética? menos,
es cosa que me revienta
eso de mixtos y enteros;
pues la Gramática estudio,
pero calla, ahora recuerdo
que se la dejé a un amigo,
y que a verle ya no he vuelto;
pues la Historia Natural . . .
¡qué pesada! ¡qué jaleos
de tablas y descripciones
de animales y esqueletos!
¡cuántos nombres y qué raros!
¡cuántos nombres que no hay medio
de retener en la mente!
Y es el caso que un suspenso
se lo endosan al que olvida
que en el oído tenemos
un yunque, un lente, un estribo
y un martillo, y . . . ¡santo cielo!
¡no en balde nuestra cabeza,
según me asegura el médico,
es, aunque mal comparada,
un baratillo completo!
¡Pero hay que estudiar de firme!
¡hay que estudiar, es muy cierto! . . .
Pero la criada llama,
está en la mesa el almuerzo
y se enfría . . . no, no,
almorzar es lo primero,

tomaré fuerzas, que al fin,
para estudiar siempre hay tiempo.

.....
Y así estudia hace seis años
el mal estudiante Pedro,
sin sacar más nota nunca
que la nota de ¡suspenseo!

Luis de Val.

LA CANCION DEL HERRERO

Tán, tin-tón, tin-tan!
Arriba, muchachos!
El alba ya empieza;
Las aves despiertan
Y alegres despeinan
Su espeso plumón:
Abrid vuestros ojos,
Que el día renace
Y aguardan las aves
A dar sus cantares
La férrea canción:
Ton, tin-tan, tin-ton!

Arriba muchachos!
Ya ensaya en la fronda
Su vuelo la alondra
Que bebe en la aurora
La luz matinal:
Abrid vuestras almas;
que beban destellos
Alzando su vuelo
Cargado de ensueños:
Y al son del titán:
Tan, tin-ton, tin-tán!

Arriba, muchachos!
El gallo está alerta;

Su cresta flamea,
Su pico le ofrenda
Fanfarrias al sol:
Abrid vuestros labios;
Que suene ligada
Su ardiente arrogancia
Con esta fanfarria
De nuestra canción:
Ton, tin-tan, tin-ton!

Dad fuego a la fragua!
Que arrojen sus fauces
Torrentes que arrasen
Y ardores que ablanden
Como hace el volcán:
Ponedle una barra,
Y ataquen el fierro
Los dientes de fuego,
Cantando el herrero
Con voz de titán:
Tan, tin-ton, tin-tan.

La barra en el yunque!
Miradla qué hermosa;
Parece una antorcha
Con llama de gloria
Nacida en el sol:

Blandid los martillos,
Y golpe tras golpe
Batiendo el lingote,
Que todos entonen
La férrea canción:
Ton, tin-tan, tin-ton.

Forjad una espada!
Bien fuerte y cortante,
Y hundidla en los aires
Al genio que esparce
Borrascas de mal:
Ponedle buen temple
Que espante a los viles,
Que entonen los tristes,
Los buenos, los simples,

El son del titán:
Tan, tin-ton, tin-tan!

Coraje, muchachos!
Cargad bien de fuego
La fragua del pecho
Y enciéndase el fierro
Que fué un corazón:
¿Teméis que en el yunque
Lo rompa el destino?
No importa; quien cumple,
Cayendo ha vencido:
Que cante el martillo
La férrea canción:
Ton, tin-tan, tin-ton!

Miguel Roquendo.

EL AÑO QUE NO LLEGARA NUNCA

—Tú dijiste, mamá, que en poco tiempo
me iba a crecer la pierna.
Si no me lo repites
no iré más a la escuela,
porque todas las chicas
se ríen al mirarme las muletas,
y me dicen que ya no tendré nunca,
ya nunca más, la pierna . . .
Pero yo sé, mamá, porque no mientes,
que el año entrante he de tenerla nueva;
tú no hubieras dejado de otro modo,
que para siempre me quedará renga . . .
No podrás suponer cómo se burlan
de mí todas las chicas de la escuela.
Tú llorarías como yo . . . ¡qué malas!
juegan solas, y juegan
como nunca . . . ¡Si vieras cómo corren,
cómo saltan, jugando a la rayuela!
Pero yo espero, porque tú dijiste

que el año entrante la tendría nueva;
 y entonces, ¡cuánta rabia
 van a tener las chicas de la escuela,
 esas que ahora dicen
 que estoy fea, ¡muy fea!
 porque algunas, mamá, dicen en serio
 que no me quiere tanto la maestra,
 y que tú has de comprar otra muchacha
 que tenga las dos piernas. . . .
 ¿Verdad que no, mamá? ¿Verdad que mienten?
 ¿Verdad que en poco tiempo estaré buena?
 ¡Malas! ¡Malas! Lo dicen
 para verme llorar, para que crea
 que tú ya no me quieres como antes
 porque he quedado renga. . . .
 Pero, ¿verdad mamá, que el año entrante
 tendré otra vez la pierna? . . .

Ezequiel Martínez Estrada.

PASTORCITA

Pastorcita perdió sus ovejas
 ¡y quién sabe por dónde andarán!
 —No te enfades, que oyeron tus quejas
 y ellas mismas bien pronto vendrán.
 Y no vendrán solas, que traerán colas,
 y ovejas y colas gran fiesta darán.

Pastorcita se queda dormida,
 y soñando las oye balar;
 se despierta y las llama en seguida,
 y engañada se tiende a llorar.
 No llores, Pastora, que niña que llora
 bien pronto la oímos reír y cantar.

Levantóse contenta, esperando
 que ha de verlas bien presto quizás;
 y las vió; más dió un grito observando

que dejaron las colas detrás.
 ¡Ay, mis ovejitas! ¡pobres ratoncitas!
 ¿Dónde están mis colas? ¿No las veré más?

Pero andando con todo el rebaño
 otro grito una tarde soltó,
 cuando un gajo de un viejo castaño
 cargadito de colas halló.
 Secándose al viento, dos, tres, hasta ciento,
 ¡allí unas tras otras colgadas las vió!

Dió un suspiro y un golpe en la frente,
 y ensayó cuanto pudo inventar;
 miel, costura, variado ingrediente,
 para tanto rabón remendar;
 buscó la colita de cada ovejita
 y al verlas como antes se puso a bailar.

Rafael Pombo.

LECCION

Muchachita que rompiste
 Tu muñeca de cartón,
 Y estás triste
 Porque en su pecho no viste
 Corazón.

Porque al darla sobre el suelo,
 Los ojos color de cielo
 Y el coral
 De la boca que besaste,
 Te encontraste
 que eran de arcilla y cristal.

Sírvate este desencanto
 y el amargor de tu llanto
 De lección,

Y no busques, en las cosas
que te den horas dichosas,
Corazón.

Mira que tal es la vida,
Que siempre, por nuestro mal,
Nuestra ilusión más querida
Cual tu muñeca perdida
Suele ser barro y cristal.

Manuel M. Blanco.

M E N D I G A

Del festín de la espléndida morada
a la calle salí,
y pálida, en la acera acurrucada
a una muchacha ví.

Con míseros andrajos se cubría
el cuerpo la indigente.
¡Imploraba en silencio, no pedía
su limosna a la gente!

Dándola una moneda, emocionado
dije a la chica: ahora
marcha a tu casa, de tu madre al lado
que acaso por ti llora.

Una amarga sonrisa dibujada
miré en su labio yerto
luego volviendo al cielo la mirada
dijo: "¡Mi madre ha muerto!"

Entumece mi cuerpo enflaquecido
de la nieve el rigor.
¡Estoy sola en el mundo, no he comido,
soy huérfana, señor! . . .

¡Ay que a las almas egoístas venga
afán tan angustioso!
¡Yo, tal miseria al ver, sentí vergüenza
de ser casi dichoso!

Lorenzo Stechetti.

LA INDEPENDENCIA

La tierra estaba yerma, opaco el cielo,
La derrota doquier. Nuestros campeones
Que en la tremenda lid fueron leones,
Ven ya frustrado su arrogante anhelo.

América contempla en torvo duelo
La bandera de Mayo hecha girones.
El enemigo avanza: sus legiones
Cantan victoria estremeciendo el suelo.

Pero la Patria irguiéndose entre ruinas
¡Atrás! prorrumpe: libre se proclama:
Rompe el vil yugo con potente brazo;

Y triunfante las armas argentinas
Llevan la libertad, su honor, su fama,
Desde el soberbio Plata al Chimborazo.

Carlos Guido y Spano.

MADRUGADA

Esta mañana dejé mi lecho
muy tempranito y al campo fuí.
¡Qué aire tan puro sintió mi pecho
y cuántas cosas bonitas vi!

Vi, en el Oriente, la rubia aurora
entre las nubes de leve tul,
como una virgen encantadora,
con su vestido blanco y azul.

La recibieron en son de fiesta,
los pajarillos con su cantar,
los mil rumores de la floresta,
los arroyuelos al murmurar.

El sol, muy blanco, sobre los montes,
alzó la frente con majestad,
iluminando los horizontes
con un torrente de claridad.

Vi por los valles y por los cerros,
en juguetona revolución,
correr las vacas y los becerros
buscando alegres su nutrición.

Iban los grupos de labradores
hacia los campos llenos de afán,
con la herramienta de las labores
con que ellos ganan su humilde pan.

Vi, con el alma de gozo henchida,
por todas partes la animación,
el movimiento que da la vida
a la cabeza y al corazón.

Estoy ligera, fuerte, dichosa
y con alientos de trabajar,
¡Oh, de otras dichas la perezosa,
seguramente no ha de gozar!

Jesús Alcal.

LOS TRES NENES

Me asomaba a verlos
pasar por mi puerta:
tres nenes hermosos
que iban a la escuela . . .

¡tres caras bonicas como tres estrellas!

¡Iban tan límpicos! . . . A la madre, siempre,
 la veía en ellos, sin saber quién era:
 me la imaginaba
 como el pan de buena . . .
 me la imaginaba, por lo curiosica,
 ¡como el agua pura que nace en las peñas!...
 Iban tan límpicos,
 que yo me decía: —De seguro que ella
 los viste y se mira, como en tres espejos,
 en sus tres hijicos . . . ¡como si lo viera!—

En algunos días
 no vi por mi puerta
 pasar a los nenes
 y, sintiendo pena,
 pregunté por ellos y me contestaron:
 —¡Lástima de hijicos! . . . no van a la escuela
 porque está su madre malica en la cama,
 que Dios se la lleva!

.....

Al poquico tiempo pasaron los nenes,
 otra vez junticos, los tres por mi puerta . . .
 ¡llevaban al cuello
 la cintica negra!
 Sin que la llevaran
 su esgracia se viera:
 iban de jaicos . . . sin aquel apaño
 propio de la madre . . . sin la gracia aquélla! . . .
 ¡Lástima de hijicos! . . .
 ¡se me heló, de verlos, la sangre en las venas!

Vicente Medina.

EL TALLER

El taller es del progreso
augusto representante:
es el altar del trabajo,
es el templo de las artes.

En él la madera, el hierro
y los diversos metales,
de la noble agricultura
los productos naturales;

De la industria y el comercio
las hermosas variedades;
los ricos dones sin cuento
de continentes y mares . . .

Todo en el taller recibe
forma, color y carácter,
y él la materia transforma
en objetos elegantes.

El taller da honor, riqueza,
y sólo los ignorantes,
la orgullosa aristocracia
no le rinden homenaje.

Por él los pueblos son ricos,
por él nuestro siglo es grande;
ámalo, pues, y en su seno
aprende un oficio, un arte!

¡Que ya pasaron los tiempos
en que el trabajo era infame,
y hoy del taller los blasones
son los blasones que valen!

Rodolfo Menéndez.

D E S E O S

Quisiera ser como la roca enhiesta
Cuyas raíces bajo el mar se extienden,
Y cuya cima se levanta al cielo,
Y que jamás vacila y se estremece.

En los anhelos que mi mente forja,
Quisiera ser como la pura fuente
Que limpia surge del helado seno,
Con el murmurio que jamás ofende.

Quisiera ser como el frondoso árbol
Que a los rayos del sol sus ramas mece,
Y que sin nunca marchitarse vive,
Y florecido se nos muestra siempre.

A la avecilla que acaria el aura
En los bosques, quisiera parecerme,
La que a la luz del sol alza sus trinos
Que en la azul extensión van a perderse.

Ruckert.

LIMOSNA

Pobre, astroso, desvalido
Con acento dolorido,
De mis pasos yendo en pos,
Pidióme un débil anciano
Tendiendo la sucia mano
¡Una limosna por Dios!

Al oír su voz plañidera
Sentí compasión sincera
y lo quise remediar;
mas no llevaba conmigo
Nada que dar al mendigo
Para su hambre mitigar.

—Perdón, no llevo dinero—
Dije al pobre pordiosero;—
Perdón, amigo, perdón.—
Y, tendiéndole la mano,
Estreché la del anciano
Con ternura y emoción.

—Gracias — clamó el indigente
Suspirando dulcemente;—
Gracias por vuestra bondad.
Darle la mano a un mendigo
Y tratarle cual amigo
Es limosna y caridad.

Iván Turgueneff.

HORA DE FUEGO

Quietud, pereza, languidez, sosiego...
Un sol desencajado el suelo dora
Y a su valiente luz deslumbradora
Queda el que mira fascinado y ciego.

El mar latino, y andaluz, y griego,
Suspira lejos de cadencia mora,
Y la jarra gentil que perlas llora
Se columpia en la siesta de oro y fuego.

Al rojo blanco la ciudad llamea;
Ni una brisa los árboles cimbre
Arrancándoles lentas melodías.

Y sobre el tono de ascuas del ambiente,
Frescas descubren su carmín riente
En sus rasgadas bocas las sandías.

Salvador Rueda.

LOS TRES AMIGOS

Tuvo un hombre tres amigos,
Y no es gran cosa tener
Tres seres a quien hacer
De nuestra dicha testigos.

Yo no sé porqué razón
Mientras a los dos quería,
El tercero no tenía
Gran sitio en su corazón.

Pues fué acusado una vez
De un crimen: y aunque inocente,
tuvo necesariamente
que presentarse ante el juez.

No era bien, por vida mía,
Ir solo; así lo creyó
Y a sus amigos rogó
Que le hiciesen compañía.

El primero, con razones
De más o menos valer
Se excusó por no tener
En su casa desazones.

El segundo al tribunal
Aunque reacio llegó;
Mas sin entrar se volvió
Temeroso de algún mal.

El otro, que fué aquel día
Con el que menos contara,
Por ser su amistad muy rara
Y de poca simpatía,

Entró con él; y de un modo
Habló con tanta elocuencia,

Que el juez, viendo su inocencia,
Le absolvió al punto de todo.

Y no tan sólo perdón
Obtuvo, sino que el juez
Creyó que era aquella vez
Justicia un buen galardón.

Y así, juzgando en conciencia,
Gallardonó al acusado:
Que el Juez se siente obligado
Cuando es mayor la inocencia.

.....

Tiene el hombre, a no dudar,
Tres amigos de interés:
¿Cómo se portan los tres
Cuando el hombre va a expirar?

El dinero es el primero
Que en el sepulcro le deja;
Porque allí no se maneja
El no ser con el dinero.

Los parientes en tropel
Le acompañan con dolor,
Hasta que el enterrador
Se entiende a solas con él.

El otro amigo, el que cuida
De su afecto en un mal paso,
Aquél de quien no hizo caso
En los trances de la vida,

Aquel que con consecuencia
No le causa nunca enojos,
Y entorna al morir sus ojos
Es, una recta conciencia.

EL CORAZON DE LA MUÑECA

La vendedora de fresas,—
Linda rubia de diez años
Que a su padre mantenía
Viejo, enfermo y sin trabajo—
Anduvo de casa en casa
Aquel día veinticuatro
De diciembre, sin que nadie
Le comprase ni un centavo,
Y regresó por la noche
A su pobrísimo cuarto
Entre alegre y angustiada,
Sonriéndose y tiritando,
Cual si un angel o un demonio
Viera surcando el espacio.

Y al llegar a su escondrijo
Estrecho y mal alumbrado,
La voz brutal y severa
De su padre, más borracho
Aquel día que otro alguno,
Retumbó: —¡Maldito el astro
Que te guía en tu camino!
¿Estas son horas acaso,
De volver a tu guarida?
A ver la plata; al contado
Hay que hacer estos negocios.
¿Qué has traído? ¡voto al diablo!
—Perdóname, padre mío—
La niña dijo implorando,
—Nadie ha querido comprarme
Y he gritado sin descanso.—
—¡Mal rayo te parta, entonces!
¿Qué escondes en ese andrajo?—

—La condesa, la señora
Del patrón, que tiene un árbol
Lleno de cosas y luces,
Esta muñeca de raso
Me regaló y me dijo,
En secreto y muy despacio,
Que anoche para mí misma
El niño Jesús la trajo:
Que al recojerme rogase
Por mi madre y mis hermanos
Y por todos los que duermen
En los cementerios santos;
Que acostase a la muñeca
En la cama a mi costado,
Y su corazón mirara
Al levantarme temprano,
Que al corazón amaría
Aún cuando fuera de trapo.

—¡Maldita tu suerte sea!
Vil serpiente que das asco,
Embustera y solapada!
¡Voto a Cristo! Venga un palo,
Y él te premie en las costillas
El dinero que has ganado.—
Dijo el viejo embrutecido
Por el vino, y delirando
Maltrató a la pobrecilla
El furibundo borracho.

Al rayar la luz del alba,
Dando un fuerte puñetazo
Sobre el lecho de la rubia
Que de la muerte en los brazos
Dormía el último sueño
Estalló el alcoholizado
En improperios odiosos,
Y lleno luego de espanto
Al tocar la frente helada

De la chica que era un mármol,
 Vió caer a la muñeca
 Onzas de oro derramando
 Por el abierto agujero
 De su corazón de trapo.

Alberto Williams.

BUENOS AIRES

Fué en las riberas que fecunda el Plata,
 Peregrina región que cual ninguna
 El estro a las estrellas arrebató,
 Donde en honrado hogar se alzó mi cuna.

¡Salve al gran río cuya faz retrata
 La argéntea luz de la esplendente luna,
 Ora arrastre sereno, ora combata
 El esquiife en que voy con mi fortuna!

Buenos Aires, ¡oh patria! aunque me olidas.
 Mi esperanza en tu olvido sumergiéndome,
 Tuyo es mi corazón, tuyo es mi brazo.

Cuando ya no den sangre mis heridas,
 Al cielo un postrer voto alzar pretendo:
 Dormir mi último sueño en tu regazo.

Carlo Guido y Spano.

LOS CHICOS SALEN

Salen en fila, los pequeñitos,
 siempre sonrientes en su inquietud;
 y, al despedirse de la maestra,
 brillan sus ojos llenos de luz.

Sobre la acera, marchan corriendo
 encaminados al dulce hogar,
 donde la madre, sonriente y buena,
 es muy seguro que esperará.

Se me asemejan en su carrera,
las golondrinas que vuelven ya;
a poner notas primaverales
sobre una fría tarde invernal.

Salen en fila, los pequeñitos,
siempre sonrientes en su inquietud;
y, al despedirse de la maestra,
brillan sus ojos llenos de luz.

José Juan Bianchi.

SEMBRADOR

El sembrador sembró la aurora;
su brazo abarcaba el mar.
En su mirada las montañas
podían entrar.

La tierra pautada de surcos
oía los granos caer,
De aquel ritmo sencillo y profundo
melódicamente los árboles pusieron su danza a mecer.

Sembrador silencioso:
el sol ha crecido por tus mágicas manos.
El campo ha escogido otro tono
y el cielo ha volado más alto.

Sembraba la tierra.
Su paso era bello: ni corto ni largo.
En sus ojos cabían los montes
y todo el paisaje en sus brazos.

Carlos Pellicer.

AL GENIO

El vulgo necio, con afán mezquino,
opone vallas a tu augusta gloria
y te quiere privar de la victoria
sembrándote de abrojos el camino.

Le desprecias, pues sabes que el Destino
elevantá una estatua a tu memoria
y que tu nombre brillará en la Historia
lanzando rayos de fulgor divino.

Jamás puede tu aliento soberano
dejar de proseguir . . . Siempre adelante,
aún a despecho del rencor humano!

Ya callará la envidia vergonzante . . .
que nunca la saliva del enano
ha de manchar la frente del gigante!

F. Vaca Chávez.

LA CANCION DEL SAUCE CAIDO

Cuántos golpes de hacha me asestaron
Para darme por tierra, y lo lograron . . .
Y en plena juventud, robusto y fuerte,
Aquí estoy en espera de la muerte.
¡Oh, leñador que de cortante acero
Te armaste contra mí! Ve cómo muero;
La savia de mis venas he agotado
En un último esfuerzo, y derribado,
Expuesto al sol y al viento, y medio muerto,
De pequeños retoños me he cubierto;
Y es que siento venir la Primavera,
Y así canto en su honor por vez postrera.
Vendrá el verano con sus largos días

Y habrá frondas, canciones y alegrías;
 Sólo yo en un rincón abandonado,
 Me he de secar de todos olvidados.
 Pasará luego el tiempo caluroso
 Y el invierno vendrá frío y lluvioso
 Mi cuerpo bajo el hacha se hará trizas
 Y en el hogar me volveré cenizas;
 Pero antes de ser polvo seré lumbre
 Y ¡he ahí mi ambicionada cumbre!
 Entonces, cuando el frío te acobarde.
 Y te refugies al morir la tarde
 Cerca del fuego para hallar abrigo,
 Yo, hecho luz y calor, seré contigo.
 Y aunque sólo un instante, ¡oh feliz suerte!
 Vida seré del que me da la muerte.

Vicenta Castro Cambón.

EL MINERO

Golpea los misterios de la roca,
 Arrastra tu fatiga hasta la entraña . . .
 Cada vez que el vuelo de tu comba choca,
 Abre una senda que en fulgor te baña.

Al vértigo de tu ansia, enorme y loca,
 Mil portentos la tierra desentraña;
 Sus arterias de plata desemboca;
 Y vacía su vientre la montaña.

Minero, tu porfía no se aquieta,
 Porque esculpes en el metal tu suerte,
 Con fuerza talismánica y secreta.

Nada en tu afán alcanza a detenerte;
 Aunque sepas que delante de la Veta:
 Te aguarda la tragedia de tu muerte.

Roberto Guzmán Tellez.

AL PARTIR

¡Es verdad que te ausentas de la patria
 Donde a la aurora, por primera vez,
 El sol de Mayo te envolvió en su lumbre
 Y allá en la cuna te besó la sien?

¡Es verdad que te apartas de ese nido
 En cuyos bordes, aleteando ayer,
 Ensayaba su vuelo sobre el mundo
 La bulliciosa y virginal niñez?

¡Ah! si vas a partir, ¡no habrás podido
 Mirar el cielo sin llorar después!
 ¡Esas nubes que pasan, nadie sabe
 Si cuando vuelvas volverán también!...

De la tierra extranjera el horizonte
 ¡Cuán triste, opaco y silencio es!
 ¡Y cuán lleno de luces y armonías
 El alto cielo que nos vió nacer!

¡Ah! cuando sientas que te oprime el alma
 Con férrea mano, la ansiedad cruel,
 ¡Tórtola! vuelve las ligeras alas,
 ¡Y al dulce nido de tu infancia ven!

Rafael Obligado.

EL CELESTE CAMARADA

Narran vetustos libros que todo niño al nacer
 Recibe por compañero, a un invisible ser,
 Le alienta, le cuida, le evita el traspies.
 No siempre atisbamos al celeste mensajero amigo,
 Mas, en nuestros pensares buenos
 Superior, divino, luminoso él se revela.
 Quererle hemos como a un hermano,
 Seguirle, cual a un maestro.

Alberto Nin Frías.

CAPERUCITA ROJA

Caperucita Roja visitará a la abuela
que en el poblado próximo postra un extraño mal.
Caperucita Roja, la de los rizos rubios
tiene el corazoncito tierno como un panal.

A las primeras luces ya se ha puesto en camino
y va cruzando el bosque con su pasito audaz.
Le sale al paso Maese Lobo, de ojos diabólicos.
“Caperucita Roja, cuéntame a dónde vas.”

Caperucita es cándida como los lirios blancos. . .
—“Abuelita ha enfermado. Le llevo aquí un pastel
y un pucherito suave, que deslía manteca.
¿Sabes del pueblo próximo? Vive a la entrada de él.

Y después, por el bosque discurriendo encantada,
recoge bayas rojas, corta ramas en flor,
y se enamora de unas mariposas pintadas
que le hacen olvidarse del viaje del Traidor. . .

El lobo fabuloso de blanqueados dientes,
ha pasado ya el bosque, el molino, el alcor,
y golpea en la plácida puerta de la abuelita,
que le abre. (A la niña ha anunciado el Traidor.)

Ha tres días el pérfido no sabe de bocado.
¡Pobre abuelita inválida, quién la va a defender!
. . . Se la comió sonriendo, sabia y pausadamente
y se ha puesto en seguida sus ropas de mujer.

Tocan dedos menudos a la entornada puerta.
De la arrugada cama dice el Lobo: —“¿Quién va?”
La voz es ronca. —“Pero la abuelita está enferma”,
la niña ingenua explica. “De parte de mamá.”

Caperucita ha entrado, olorosa de bayas.
 Le tiemblan en la mano gajos de savia en flor.
 "Deja los pastelitos; ven a entibiarme el lecho."
 Caperucita cede al reclamo de amor.

De entre la cofia salen las orejas monstruosas.
 "¿Por qué tan largas?", dice la niña con candor.
 Y el velludò engañoso, abrazado a la niña:
 "¿Para qué son tan largas? Para oírte mejor."

El cuerpecito rosa le dilata los ojos.
 El terror en la niña los dilata también.
 "Abuelita, decidme: ¿por qué esos grandes ojos?"
 "Corazoncito mío, para mirarte bien . . ."

Y el viejo Lobo ríe, y entre la boca negra
 tienen los dientes blancos un terrible fulgor.
 "Abuelita, decidme: ¿por qué esos grandes dientes?"
 —"Corazoncito, para devorarte mejor . . ."

Ha arrollado la bestia, bajo sus pelos ásperos
 el cuerpecito trémulo, suave como un vellón;
 y ha molido las carnes, y ha molido los huesos,
 y ha exprimido como una cereza el corazón . . .

Gabriela Mistral.

EL BALERO

Balero, lindo el balero
 que me regaló mi padre
 aquel día no olvidado
 que me porté en los exámenes.

Era amarillo, grandote,
 de madera de naranjo;
 ¡con él gané más partidos . . .
 había que verlo en mi mano!

Sonaba así, como a hueco,
blak, blok, blak, cuando embocaba;
como trote en el asfalto,
blak, blok, blak, así sonaba.

¡Qué partidos a quinientos
y muchas veces a mil,
con aquel muchacho rubio
cuyo padre era albañil!

Redoblonas en collares
toditas en una hebra,
y las últimas cincuenta
tiradas a la porteña.

Jugaba bien el muchacho,
jugaba mejor que yo;
en toda la escuela el único
muchacho que me ganó.

Eso sí, no se burlaba
de su contrario al ganar;
se quedaba satisfecho
sin echarse para atrás.

¡Qué partidos, qué partidos,
sin ventaja, mano a mano;
se formaba cada rueda . . .
se formaba cada barra! . . .

Hasta el maestro venía
a observar nuestras jugadas,
y una vez que se pelearon,
dos muchachos a trompadas,

formó la escuela en el patio,
nos llamó al rubio y a mí,
y señalando el balero
nos dijo: jueguen a mil.

Jugamos ante la escuela
que entusiasta nos siguió;
los dos echamos el resto,
pero otra vez me ganó.

Me ganó por muy poquito,
es cierto, mas me ganó;
no nos pusimos un pero
al jugar, ni un sí ni un no.

Entonces vino el maestro,
nos agarró de la mano
y dirigiéndose a todos,
les dijo: Aprendan, muchachos;

de esta pareja de amigos
tienen algo que aprender:
de uno a saber ganar,
de otro a saber perder...

Fernán Silva Valdez.

A LA MAESTRA

Nunca olvidar podremos, generosa maestra,
el bien que nos hicísteis día a día;
los tesoros que habéis puesto en el alma nuestra
que os evoca con dulce idolatría.

Ni vos misma podéis
imaginar vuestra grandeza.
Ni vos misma sabéis
cuán rica es vuestra siembra de luz y de nobleza.

Pasarán años y años, pero ninguno de ellos
podrá extinguir vuestro recuerdo amado,
que nos llena el espíritu de celestes destellos,
con la visión de nuestra madre al lado.

Gastón Figueira.

E L O M B U

¡El ombú! Ninguno sabe
en qué tiempo ni qué mano
en el centro de aquel llano
su semilla derramó.

Mas su tronco tan nudoso,
su corteza tan roída,
bien indican que su vida,
cien inviernos resistió.

Puesto en medio del desierto
el ombú, como un amigo,
presta a todos el abrigo
de sus ramas con amor;
hace techo de sus hojas,
que no filtra el aguacero
y a su sombra el sol de enero
templa el rayo abrasador.

Luis L. Domínguez.

LA ESCUELA

La escuela es como el árbol con muchas flores
que perfuman el mundo con su fragancia.
Promesa son las flores de la abundancia
que nos evita penas y sinsabores.

Amemos a la escuela porque es un nido
de hondas satisfacciones y libertades;
porque es el semillero de las verdades;
porque por ella el hombre salva el olvido.

Hoy, niños, de su ambiente sois la fragancia
y de su árbol frondoso las bellas flores,
y si sois aplicados desde la infancia
obtendréis por la escuela, glorias y honores.

Rafael Ruiz López.

EL HORNERO

¡Lindo el pájaro criollo!
Salud, amigo hornero.
¿Otra vez por el pago?
Y . . . ¿cómo le va yendo?

Otra vez por el pago
Luciendo los aperos
Y a poner en el rancho
La gracia de su ingenio.

Aproveche la altura
Del palo del telégrafo,
Que a usted como buen criollo
Le ha de gustar ver lejos.

Ver cómo el sol madruga,
Ver cómo juega el viento,
Ver cómo al soplo tibio
Verdean los potreros.

Ver a la tardecita,
Cuando va anocheciendo,
Cómo lucen más blancas
Las casitas del pueblo.

A usted que no le hablen
De tirantes de hierro,
Ni de cemento armado,
Ni de techos de yeso.

Ni plano necesita.
¡Si ha nacido arquitecto!
Que más saben los pájaros
Que muchos sabios viejos.

Con barro que ha amasado
Un chaparrón a tiempo,
Con unas cuantas pajas
Y nada más que eso.

¡Qué ranchito más tibio
Será cuando esté hecho!
Qué alegría más grande
Llenarlo de polluelos.

Que sean como el padre
Valientes, tesoneros,
Como la madre tiernos,
Como los dos, horneros.

Que no desaparezca
De nuestro patrio suelo,
El más criollo de todos
Los bichos que tenemos.

Ida Réboli.

POR LOS GOLFOS

El cielo es plomo; del cielo llueve
callada y lenta la blanca nieve,
y es el bramido del huracán
ecos de alondras que están sin nidos,
amarga queja de desvalido;
¡de pobres golfos que piden pan!

El cielo es plomo; blanca mortaja
finge la nieve que lenta baja,
y, al contemplarla, con triste afán
tiemblan y lloran los pequeñuelos
que nunca hallaron dulces consuelos...
¡los pobres golfos que piden pan!...

En el palacio que luce y brilla,
y en la burguesa mansión

grandes festines los dueños dan,
y afuera, oyendo las risas locas,
hambrientos muestran sus anchas bocas
¡los pobres golfos pidiendo pan!

Príncipes, damas, grandes señores,
que tenéis joyas, trajes y flores,
que con los años perecerán
cuando la nieve finja mortaja,
de lo que os sobre . . . ¡dad las migajas
a los golfillos faltos de pan!

Juan Richepin.

LA HONRA

Iban el Agua y el Fuego
caminando por la tierra,
y en su jornada, la Honra
fué su gentil compañera.
Al marchar, se preguntaron,
con previsora prudencia,
cómo encontrarse podrían
si por error o por fuerza
el Agua, el Fuego, o la Honra
se apartaban de la senda.

Y el Fuego dijo al instante:
—¡Pronto daréis con mis huellas;
allí donde miréis humo,
allí me tendréis en vela!

Y habló el Agua: Si me pierdo,
buscadme por las riberas;
donde halléis aves que canten,
y flores y fronda espesa,
allí me tendréis copiando
soles, luceros y estrellas.
Y la Honra exclamó pausada,

con infinita tristeza:

—Jamás corráis en mi busca,
pues, por voluntad suprema,
aquél que una vez me pierde
nunca en la vida me encuentra.

Federico Schiller.

EL DIA DEL OBRERO

Amanecer

Obrero, deja tu lecho:
ya el sol en Oriente asoma
y las sombras de la noche
una tras otra se borran.

Sobre el trabajo empezado
de nuevo tu cuerpo encorva,
y bañe el sudor tu frente
mientras cantares entonas.

Mediodía

De lo más alto del cielo
el sol sus rayos arroja;
pesado el aire se siente
y todo en calma reposa.

Obrero, la humilde mesa
te está esperando tu esposa;
cese un momento el trabajo
y nuevas fuerzas recobra.

Anocheecer

El sol su viaje termina;
hacia el Poniente se forman
franjas rojas y violetas
que el bello cielo colocan.

Obrero, deja el trabajo
y al hogar querido torna,
donde tus hijos te esperan
en torno a la humeante sopa.

La noche

La luna los campos baña;
natura toda reposa,
los pájaros en sus nidos,
sobre sus tallos las rosas.

Feliz de ti, buen obrero
si en tu estrecha y pobre choza,
por el trabajo rendido,
puedes dormir sin zozobras.

E. A. López de Nelson.

LA SOMBRA

Al despuntar el sol de la mañana
Se proyecta la sombra del viajero,
Precediendo su paso en el sendero,
Embellecido por la luz temprana.

Cuando llega a la cumbre soberana
Desde donde ilumina al orbe entero,
Con profundo cansancio el pasajero
Ve desaparecer la sombra vana.

Y al descender el sol hacia el ocaso,
Mirar su misma sombra ya no puede
Sin volver hacia atrás. Tal es la historia

De nuestra vida. El alma emprende el paso:
La esperanza, su sombra, la precede;
Y al fin sólo la mira la memoria.

José A. Márquez.

¡ S A L V E !

Hoy que radiante de vida,
De ensueños y de placer,
Vienes, juventud querida,
A palpar estremecida
Tus ilusiones de ayer.

Hoy que la gloria sonriente
Que con sus gracias te atrajo,
Te acaricia dulcemente,
Teniendo sobre tu frente,
Las coronas del trabajo;

Hoy que a la luz que destella
La estrella de la victoria
Sobre tu empezada huella,
Ver surgir al cabo de ella
Todo un porvenir de gloria;

Gózate mientras agite
Tu noble alma la emoción,
Y entre tus goces, permite
Que a tus plantas deposite
Mi lira y mi corazón.

Y mañana que a seguir
Tus pasos vuelvas triunfante,
Recuerda hasta sucumbir
Que el lema del porvenir
Es marchar siempre adelante.

Y graba en tu pensamiento,
Si tu valor se relaja,
Porque se agote tu aliento
que en el taller del talento
Quien triunfa es el que trabaja.

EL CANTO LIBRE

Soy el pájaro lírico; yo estuve
 en una jaula: la ciudad; hoy vuelo
 sin trabas, como el cóndor y la nube,
 por el mar, por la tierra y por el cielo.

Ayer en mi prisión ruidosa y vasta
 hondamente canté mis propias penas,
 mis decepciones y mis iras, y hasta
 mis otras desventuras: las ajenas.

Entonces fué mi canto un gran gemido;
 más hoy, que libre el firmamento sondo,
 lejos del fausto y del odioso ruido,

a las miradas del burgués me escondo
 de un monte en lo más hondo, y cuelgo el nido
 al aire, porque así canto más hondo.

Julio Flores.

LA ESTADISTICA

¿Sabes qué es la estadística? Una cosa
 con que se hace la cuenta general
 de los que nacen, van al hospital,
 a la curia, a la cárcel o a la fosa.

Mas, para mí la parte más curiosa
 es la que da el promedio individual
 en que todo se parte por igual
 hasta en la población menesterosa.

Por ejemplo: resulta, sin engaño,
 que según la estadística del año,
 te toca un pollo y medio cada mes.

Y aunque el pollo en tu mesa se halla ausente,
 entras en la estadística, igualmente,
 porque hay alguno que se come tres.

Trilussa.

LA HIGUERA

Porque es áspera y fea,
porque todas sus ramas son grises,
yo le tengo piedad a la higuera.

En mi quinta hay cien árboles bellos.
ciruelos redondos,
limoneros rectos
y naranjos de brotes lustrosos.

En las primaveras,
todos ellos se cubren de flores
en torno a la higuera.

Y la pobre parece tan triste
con sus gajos torcidos, que nunca
de apretados capullos se viste...

Por eso,
cada vez que yo paso a su lado,
digo procurando
hacer dulce y alegre mi acento:
"Es la higuera el más bello
de los árboles todos del huerto."

Si ella escucha,
si comprende el idioma en que hablo,
¡qué dulzura tan honda hará nido
en su alma sensible de árbol!

Y tal vez, a la noche,
cuando el viento abanique su copa,
embriagada de gozo le cuente:
—¡Hoy a mí me dijeron hermosa!

Juana de Ibarbourou.

NO IMPORTA

La madre está viejita.
Está viejita y llena de caprichos;
¡ha trabajado tanto en esta vida!
Es necesario complacerla en todo,
Donde ella quiera el cuadro de abuelita;
 ¿que no hace juego el marco?
Pues no importa. La madre está viejita
 y es necesario complacerla
 en lo que mande y pida.

Donde ella quiera el cuadro;
donde ella quiera diarios y revistas;
 ¿que está fea la sala?
Pues no importa. La madre está viejita.

Renunciemos a un poco de belleza.
¡Qué simpática excusa para nuestras visitas:
 algo estará en desorden,
¡pero lo quiere así nuestra viejita!"

(Esa conformidad con sus deseos
es belleza interior que fructifica).

Carlos Vega.

LOS DIAS DE MAYO

Ya sé porqué son tan lindos
los claros días de Mayo;
porque la bandera alegra
la vista, al aire flotando;
porqué se visten de gala
la escuelita y el palacio;
porqué aplaudimos contentos;
porqué dichosos cantamos.

Mayo tiene entre sus días
una fecha que los labios
con amor siempre pronuncian
temblorosos de entusiasmo . . .

Ya sé yo porqué es glorioso
ese día afortunado
en que nació vigorosa
la libertad que gozamos.

Por eso, lleno de júbilo,
encendido de amor patrio,
soy el primero en gritar
el veinticinco de Mayo:

¡Viva la noble Argentina!
¡Vivan los varones santos
que altivos y generosos
su libertad conquistaron!

Rafael Ruiz López.

EL CANTO MATERNO

Postrado el padre en miserable lecho
está por espantosa y cruel dolencia;
cercano halla el fiñal de su existencia
y sollozos exhala de su pecho.
Piensa que, bajo el hoy paterno techo,
mañana su familia, en la indigencia,
por siempre llorará su eterna ausencia,
de duelo horrible el corazón deshecho.
Allí, mientras se queja el infelice,
la dulce esposa canta y él le dice:
—¿Cómo cantas, mujer, mientras me aflijo?
Muestra el niño que tiene entre los brazos,
y dice — con el alma hecha pedazos: —
—Canto . . . porque no llore nuestro hijo . . .

Jacinto Verdaguer.

LOS TINTEROS

Juan y Pedro, escritores andaluces
a cual más embusteros,
ponderando lo mucho que trabajan,
así charlan muy serios:

—De tanto como escribo — dice uno —
se me agota el tintero
y tengo que llenarle siete veces
al día por lo menos.

—Eso es natural — replica el otro—,
porque será pequeño,
no grande como el mío, donde caben
dos azumbres y medio.

—¡Quita allá! —dice Juan.— Precisamente,
el mío es tan tremendo
que, al ver que en una mesa no cabía,
en dos mesas lo he puesto.

—El mío no está encima de la mesa
—replicó el compañero—,
porque es un tinajón que apenas cabe
de pie en el aposento.

.....
Las exageraciones de ambos juntos
van creciendo, creciendo . . .

hasta que, harto de embustes, amoscado,
le dice Juan a Pedro:

—Lo dicho no es verdad. Tú no me achicas,
Yo, cada vez que quiero
mojar la pluma en tinta, cuando escribo,
no me bastan tinteros
y tengo que emprender un largo viaje
para lograr mi objeto.

—¿Pues en dónde la mojas, alma mía?

—¡La mojo en el Mar Negro!

Juan Pérez Zúñiga.

EL MONO MIOPE

Un mono que era miope,
no se sabe por qué causa,
mas, tanto, que no veía
a dos pasos de distancia,
vagando por la ciudad,
oyó decir que las gafas
eran el mejor remedio
para ver; y sin tardanza,
empieza a buscar "aquello"
que pone la vista clara.
—¿Quién vende gafas? — pregunta
al primero que se halla
al paso; y aquél responde:
—Si buenas quiere comprarlas,
el óptico de ahí enfrente
las tiene, pero son caras.
—Poco me importa el dinero.
Gracias a Dios no me falta,
y, con tener buena vista,
¿qué riqueza es comparada?—
Dicho esto, y casi a tientas,
sale al campo; entra en su casa,
toma dinero, y a un mico
de toda su confianza
se lo entrega, acompañándolo
de las señas necesarias.
Pasada una media hora
vuelve con las antiparras,
diciéndole: —El que las vende
hízome preguntas varias,
y yo, sin titubear,
he sabido contestarlas,
como, por ejemplo: —¿Tu amo
es miope o vista cansada?
—Cansada debe tenerla,
aunque muy poco trabaja.
—¿Quieres cristales de roca?

De vidrio es lo que hacen falta.
Sobre todo, caros, caros,
de los mejores que haya.—
Y me entregó estos cristales,
puestos en aros de plata.—
Examínelos el mono
con detención extremada,
y aunque ve la medicina,
no sabe cómo aplicarla.
Llama al mico nuevamente,
y nuevamente le manda
a que el óptico le dé
explicaciones más claras.
Sabe al fin, que ante los ojos
es preciso colocárselas,
y ante los ojos las pone;
pero . . . nada, no ve nada.
Limpia en la piel de su cuerpo
los cristales, y no alcanza
a ver mejor; al contrario,
todo más turbio lo halla.
Entonces, juzgando aquéllо
una broma hartо pesada,
y temiéndole al ridículo,
si la burla se propaga,
tira las gafas al suelo,
donde los cristales saltan
hechos pedazos, y el mono
así enfurecido, exclama:
—¡Vengan otra vez a hablarme
de estas ridículas farsas!
¡Díganme que los cristales
ponen la vista más clara!
¡Aquel que no ve, no ve
con cristales ni con nada!
¡Así en este mundo, juzga
a la ciencia, la ignorancia!

José Carlos Bruna.

Cuarto Grupo

ESPECIALES PARA LOS GRADOS SUPERIORES

*Un libro hermoso es una victoria
ganada en todos los campos de batalla
del pensamiento humano.*

BALZAC.

LAS DOS ESPIGAS

Cuentan que una rubia espiga,
humilde al par que discreta,
inclinaba blandamente
sobre el tallo su cabeza.
Y cuentan que al lado suyo
levantábala soberbia,
otra espiga a quien el aura
besaba amorosa y tierna.
—¡Hola! — con acento altivo
preguntó a su compañera: —
¿por qué humilláis vuestra frente
con mal fingida modestia?
Aprended de mí, que, osada,
domino como una reina
sobre la plebe de espigas
que en el campo me rodea.
Su calor me da el estío,
y el aura de la pradera,
como un beso de las flores,

me trae el perfume de ellas.
 En tanto, vos, abatida,
 dobláis la frente, que emblema
 parece del sentimiento
 cuando no de la impotencia.
 —¡Callad! — replicó la otra: —
 si alzáis la cabeza inquieta,
 mientras que inclino la mía
 hacia mi madre, la Tierra,
 abrumada por un peso
 que no sostiene la vuestra,
 es porque rica de trigo
 estoy, y vos estáis seca.

Según dice cierto sabio,
 la fábula no es perfecta,
 como no tenga al principio
 o al fin una moraleja.
 Deducirla de ésta es fácil,
 pues al más torpe le enseña
 que da la ignorancia orgullo,
 y que da humildad la ciencia.

Gaspar Núñez de Arce.

¡ P O B R E C I T O !

La noche, desata su lúgubre manto,
 parece que el viento quisiera arrasar;
 un niño pequeño, de andrajos vestido,
 tirita de frío llorando su mal.

Allí, en esa calle tan lúgubre y fría,
 donde nadie pasa por casualidad,
 el pobre pequeño se quedó dormido
 bajo los impulsos de una tos mordaz.

Y al día siguiente, cuando hacia el trabajo
 pasaban los hombres, con todo su afán;

vieron al pequeño que, según decían,
dormía tranquilo, soñando quizá!

Vino el sol agosto, tela de los pobres,
a poner sus rayos sobre el cuerpo aquél,
y lo vió un agente que, de recorrida
en horas felices, pensaba, tal vez.

Para despertarlo, le dió una palmada
y, con el deseo de verlo partir,
esperó un momento . . . minutos penosos
en los que no pudo sus pasos seguir!

Como viera, entonces, que no se movía,
tomólo en sus brazos, y atónito vió,
que ya no había vida en el cuerpo inerte . . .
e, irónicamente, sonriendo a la muerte,
la frente del niño con pena besó.

José Juan Bianchi.

R I M A

Del salón en el ángulo obscuro,
de su dueño tal vez olvidada,
silenciosa y cubierta de polvo
veíase el arpa.

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas,
como el pájaro duerme en las ramas,
esperando la mano de nieve
que sabe arrancarla!

¡Ay!, pensé; cuántas veces el genio
así duerme en el fondo del alma,
y una voz, como Lázaro, espera
que le diga: "¡Levántate y anda!"

Gustavo A. Bécquer.

LA BANDERA DE MAYO

Al cielo arrebataron nuestros gigantes padres
El blanco y el celeste de nuestro pabellón,
Por eso en las regiones de la victoria ondea
Ese hijo de los cielos que no degeneró.

Cual águila en acecho se alzaba sobre el mundo
Para saber qué pueblos necesitaban de él;
Y llanos y montañas atravesando y ríos
La libertad clavaba donde clavaba el pie.

Del cóndor de los Andes las alas no pudieron
Seguir en sus victorias al pabellón azul;
Ni la pupila impávida del águila un momento
Pudo mirar de frente su inestinguible luz.

¡Alcemos sus colores con vanidad, hermanos!
De nuestra gran familia el apellido es él:
Dos bandos fratricidas le llevan en sus lanzas,
Mañana en torno suyo se abrazarán también.

Juana María Gutiérrez.

HIMNO AL ARBOL

Plantemos nuestros árboles, la tierra nos convida;
plantando cantaremos
los himnos de la vida;
los cánticos que entonan las ramas y los nidos,
los ritmos escondidos
del alma universal.

Plantar es dar la vida al generoso amigo
que nos defiende el aire
que nos ofrece abrigo:
él crece como el niño, él guarda su memoria;
en el laurel es gloria
en el olivo es paz.

El árbol tiene un alma que ríe entre sus flores,
que piensa en sus perfumes
que alienta en sus rumores;
él besa con la sombra de su frondosa rama,
él a los hombres ama,
él les reclama amor.

La tierra sin un árbol está desnuda y muerta,
callado el horizonte,
la soledad desierta;
plantemos para darle palabras y armonías,
latidos y alegrías,
sonrisas y calor.

El árbol pide al cielo el agua que nos vierte;
absorbe en nuestros aires
el germen de la muerte;
por él sube a las flores la sangre de la tierra,
y en él perfume encierra
y eleva su oración.

Proteja Dios al árbol que plante nuestra mano;
los pájaros aniden
en su ramaje anciano;
y canten y celebren la tierra bendecida
que les infunde vida,
que les prodiga amor.

Zorrilla de San Martín.

LA TEMPESTAD

El cielo encapotado . . . Desde lejos
las nubes semejaban en la altura
una pesada sombra de amargura
que amontonara sus rencores viejos . . .

De pronto despidieron sus reflejos
los relámpagos plenos de bravura
y en la serenidad de la llanura
hubo lamentos de angustiosos dejos . . .

El viento huracanado, prepotente
azotaba con ímpetu, inclemente
los árboles, las flores, los trigales...

y al mágico conjuro de los lampos
la lluvia desató sobre los campos
sus canillas de chorros torrenciales!...

Eduardo B. Bianco.

EL 25 DE MAYO DE 1810

Amaneció turbio el día,
destemplado y ceniciento,
nublado, lluvioso y frío,
ventoso día de invierno.
Y amanecieron las almas
borrascosas como el tiempo.
Volaban las bajas nubes
tocando los bajos techos,
mientras el viento jugaba
al aro con los sombreros
y caía una garúa
que calaba hasta los huesos.

Don Vicente Fidel López,
cuya palabra venero,
dice que: —“la plaza estaba
colmada de todo el pueblo.”
De arriba abajo medíanse
con altivez y recelo,
militares y paisanos,
adolescentes y viejos,
humildes y poderosos,
y hasta mulatos y negros,
buscando los dos colores
en solapas y sombreros.

En los labios agitábanse
sofocados juramentos,

y en la frialdad de las armas
complacíanse los dedos
que buscaban, afiebrados,
los escondidos aceros.
De pronto una batahola
fué del uno al otro extremo
de la Plaza, y en seguida
sobrevino un gran silencio.

Es que al balcón del Cabildo
Beruti y Leiva salieron,
y se oyó al síndico Leiva
preguntar: —“¿Dónde está el pueblo?,
puesto que aquí solamente
unos pocos hombres vemos...”
Y que respondió Beruti:
—“Si quieren ustedes verlo,
tocaremos generala
y ya no responderemos
de nada...” A la media hora
estalló un júbilo inmenso:
salvas, dianas, cohetes,
repiques y clamoreos,
risas y llantos nerviosos,
besos y abrazos frenéticos.

Y aunque ya el sol se ponía
debió alumbrar un momento.

Germán Berdiales.

EL NIDO

Mira el árbol que a los cielos
sus ramas eleva erguido;
en ellas columpia un nido
en que duermen tres polluelos.

Son hijos de un ruiñeñor
que en la tarde sosegada,

en la noche, en la alborada,
les canta endechas de amor,

Ellos forman un tesoro
y en el ramaje sombrío
responde a su pío, pío,
cual diciendo: —Los adoro.

Quien los ve se maravilla;
aire y luz les da el espacio,
y viven en un palacio
de esparto, plumón y arcilla.

Un rapazuelo atrevido,
destructor, inquieto y malo,
ató una escarpia en un palo.
para derribar el nido.

Ya la alzaba con sus manos
cuando, enternecido el pecho,
le gritó: —Piensa en el lecho
en que duermen tus hermanos.

Piénsalo un instante y di:
¿qué hiciera yo, qué esperara,
si un ladrón así matara
a tus hermanos y a ti?

Volvió el rostro con enojos
y halló a su madre el rapaz
que, con tristeza en la faz
y un mar de llanto en los ojos,

—Deja tales desvaríos, —
le dice — los seres buenos
cuidan los hijos ajenos
como yo cuido a los míos.

Ese nido es un hogar;
no lo rompas, no lo hieras;
sé bueno y deja a las fieras
el vil placer de matar.

DIALOGO GAUCHO

—Como a eso de la oración,
aura cuatro o cinco noches,
vide una fila de coches
contra el tiatro Colón.
La gente en el corredor,
como hacienda amontonada,
pujaba desesperada
por llegar al mostrador.
Allí, a juerza de sudar,
y a punta de hombro y de codo,
hice, amigazo, de modo
que al fin me pude arrimar.
Cuando compré mi dentrada
y di güelta . . . ¡Cristo mío!
estaba pior el gentío
que una mar alborotada.
Era a causa de una vieja
que le había dao el mal . . .
—Y si es chico ese corral,
¿a qué encierra tanta oveja?

—Ahí verá: por fin, cuñado,
a juerza de arrempujón,
salí como mancarrón
que lo sueltan trasijao.
Mis botas nuevas quedaron
lo propio que picadillo,
y el fleco del calzoncillo
hilo a hilo me sacaron.
Y para colmo, cuñado,
de toda esta desventura,
el puñal de la cintura,
me lo habían refalao.

—Algún gringo como luz
para la uña ha de haber sido,

—¡Y no haberlo yo sentido!
En fin, ya le hice la cruz.
Medio cansao y tristón
por la pérdida, dentré
y una escalera trepé
con ciento y un escalón.
Llegué a un alto, finalmente,
andé va la paisanada
que era la última camada
en la estiba de la gente.
Ni bien me había sentao,
rompió de golpe la banda
que detrás de una baranda
la habían acomodao.
Y ya también se corrió
un lienzo grande, de modo
que, a dentrar con flete y todo,
me aventá creameló.
Atrás de aquel cortinao,
Un Dotor apareció
que asigún oí decir yo,
era un tal Fausto, mentao.

—¿Dotor, dice? Coronel
de la otra banda, amigaso;
lo conozco a ese criollaso
porque he servido con él.
—Yo también lo conocí
pero el pobre ya murió;
¡bastantes veces montó
un saíno que yo le di!
Dejeló al que está en el cielo,
que es otro Fausto el que digo,
pues bien puede haber, amigo,
dos burros del mesmo pelo.

Estanislao del Campo.

HOY HE NACIDO

Cada día que pase, has de decirte:
El mundo es nuevo para mí; la luz
ésta que miro,
hiere sin duda por la vez primera
mis ojos límpidos;
la lluvia que hoy desfleca sus cristales
es mi bautismo.
“Vamos, pues, a vivir un vivir puro,
un vivir nítido.
Ayer, ya se perdió: ¿fui malo? ¿bueno?
... Venga el olvido,
y quede sólo, de ese ayer, la esencia,
el oro íntimo
de lo que amé y sufrí mientras marchaba
por el camino.
“Hoy, cada instante, al bien y a la alegría
será propicio,
y la esencial razón de mi existencia
mi decidido
afán, volcar la dicha sobre el mundo,
verter el vino
de la bondad sobre las bocas ávidas
en redor mío.
“Será mi sola paz la de los otros;
su regocijo
mi regocijo, su soñar mi ensueño;
mi cristalino
llanto, el que tiemble en los ajenos párpados;
y mis latidos,
los latidos de cuantos corazones
palpiten en los orbes infinitos.”
Cada día que pase, has de decirte:
“¡Hoy he nacido!”

AMOR FRATERNAL

¡Oh, feliz la que siente el consuelo
que derrama el cariño de hermano!
¡Es tan dulce en el áspero suelo
estrechar en la nuestra su mano!

Contemplar el semblante inocente
del que duerme al arrullo materno,
e imprimir en su angélica frente
nuestro beso de amor, dulce y tierno;

escuchar este nombre de "hermana",
que tan grato resuena al oído,
que disipa la angustia tirana,
que mitiga el doliente gemido;

el decir: sangre tuya es la mía,
nuestro ser al ser mismo debemos,
y una mano en el mundo nos guía
y el amor de una madre tenemos.

P. Pascual de Sanjuán.

LA ESCUELA

Segundo hogar yo le llamo,
Niño querido, a la Escuela;
El Maestro es otro padre
Que nos trasmite su ciencia,
Que su afecto nos consagra,
que por nuestras almas vela.

Del sueño de la ignorancia,
Capullo que nos encierra,
El, con el libro en la mano
A otra vida nos despierta:
A la vida esplendorosa
Que a lo ignorado nos lleva;
El, con cariño profundo,

A ser buenos nos enseña,
Pues la moral es el libro
Que nunca falta en la Escuela.

La Escuela, mansión sagrada,
Hoy como nunca más buena,
Regocijo de la infancia,
De la juventud palestra.
En ella, ¡qué de alegrías
Nuestro corazón encuentra!
Los cariños del Maestro,
Sus palabras, sus promesas,
Todo la hace a nuestras almas,
Grata y dulce, santa y bella.

Este año que ya toca
A su fin, en la carrera
Presurosa de los tiempos,
Es el año de la Escuela.
De sus aulas han salido
Los artistas, los poetas,
Los guerreros, los filósofos,
Cuanto brillan en la escena
De la vida, cuantos forman
Las legiones de la idea,
Los heraldos del progreso
Que lo empujan y lo alientan.

Niño que ves estas páginas,
No desertes de la Escuela,
No abandones imprudente
Los dinteles de sus puertas.
Si es que en tu alma, como en nido
Que ave próspera caliente,
Dios ha puesto la esperanza;
Si es que aspiras, si es que anhelas
Algo grande, nombre y gloria,
Lo tendrás yendo a la Escuela.

Ricardo Domínguez.

REIR LLORANDO

Viendo a Garrik, actor de la Inglaterra,
 el pueblo al aplaudirlo le decía:
 "Eres el más gracioso de la tierra,
 y el más feliz" . . .

Y el cómico reía.

Víctimas del "splen" los altos lores,
 en sus noches más negras y pesadas,
 iban a ver al rey de los actores,
 y cambiaban su "splen" en carcajadas.

Una vez ante un médico famoso,
 llegóse un hombre de mirar sombrío:
 "Sufro, le dijo, un mal tan espantoso
 como esta palidez del rostro mío".

"Nada me causa encanto y atractivo:
 no me importa mi nombre ni mi suerte;
 en un eterno "splen" muriendo vivo,
 y es mi única pasión la de la muerte".

—Viajad y os distraeréis.

—Tanto he viajado.

—Las lecturas buscad.

—Tanto he leído.

—Que os ame una mujer.

—Si soy amado.

—Un título adquirid.

—Noble he nacido.

—Pobre seréis, quizá.

—Tengo riquezas.

—¿De lisonjas gustáis?

—Tantas escucho.

—¿Qué tenéis de familia?

—Mis tristezas.

—¿Vais a los cementerios?

—Mucho . . . , mucho.

—¿De vuestra vida actual tenéis testigos?

—Sí, mas no dejo que me impongan yugos;
yo les llamo a los muertos, mis amigos,
y les llamo a los vivos, mis verdugos.

—Me deja, agregó el médico, perplejo
vuestro mal; mas no debo acobardaros;
tomad hoy por receta este consejo:
sólo viendo a Garrik podréis curaros.

—¿A Garrik?

—Sí, a Garrik . . . la más remisa
y austera sociedad le busca ansiosa;
todo aquel que lo ve, muere de risa,
tiene una gracia artística asombrosa.

—¿Y a mí me hará reír?

—Oh, sí, os lo juro,
él sí, nadie más que él; mas . . . ¿qué os inquieta?

—Así, dijo el enfermo, no me curo;
yo soy Garrik . . . , cambiadme la receta.

Cuántos hay que cansados de la vida,
enfermos de pesar, muertos de tedio,
hacen reír como el actor suicida,
sin encontrar para su mal remedio.
¡Oh, cuántas veces al reír se llora!
Nadie en lo alegre de la risa fíe,
porque en los seres que el dolor devora
el alma llora cuando el rostro ríe.
Si se muere la fe, si huye la calma,
si sólo abrojos nuestra planta pisa,
lanza a la faz la tempestad del alma
un relámpago triste: la sonrisa.
El carnaval del mundo engaña tanto,
que las vidas son breves mascaradas;
aquí aprendemos a reír con llanto
y también a llorar con carcajadas.

Juan de Dios Peza.

EL HIJO DE LA CALLE

Su rostro demacrado, su ropa hecha jirones,
los párpados rojizos, quebrantada la voz...

Alargaba su mano con gesto de vencido:

“—¡Señor..., una limosna por el amor de Dios!

De noche, cuando todos los niños se dormían
bajo el beso sublime del amor maternal,
el niño solitario, mendicante y vencido,
dormíase llorando junto al regio portal.

No tenía una madre que algo lo consolara,
que algo lo consolara en su eterno sufrir;
no tenía una madre que viniera a enjugarle
las lágrimas de su alma, dulcemente infantil.

Vagaba diariamente por las áridas calles,
empujado hacia ellas por un inquieto afán:
Hallar algún mendrugo para saciar su hambre,
o algunos centavitos para comprarse pan!

Y el niño demacrado, del traje hecho jirones,
de párpados rojizos, de quebrantada voz,
alargaba su mano con gesto de vencido
pidiendo una limosna, por el amor de Dios...

.....

En cierta mañana cuando poco a poco
llegaba a la tierra la luz matinal,
el sol, con sus luces, besó dulcemente
al limosnerito muerto en el umbral...

Eduardo O. Zapiola.

A UNAS FLORES

Estas que fueron pompa y alegría
Despertando al albor de la mañana,
A la tarde serán lástima vana
Durmiendo en brazos de la noche fría.

Ese matiz que al cielo desafía,
Iris listado de oro, nieve y grana,
Será escarmiento de la vida humana:
¡Tanto se aprende en término de un día!

A florecer las rosas madrugaron,
Y para envejecerse florecieron:
Cuna y sepulcro en un botón hallaron.

Tales los hombres sus fortunas vieron.
En un día nacieron y espiraron
Que pasados los siglos, horas fueron.

Pedro Calderón de la Barca.

CANTO A LA ARGENTINA

.....

Mas no son tu poder y tu grandeza,
Noble Nación, los dones solamente
Que pródiga te dió Naturaleza:
Aun más que por tu suelo floreciente
Gloriosa senda el porvenir te traza,
Por tu hermosa labor dura y paciente,
Por la fuerza admirable de tu raza.
De tu raza . . . que son las razas todas
Juntas en tu regazo,
Donde quisieron celebrar sus bodas
Y unirse amantes en estrecho abrazo,
Para formar latinos y sajones

Ese gran árbol de jugosa entraña,
 En que ramas de todas las naciones
 Brotan del tronco secular de España.
 Por llevar en tus venas confundida
 Sangre de tantos pueblos diferentes
 Corrió por ellas con vigor la vida;
 Hombres distintos y distintas gentes
 Diéronte sus virtudes una a una,
 Y ya naciste entre esplendor de gloria,
 Pues por rara merced de la Fortuna,
 Al entrar en la Vida y en la Historia
 La Santa Libertad meció tu cuna.

Juan Antonio Cavestany.

A L P L A T A

(Fragmento)

El ángel del futuro de hinojos en Oriente
 espera el primer rayo del venidero sol,
 para decir al hombre del viejo continente:
 "La aurora se levanta del mundo de Colón".

Mañana de esa aurora los rayos en el monte,
 los rayos en las ondas, los rayos por doquier,
 harán sobre los cielos magnífico horizonte
 que bañará radiante de América la sien.

Mañana en esos rayos, ¡oh, Plata!, de repente
 descenderá del cielo la bendición a ti,
 y el viejo mundo entonces te gritará: "Detente,
 mis razas arrebatas, mi genio y porvenir".

Y seguirán tus ondas tirando en las arenas
 las ciencias y las artes cual perlas de la mar,
 y de hombres y de industrias y de virtudes llenas
 salpicarás el árbol frondoso de la paz.

Y al empinar tu planta sobre tu propio abismo
podrás girar altivo los ojos en redor,
sin encontrar esclavos ni rudo fanatismo
ni enrojecida huella de bárbara ambición.

¡Ay triste del que osare sobre argentina frente
alzar de los tiranos el látigo otra vez!
Sacudirás tus ondas y al eco solamente
el hacha del verdugo le abatirá la sien.

Cargado de recuerdos y vanidad entonces,
ofertas y amenazas y naves burlarás,
y, ¡ay!, triste para siempre del extranjero bronce
que osare en las riberas del Plata retumbar.

La libertad hermosa se bañará en tus olas,
el aire de su vida lo aspirará de ti,
y en tus riberas, antes tan áridas y solas,
tendrá para dormirse su célico jardín.

Y enamorado el hombre de tu sin par belleza,
el labrador sus flores derramará a tus pies;
y el alto pensamiento, mirando tu cabeza,
del genio en la batalla te buscará laurel.

Y poderoso entonces y entusiasmado y libre,
¿qué mano entre las nubes eclipsará tu sol?
¿Quién alzaré la frente cuando tu acento vibre,
y cien ciudades hagan el eco de tu voz?

Cuando a tu ¡alerta! grite la Patagonia ¡alerta!
¡Alerta! el viejo Chaco y ¡alerta! el Paraná;
y la nación levante su frente descubierta,
diciendo con sus bronces al enemigo: ¡Atrás! . . .

José Mármol.

LA DALIA

La dalia es hermosa, cantaban las aves,
 Girando ligeras en torno a la flor;
 La flor ocultaba sus hojas suaves,
 Temblando inocente de casto pudor.

¿Qué tiene la esquiva, las aves decían,
 Que oculta sus hojas del sol celestial?
 Y más afanosas sus alas batían,
 Y más se ocultaba la flor virginal.

Las aves dijeron: ¿Te causa congojas
 El vuelo oficioso del aura sutil?
 La flor por respuesta plegó más sus hojas
 Doblando impaciente su tallo gentil.

Huyeron las aves y tímida y pura
 Abrió muy despacio sus hojas la flor,
 Honesta brillaba su casta hermosura.
 ¡Oh brillo fecundo del casto pudor!

José Selgas.

CONSEJOS DE MARTIN FIERRO

Nace el hombre con la astucia
 que ha de servirle de guía.
 Sin ella sucumbiría;
 pero según mi experiencia,
 se vuelve en unos prudencia
 y en los otros picardía.

Aproveche la ocasión
 el hombre que es diligente;
 y tengaló bien presente,
 si al compararla no yerro:

la ocasión es como el fierro:
se ha de machacar caliente.

Muchas cosas pierde el hombre
que a veces las vuelve a hallar;
pero les debo enseñar,
y es güeno que lo recuerden:
si la vergüenza se pierde,
jamás se vuelve a encontrar.

Los hermanos sean unidos,
porque esa es la ley primera;
tengan unión verdadera
en cualquier tiempo que sea,
porque si entre ellos pelean,
los devoran los de ajuera.

Respeten a los ancianos;
el burlarlos no es hazaña.
Si andan entre gente extraña,
deben ser muy precavidos,
pues por igual es tenido
quien con malos se acompaña.

La cigüeña, cuando es vieja,
pierde la vista, y procuran
cuidarla en su edá madura
todas sus hijas pequeñas.
Apriendan de las cigüeñas
este ejemplo de ternura.

José Hernández.

TRABAJA

Trabaja, joven, sin cesar, trabaja;
La frente honrada que en sudor se moja,
Jamás ante otra frente se sonroja,
Ni se rinde servil a quien la ultraja.

Tarde la nieve de los años cuaja
 Sobre quien lejos la indolencia arroja:
 Su cuerpo al roble, por lo fuerte enoja,
 Su alma del mundo al lodazal no baja.

El pan que da el trabajo es más sabroso
 Que la escondida miel que con empeño
 Liba la abeja en el rosal frondoso.

Si comes ese pan, serás tu dueño,
 Mas si del ocio ruedas al abismo,
 Todos serlo podrán, menos tú mismo.

Calixto Pompa.

LADRAR A LA LUNA

¡No desmayes jamás ante una guerra
 de torpe envidia y miserables celos!
 ¿Qué le importa a la luna, allá en los cielos,
 que le ladren los perros de la tierra?

Si alguien aspira a derribarte, yerra
 y puede ahorrarse inútiles desvelos;
 no tan pronto se abate por los suelos
 el Escorial que su talento encierra.

¿Qué no cede el ataque ni un momento?
 ¿Qué a todo trance buscan tu fracaso?
 ¿Qué te cansa el luchar? . . . ¡No lo disputo!

Mas oye, amigo, este refrán de paso:
 ¡Se apedrean las plantas que dan fruto!
 ¿Quién del árbol estéril hace caso?

Marcos Zapata.

TARDE GRIS

Que tranquila es la vida del hogar
En las tardes lluviosas del invierno:
Todo encierra un encanto manso y tierno
En la turbia quietud crepuscular.

Los árboles, las casas, la llanura,
Todo sueña en silencio en esta hora . . .
Parece que en los campos se atesora
Una honda sedante de ternura.

Mi frente como un ánfora se inclina,
Vierte el dolor, y de bondad se viste,
Mientras la tarde como una novia triste
Se aleja bajo el tul de la neblina . . .

Héctor R. Alberdi.

COLONIA ESCOLAR

Angeles, más que niños, van reunidos
cual bandada de alegres mariposas,
ya escalando montañas escabrosas,
ya cruzando los valles escondidos.

Laten sus corazones confundidos,
dan al viento sus risas cadenciosas,
y son capullos de fragantes rosas
por montes y llanuras esparcidos.

Agítase la turba alborozada,
en pos de una ilusión desconocida
que palpita en sus pechos reflejada.

Pájaros son, que en amorosa huída,
al olvidar la jaula abandonada,
gozan por vez primera de la vida.

Narciso Díaz de Escobar.

EL DESIERTO

Era la tarde, y la hora
En que el sol la cresta dora
De los Andes. El Desierto
Inconmensurable, abierto
Y misterioso a sus pies
Se extiende, triste el semblante,
Solitario y taciturno
Como el mar, cuando un instante,
Al crepúsculo nocturno
Pone rienda a su altivez.

Gira en vano, reconcentra
Su inmensidad, y no encuentra
La vista en su vivo anhelo,
Do fijar su fugaz vuelo,
Como el pájaro en el mar.
Doquier campo y heredades
Del ave y bruto guaridas.
Doquier cielo, y soledades
De Dios sólo conocidas,
Que El sólo puede sondar.

Se puso el sol; parecía
Que el vasto horizonte ardía:
La silenciosa llanura
Fué quedando más oscura,
Más pardo el cielo, y en él,
Con luz trémula brillaba
Una que otra estrella, y luego
A los ojos se ocultaba,
Como vacilante fuego,
En soberbio chapitel.

El crepúsculo entre tanto,
Con su claroscuro manto,
Veló la tierra; una faja,
Negra como una mortaja,
El occidente cubrió;

Mientras la noche bajando
Lenta venía, la calma
Que contempla suspirando,
Inquieta a veces el alma,
Con el silencio reinó.

¡Oíd! ya se acerca el bando
De salvajes, atronando
Todo el campo convecino.
¡Mirad! Como torbellino
Hiende el espacio veloz;
El fiero ímpetu no enfrena
Del bruto que arroja espuma;
Vaga al viento su melena,
Y con ligereza suma
Pasa en ademán atroz.

Tal decía, y bajo el callo
Del indómito caballo
Crujiendo el suelo temblaba;
Hueco y sordo retumbaba
Su grito en la soledad;
Mientras la noche, cubierto
El rostro en manto nubloso,
Echó en el vasto desierto
Su silencio pavoroso,
Su sombría majestad.

Esteban Echeverría.

EL AMANECER

Blando céfiro mueve sus alas
empapadas en fresco rocío . . .
de la noche el alcázar sombrío
dulce alondra se atreve a turbar.
Las estrellas cual sueño se borran . . .
sólo brilla magnífica una . . .
¡es el astro del alba! La luna
ya descende, durmiéndose, al mar.

Amanece: la raya del cielo
 luce trémula cinta de plata,
 que, trocada en fulgente escarlata,
 esclarece la bóveda azul;
 y montañas, y selvas, y ríos,
 y del campo la mágica alfombra,
 roto el negro capuz de la sombra,
 muestran nieblas de cándido azul.

¡Es de día! Los pájaros todos
 lo saludan con arpa sonora,
 y árboles y cúspides dora
 el intenso lejano arrebol.
 El oriente se incendia en colores . . .
 los colores en vívida lumbre . . .
 y por cima de la áspera cumbre,
 sale el disco inflamado del sol!

Pedro A. Alarcón.

LA VUELTA DE LOS CAMPOS

La tarde paga en oro divino las faenas . . .
 Se ven limpias mujeres vestidas de percales,
 Trenzando sus cabellos con tilos y azucenas
 O haciendo sus labores de aguja, en los umbrales.

Zapatos claveteados, y báculos, y chales . . .
 Dos mozas con sus cántaros se deslizan apenas.
 Huye el vuelo sonámbulo de las horas serenas.
 Un suspiro de Arcadia peina los matorrales . . .

Cae un silencio austero . . . Del charco que se nimba
 Estalla una gangosa balada de marimba.
 Los lagos se amortiguan con espectrales lampos,

Las cumbres, ya quiméricas, coronánse de rosas . . .
 Y humean a lo lejos las rutas polvorosas
 Por donde los labriegos regresan de los campos.

Julio Herrera y Reissig.

MI MADRE

No siempre el tiempo borra la hermosura
ni la marchitan llanto y desengaños:
mi buena madre, ya agobiada de años,
más hermosa parece a mi ternura.

Todo: su acento, su mirar, su trato,
me toca el corazón tan dulcemente,
que si fuese pintor, constantemente
haría su retrato.

Mas, si el cielo mis ruegos escuchara,
no pidiera en verdad el don divino
de Rafael de Urbino
para exornar de resplandor su cara . . .

Trocar querría yo vida por vida,
darle en ofrenda mi vigor lozano:
verme yo convertido en un anciano
y a ella de dicha y juventud henchida!

E. de Amicis.

LA CUNA

Si yo supiera de qué selva vino
El árbol vigoroso que dió el cedro
Para tornejar la cuna de mi hijo . . .
Quisiera bendecir su nombre exótico.
Quisiera adivinar bajo qué cielo,
Bajo qué brisas fué creciendo lento
El árbol que nació con el destino
De ser tan puro y diminuto lecho.

Yo elegí esta cunita
Una mañana cálida de enero.
Mi compañero la quería de mimbre,
Blanca y pequeña como un lindo cesto,
Pero hubo un cedro que nació hace años

Con el sino de ser para mi hijo,
Y preferí la de madera rica
Con adornos de bronce. ¡Estaba escrito!

A veces, mientras duerme el pequeñuelo,
Yo me doy a forjar bellas historias:
Quizá bajo su copa una cobriza
Madre venía a amamantar su niño
Todas las tardecitas a la hora
En que este cedro, amparador de nidos,
Se llenaba de pájaros con sueño,
De música de arrullos y de píos.

¡Debió de ser tan alto y tan erguido!
¡Tan fuerte contra el viento y la borrasca,
Que jamás el granizo le hizo mella
Ni nunca el cierzo doblgó sus ramas!

El, en las primaveras, retoñaba
Primero que ninguno. ¡Era tan sano!
Tenía el aspecto de un gigante bueno
Con su gran tronco y su ramaje amplio.

Arbol inmenso que te hiciste humilde
Para acunar a un niño entre tus gajos:
Has de mecer los hijos de mis hijos.
¡Toda mi raza dormirá en tus brazos!

Juana de Ibarbourou.

EL ALAMO BLANCO

Mientras el aura del ardiente estío
Derramando con vuelo fatigado
Sobre la mustia majestad del prado
De la alma aurora el virginal rocío;

Besando el agua del raudal umbrío
A la sombra de un álamo apartado,

Oyó que así en murmullo sosegado
Decían el árbol y el sonoro río:

—Si el céfiro de abril huyó ligero,
¿Qué espíritu divino te alimenta
Y hace perpetuo tu verdor primero?

—Yo presto sombra cuando el sol calienta,
Rasgo del aire el torbellino fiero,
Y el bien que hago mi verdor sustenta.

José Selgas.

QUIENES SON LOS MUERTOS

No son los muertos los que en dulce calma
la paz disfrutaban de la tumba fría;
muertos son los que tienen muerta el alma
y viven todavía.

No son los muertos, no, los que reciben
rayos de luz en sus despojos yertos;
los que mueren con honra son los vivos,
los que viven sin honra son los muertos.

La vida no es la vida que vivimos,
la vida es el honor, es el recuerdo,
por eso hay muertos que en el mundo viven
y hombres que viven en el mundo muertos.

Ricardo Palma.

LAS TRES VIRTUDES

Cuando seas señor de tus sentidos
un árbol planta y buena obra hiciste,
porque él alegrará tu huerto triste
con frutos, flores, pájaros y nidos.

De todo lo que oigas y que veas;
de lo malo y de lo bueno, vil y honrado,
escribe un libro y deja en él grabado
el vigor de tu ser y tus ideas.

Y cuando sienta tu vivir sereno
que la paz del hogar te llama y nombra,
haz con amor un hijo, justo y bueno,

para que aprenda la sabiduría
de tu libro inmortal, bajo la sombra
del árbol noble que plantaste un día.

O. Fernández Ríos.

LA ARGENTINA

¡Madre tierra Argentina! la de la sombra grata
al árbol de la Estirpe; dulce a la advocación;
¡sobre tu sol la América toda su luz retrata
desde las siembras mayas de la Revolución!

¡Ya no duermes oyendo la gentil serenata
del Río que te glosa su argentina canción,
que hacia tu sol sus olas parece alzar el Plata,
en sus mareas, como si fuese un corazón...

¡Madre tierra Argentina!, ¡la de la inmensa pampa.
y el sin igual destino!, ¡hoy en tu escudo acampa
una grandeza nueva, alba en campo de azur!

¡Y como si Dios mismo alzara su custodia,
tus Andes se arrodillan y tu Río salmodia,
en una acción de gracias, bajo la Cruz del Sur!

Angel Falco.

LA FELICIDAD

Dicen que anduvo el viajero
por toda la inmensidad
del universo buscando
la dulce Felicidad.

Anduvo así muchos años
hasta que el tiempo fatal
tornó blancos sus cabellos
como la espuma del mar.
Y después de haber andado
por toda la inmensidad
una noche se detuvo
ante su sombra fugaz.

Y a la sombra preguntóle:
—“Dime con sinceridad
dónde encontrará mi vida
la dulce Felicidad”.

Y le respondió la sombra:
—“Solamente la hallarás
más allá de toda tierra
conocida, más allá . . .

Y el viajero ilusionado
siguió por la soledad
ignorando que hay dulzuras
que no se encuentran jamás . . .

Y errante anda todavía
pues nunca podrá encontrar
lo que su corazón sueña:
¡la eterna Felicidad!

Cristóbal de Castro.

FLOR DEL CAMPO

Meció su cuna el pampero
sobre silenciosa loma
zahumada por el aroma
del torongil y el romero.
Brotó robando al lucero

sus más relucientes rayos
tejió la flora los sayos
que orlaron su galanura
y creció con la frescura
de los campos uruguayos.

Allí, en el pobre desierto
corrió su vida sencilla
enredada en la gramilla
del terreno descubierto.
Rozó su pecho inexperto
la sombra de un rumor vago
y contestando a su halago
vióse pronto convertida
en violeta preferida
por los donceles del pago.

No se bosqueja en su frente
la causa de su martirio,
no comprende aquel delirio
engendrado de repente.
Pero poderosa siente
una lozana impresión,
la guarda envuelta en pasión
y con acento que quema
se la cuenta a la alhucema
a la salvia y al cedrón.

En el silvestre pensil
la flor luce su hermosura
y es reina de la llanura
por fragante y por gentil.
Su perfume juvenil
con deleite se respira
porque con alma suspira,
porque con fe siente pena,
porque quiere como buena,
porque no tiene mentira.

Elías Regules.

H O G A R

No hay noticias. La anciana
inútilmente espera en la ventana.

¡Pasan días y meses!
En este año los campos no han producido mieses.
No hay pan. En lontananza,
la pobre madrecita cultiva su esperanza.

—“Cuando vuelva, sin duda,
traerá puesta la cruz; sobre su frente ruda
brillará la aureola de aquel primer encuentro...
¡Ha de volver, es claro, mi buen batallador!
Lo esperaré aquí dentro,
para llorar en lo íntimo mi dolor y mi amor.”

No hay noticias, no hay pan. La madrecita anciana
inútilmente espera en la ventana...

Mucho tiempo después, por la calle desierta
regresaba un soldado;
vió el ventanal vacío, el postigo cerrado,
y un crespón en el tosco llamador de la puerta...

Mario Bravo.

L A S A V E S

¡Cuántas aves que anidan sin recelo
En un árbol, que es luego cruz o nave,
Tienden por fuerza misteriosa y grave,
Como el árbol también, al mar o al cielo!

El ave es ambición que huye del suelo,
Y es alerta estentóreo o trino suave;
Que el canto más glorioso es el del ave
Y la línea más pura es la del vuelo...

Nada importa — si el sol rasga las brumas—
 Que el mal persiga al bien, el buitre altivo
 A la paloma, hecho un Satán con plumas;

Que mientras alas tengan y garganta,
 ¡Serán las aves el emblema vivo
 De todo lo que vuela y lo que canta!

José Santos Chocano.

CANSERA

—¿Pa qué quies que vaya? Pa ver cuatro espigas
 arrollás y pegás a la tierra;

pa ver los sarmientos ruines y mustios
 y esnúas las cepas,
 sin un grano de uva,

ni tampoco, siquía, sombra de ella . . .
 pa ver el barranco,
 pa ver la laera,

sin una matuja . . . ; pa ver que se embisten,
 de pelás, las peñas! . . .

Anda tú, si quieres,
 que a mí no me quea
 ni un soplo de aliento,
 ni una onza de fuerza,
 ni ganas de verme,

ni de que me mientan, siquía, la cosecha . . .

Anda tú, si quieres, que yo pué que nunca
 pise más la senda,

ni pué que la pase, si no es que entre cuatro
 ya muerto me llevan . . .

Anda tú, si quieres . . .

No he d'ir, por mí gusto, si en cruz me lo ruegas
 por esa sendica por ande se fueron,
 pa no volver nunca, tantas cosas buenas . . .
 esperanzas, querereres, suores . . .

¡tó se fué por ella! . . .

Por esa sendica se marchó aquel hijo
 que murió en la guerra . . .
 Por esa sendica se fué la alegría . . .
 ¡por esa sendica vinieron las penas! . . .
 No te canses, que no me remuevo;
 anda tú, si quieres, y éjame que duerma,
 ¡a ver si es pa siempre! . . . ¡Si no me espertara! . . .
 ¡Tengo una cansera! . . .

Vicente Medina.

CANTAR SENCILLO

Gaucho indomable de ayer
 hijo de mi noble tierra,
 en ti, un pasado se encierra
 que por siempre brillará,
 entiendo, que fué tu brazo
 el que libertó este suelo;
 este llano, que en su anhelo
 lleno de gloria hoy está.

A pesar de que en la grande
 e impertérrita jornada,
 tu astucia se impuso, osada,
 al poderío español;
 no te aprecian como deben,
 talvez, porque fuiste grande,
 y asombrado quedó el Ande
 ante ti y tu pabellón.

Tu pabellón, que no hubo
 quien pudiera arrebatarlo,
 y en su poder dominarlo
 vanagloriándose ya;
 el pabellón, noble gaucho,
 que defendiste y amaste
 siempre, y más, cuando el contraste
 nublabá tu libertad.

Pero a ti, que ha de importarte
 el olvido de unos cuantos
 que no tienen, sacrosantos
 deberes, ante tu honor! . . .
 qué ha de importarte el desdén
 de unos cuantos, que no sienten,
 y si dicen Patria, mienten,
 porque tú eres su blasón!

Y no tu esbelta figura
 se ha de perder, gaucho bueno;
 la acción justa encuentra seno
 para albergarte mejor;
 hay un núcleo de argentinos
 que cantamos tu grandeza,
 nobles, ante tu nobleza
 y amantes, ante tu amor. . .

José J. Bianchi.

TIERRAS GLORIOSAS

¡Salud, mis nobles tierras fecundas y solares;
 tierras de fantasía, tierras de realidad,
 donde he cantado el bravo cantar de mis cantares
 y extraigo el rojo vino de amor de la verdad!

¡Salud, islas de oro besadas por los mares
 de una gran armonía y una gran soledad;
 jóvenes territorios a mí tan familiares,
 donde es todo belleza y es todo libertad!

Hondas comarcas líricas de calientes paisajes:
 para vosotras sean mis altos homenajes
 y en vosotras mis pródigas vendimias de pasión...

Que yo, a pesar de todo, soy como una bandera,
 y sois vosotras una triunfante primavera
 sobre la cual derrama flores mi corazón!

José de Maturana.

CANCIONES DE MI CASA

Hijo mío, sé bueno como el lirio y el ave,
como el ave sé simple, como el lirio sé suave.

Sé claro como un rayo de sol en pleno día,
como una gota de agua, como una melodía
de pastor; como el vidrio pulido y reluciente,
como el vidrio, hijo mío, sé limpio y transparente.

Ten el amor por guía, por maestro al dolor;
lo poco que valemos es de dolor y amor.

Amar, este es el verbo supremo del vivir,
y así conjugaremos con honra el de sufrir;
que el amor sea el móvil primer de tu existencia
germen de todo pólen y olor de toda esencia.

A flor de labio lleva la miel de la bondad,
y escúdate en la gloria de la serenidad.

Alfredo Bufano.

EL CAÑON Y EL ARADO

En un castillo desmantelado,
hoy dependencia de un labrador,
vense olvidados en su interior,
un cañón viejo y un tosco arado.
Ambos objetos en un rincón,
hállanse juntos, por incidente,
los dos rechinan violentamente
calla el arado y habla el cañón:

El cañón

Yo soy más fuerte, y, a tu pesar
ante mí tiemblan los más osados,
soy la custodia de los Estados.

¿Qué es sin mí el arte de gobernar?
 ¿Quién al rebelde sometería
 a la obediencia de justas leyes?
 ¿Quién en su trono a tantos reyes
 sostuvieran en un solo día?
 Cuando yo hablo, mi duro acento
 a todo el mundo silencio impone,
 cuando él estalla, su eco traspone,
 la mar bravía y hórrido viento.
 Si amenazada y en trance duro
 la patria se halla, di, desdichado,
 ¿es el cañón o es el arado
 quien de la patria vuela en su apuro?
 ¿Quién de tí cuida, porque en sosiego
 ejercer puedas tu profesión:
 dí, vil, trebejo, ¿no es el cañón
 a quien desprecias ingrato y ciego?

EL arado

Paciente, dócil, bajo la mano
 dura y callosa del labrador,
 él me gobierna y a su sabor
 abro los surcos y esparce el grano.
 Sin mí, la tierra quedara inculta,
 yermos los campos, no es maravilla
 abre mi reja por la semilla,
 maternal lecho donde se oculta.
 Bienes sin tasa, con mi labor
 doy a los pueblos vida y contento,
 mi voz es muda, mientras tu acento
 doquiera esparce luto y terror.
 No me acrimines por ser cobarde
 yo, que constante, ya en paz, ya en guerra
 sirvo a la patria, sirvo a la tierra,
 humilde siempre, sin vano alarde.
 En tu hondo seno la muerte anida
 y si eres custodia de los monarcas

en tanto asolas verdes comarcas
a humanos seres dejas sin vida.
Para tus iras no existe veto
cuando vomitas negra metralla,
y si a tus voces el pueblo calla,
es por miedo, no por respeto.
Mas vendrá un día, vendrán edades
en que los hombres del porvenir
por conocerte tendrán que ir
a los museos de antigüedades.
Calló el arado y a sus razones
cierra la boca nuestro cañón;
y es que la fuerza de las razones
vence a la fuerza de los cañones.

Juan Benejam.

SARMIENTO

Ya sea en la tribuna o en la escuela
así como en el mismo parlamento
resplandece el gran sol de su talento
para ser luego luminosa estela.

La educación del pueblo lo desvela
y jamás cede en su elevado intento
y pájaro de luz, su pensamiento
por la región de la ignorancia vuela.

Maestro sembrador del idealismo
abre una brecha en el profundo abismo
donde yace sin fe la caravana.

Enciende, heroico, las modernas teas
y arroja a manos llenas sus ideas
sobre el borrón de la conciencia humana!

Eduardo A. Bianco.

LIBERTAD

(Fragmento)

¡Como prende tu túnica de raso
con su joya mejor la soberana,
como entre todas las estrellas reina
el lucero magnífico del alba
así pulida
y así gallarda,
sobre todos los pueblos de su estirpe
resplandor y joyel, surge mi Patria!

¡Como buscan la luz y el aire libre,
las macilentas hierbas subterráneas,
como ruedan tenaces y tranquilas
al anchuroso piélago las aguas,
así sedienta
y así porfiada,
la triste humanidad se precipita
al pie de la bandera azul y blanca!

¡Allí va congregándose a su sombra
para formar después una montaña!
¡Allí van adhiriéndose en el tiempo,
partícula a partícula las razas!
¡Allí se funde
y allí se amasa
el hombre tal como surgió en la mente
del Autor de los orbes y las almas!

Pedro B. Palacios.

A UN JOVEN OCIOSO

¿Qué has hecho tú por el progreso humano?
¿En dónde están tus obras, tus proyectos,
para hacer que el hermano ame al hermano,
para hacer a los hombres más perfectos?

Antes que tú, la humana inteligencia
ha procurado el bien por todas partes,
ha inquirido las leyes de la ciencia,
y dictado las reglas de las artes.

Otros antes que tú modificaron
de toscos materiales la estructura,
y de sus manos hábiles brotaron
poemas diversos de admirable hechura.

La casa que te cubre con su techo,
el pan que tu existencia vigoriza,
el código que ampara tu derecho,
el arado que el campo fertiliza;

la tela que te viste, los cristales
que al ojo vuelven el vigor perdido,
los hilos que a distancias colosales
de nuestra voz conducen el sonido;

hachas y yunques, libros y cinceles,
barcos, ferrocarriles, faros y puertos,
dinamos, telescopios y bajeles. . .
¡todo es herencia de los siglos muertos!

Y esa herencia es tu herencia: la recibes
intacta y libre de codicia y dolo.
A todos pertenece: a los caribes
lo mismo que al que mora junto al polo.

El legado inmortal de las edades
te convoca a luchar con ardimiento,
a ennoblecer con regias claridades
el don que te distingue: ¡el pensamiento!

Héroes hubo; su sangre derramaron
por darte patria, libertad y leyes,
hombres ilustres que por ti arrancaron
sus coronas y cetros a los reyes.

Esos los genios de la luz han sido;
por su labor la humanidad recobra
su nobleza y poder. Tú, ¿qué has traído?
¿qué has hecho tú por merecer su obra?

Ya que por ti lucharon con exceso,
emprende de la gloria la jornada:
¡huye la ociosidad que te anonada!
¡acógete al trabajo y al progreso!

G. Torres Quintero.

LA TUMBA DEL SOLDADO

El vencedor ejército, la cumbre
Salvó de la montaña,
Y en el ya solitario campamento
Que de lívida luz la tarde baña,
Del negro Terranova,
Compañero jovial del regimiento,
Resuenan los aullidos
Por los ecos del Valle repetidos.

Llora sobre la tumba del soldado,
Y bajo aquella cruz de tosco leño,
Lame el césped aún ensangrentado
Y guarda el fin de tan profundo sueño.

Meses después, los buitres de la sierra
Rondaban todavía

El valle, campo de batalla un día,
 Las cruces de las tumbas ya por tierra...
 Ni un recuerdo, ni un nombre...

¡Oh! no; sobre la tumba del soldado,
 Del negro Terranova
 Cesaron los aullidos,
 Mas del noble animal allí han quedado
 Los huesos sobre el césped esparcidos.

Jorge Isaacs.

LA NODRIZA

Mucho lloró la Reina la muerte del Monarca,
 la muerte del Monarca que sucumbió en la guerra;
 lloróle como dueño, lloróle como esposo;
 pero el dolor más hondo de la afligida Reina
 fué por el padre amante del débil pequeñuelo,
 más blanco que la nieve de la empinada sierra,
 más rubio que la espiga del trigo bien maduro,
 más bello y sonrosado que un sueño de inocencia,
 que es triste que la patria se quede sin caudillo,
 y es triste que la esposa su amor sublime pierda;
 pues es mucho más triste que el Príncipe heredero—
 que huerfanito y solo junto a su madre queda—
 no tenga ni el cariño del padre que le amaba,
 ni tenga quien luchando le ampare y le defienda.

La lucha se aproxima,
 la lucha está muy cerca,
 y es cierto que en la lucha
 falaz y traicionera
 peligra la corona.

Porque un pariente rudo, cual lobo de la selva,
 quiere robarle al niño, quitándole la vida,
 el cetro y los tesoros, el trono y la diadema.
 Por eso entre crespones, que su viudez pregonan,

llora con llanto amargo la infortunada Reina
la muerte del monarca, la muerte del esposo,
la muerte del buen padre que sucumbió en la guerra.

Los niños duermen juntos
y la nodriza vela.

En una cuna desolada de espléndido brocado,
en cuna que es tesoro de encajes y de sedas,
reposa el Principito, cual las espigas rubio,
y blanco cual las nieves penacho de la sierra.

Y al lado de su cuna,
en cuna más modesta,
descansa otro chicuelo
de hirsuta cabellera.

Un niño cuyo rostro tiene el color del bronce
un niño que es el hijo de la nodriza negra,
de la infeliz esclava que, lejos de su patria,
con palmas y arenales constantemente sueña,
y adora a sus señores y adora a los dos niños,
y así a los dos ofrece el jugo de sus venas.

Los niños duermen juntos,
y entre blancas telas

destacan sus caritas de bronce y alabastro,
como un diamante negro junto a luciente perla.

Cuando despunta el alba,
cuando la noche llega,
doliente y amorosa
la desdichada Reina

ofrece sus caricias al Príncipe heredero
y al pobre africanito de hirsuta cabellera.

Y noches y mañanas, solícita y humilde,
la esclava dulcemente a los dos niños besa,
y besa más al Príncipe que al africano negro,
pues la nodriza piensa

que el hijo de una esclava no corre los peligros
que el hijo del Monarca le aguardan y le acechan.
La esclava nunca olvida que en los abruptos montes,
al frente de bandidos, más fieros que las fieras,
hay un malvado viejo que su mandoble aguza

para segar airado, la cándida existencia
del rubio pequeño, que es vida y esperanza
de la bendita Reina.

¡Por eso la nodriza besando a los niñitos,
al hijo del Monarca con más cariño besa!

Un día, tañeron las campanas, vibraron los clarines;
roncaron los tambores, gritaron los "alertas",

lucieron como rayos tizonas bien templadas,
corrió en tropel confuso la masa soldadesca;
ante el tremendo empuje de los bandidos bravos
cayeron destrozadas las rechinadas puertas,
y loco de ambiciones y hambriento de rapiñas
aquel pariente rudo, cual lobo de la selva,
entróse en el palacio, dejando a sus espaldas
de crímenes y sangre las pavorosas huellas.

Los niños duermen juntos
y la nodriza vela;

y al ver cerca el peligro, la esclava valerosa,
llegando hasta las cunas a los niñitos besa,
y lleva al Principito al lecho más humilde
y al hijo de su carne calladamente acuesta
en la soberbia cuna cubierta de brocados
y orlada con encajes y vaporosa seda.

¡A tiempo se hizo el cambio! . . .

Pronto en la alcoba regia
entró el furioso tigre, entró el bandido fiero,
y arrebatando ansioso la codiciada presa,
llevóse al pobre niño que se encontró dormido,
¡dormido blandamente en cuna principesca!

Las tropas se rehicieron, y en épico combate
cayeron los bandidos al fin de la refriega
los nobles encontraron en brazos del caudillo,
como una flor sangrienta,

el destrozado cuerpo de un tierpo pequeñuelo
envuelto entre ropitas de encajes y de seda.

Pero en la pobre cuna el Príncipe reía,
y al lado del niñito, feliz y satisfecha,
la augusta Soberana secaba el llanto amargo

de la infeliz nodriza, de aquella esclava negra
que ante su hijito, muerto para salvar al trono
doblaba la cabeza.

Llevaron al tesoro a la infeliz esclava
para que allí escogiese cuantiosa recompensa.
Allí brillaba el oro llegado de las Indias,
allí se amontonaban las más hermosas perlas,
allí las esmeraldas, zafiros y diamantes

brillaban cual estrellas,

y era el tesoro regio como un jardín de ensueño:
jardín donde las flores un mago trocó en gemas.

—Escoge lo que gustes,

elige lo que quieras—

a la infeliz nodriza

dijo la feliz Reina.

Como la muerte, triste, como la muerte, pálida,
como la muerte, muda, como la muerte, yerta,
la esclava entre sus manos tomó un puñal luciente,
riquísima presea

con que su caudillo moro comprara su rescate
al verse prisionero en lucha gigantesca.

—¡Bien eligió la esclava! - los nobles murmuraron -

Y balbuciente y triste, con dolorosa queja,

dijo la humilde esclava,

dijo la esclava negra:

—El Príncipe ya es salvo, dejadme que me vaya;

el hijo de mi vida, mi dulce amor espera;

ya es hora de que beba el jugo de mi seno,

y es hora de que alegre en mi regazo duerma.—

Y hundiéndose en el pecho el arma del rey moro,

¡rodó la esclava, muerta!

Eça de Queiroz.

TIERRA INGRATA

Mugiendo la sirena, borbotando
un humo rojo y negro,
con mar gruesa y con cielo amenazante
arrancó el transatlántico del puerto,
como el frío arreciaba, la cubierta
abandonaron pronto los viajeros.
Declinaba la tarde,
La tierra fué perdiéndose a lo lejos.
Entre la bruma gris, junto a la borda,
un grupo numeroso
quedó olvidado, un grupo de emigrantes
hacinados allí como un estorbo.
Rendidos por el rudo balanceo,
en doliente actitud callaban todos,
buscando todavía
la ya borrada costa con sus ojos,
Hombres, mujeres, niños, recostados
en la dura madera,
enflaquecidos por el hambre, humildes,
con la triste humildad de la miseria,
callaban; pero había en sus harapos
restos de campesinas opulencias,
honradez en sus rostros,
y en su silencio un trágico poema.
De repente una voz vibrante y dura
exclamó: —¡Tierra ingrata! . . .
Y un viejo que por único equipaje
tosco saquillo junto a sí llevaba,
irguióse a medias, y en tensión los brazos,
las manos por la cólera crispadas,
a la invisible costa
apostrofó con gesto de amenaza.
—“Tierra ingrata, que robas a tus hijos
el sudor y la sangre;

(prosiguió aquella voz que por momentos iba siendo más dura y más vibrante),
que nos niegas el pan y nos obligas
a llamar con temor a otros hogares . . .
aunque yo no lo haga.

Dios te maldecirá por mala madre . . .

En esto allá en la popa un marinero
arrió la bandera

y el viejo enmudeció. Luego en voz baja,
con acento impregnado de tristeza,
dijo a un mancebo: “—Escucha: en el saquillo
va un puñado de tierra . . .

Júrame que si muero en suelo extraño
mis pobres huesos cubrirás con ella.”

Ricardo Gil.

LOS TRES OCHOS

Ocho serán tus horas de trabajo;
activo en ellas, sin cesar serás,
cual si para cumplir la obra empezada
tiempo no hubieras de tener jamás.

Cumplida la labor a ciencia cierta,
ocho serán tus horas de expansión,
alegres en la mesa bulliciosa,
y en el paseo como en el salón.

Ocho serán tus horas de reposo,
nunca de menos ni tampoco más;
así tus días serán siempre bellos
y una vejez dichosa lograrás.

Ismael Parraguez.

LAS MADRES

Sobre la techumbre
que cubre mi lecho,
tapa de sepulcro
con quien me confieso,
oigo por las noches
la cuna de un niño romper el silencio,
y esa melodía constante, acompaña
como un dulce amigo mis largos recuerdos.

A veces la cuna
se para un momento
y un triste vagido, muy triste, muy triste,
se escucha a lo lejos
en la noche muda, más triste y más sola
que el mismo lamento;
y la santa madre
vuelve al de la cuna blando bamboleo
y se acalla el lloro del insomne niño
mientras el columpio le sigue meciendo.
Mas apenas para
la cuna su ritmo que extingüese lento,
otra vez el vagido penoso
se clava en el alma más hondo y más trémulo;
y otra vez la madre con mano sublime
balancea a su dulce pequeño,
y un suave efluvio cual adormideras
parece que esparcen sus líricos dedos...
Poco a poco las luengas mecidas
acortan su vuelo,
y de cortas, aún van a más breves,
y de breves, a un leve acuneo
que apenas se siente, que apenas se escucha,
cual rumor inefable del cielo,
y la mano que mece y que mece
ya es seda que cruje, ya es giro del viento,

ya es pluma que pasa,
ya es beso, ya es brisa, ya es roce ya es sueño.
¡Oh, cómo las madres
saben esa escala de blandos descensos
que duerme a los niños de todas las razas
con la melodía del ritmo materno,
y mueven las cunas con largas mecidas,
después les acortan su armónico vuelo,
después les reducen sus lentos vaivenes
como si los ángeles las fuesen midiendo,
hasta que el acento del niño se calla
en un esponjoso dormir de su cuerpo
y sólo se escuchan mil músicas leves
cual si respirase la marcha del tiempo.

Alma solitaria que duermes tu niño
con el sacrificio de tu amor más tierno,
sin que sobrecoja tu pecho la ira,
sin que se impaciente tu santo cerebro,
sin que puedas dejar de ser madre
ni un solo momento;
alma solitaria que noches y noches,
todas las larguísimas del lóbrego invierno,
toda tu cadena de noches sin número,
toda tu cadena de insomnios sin término,
te escucho amorosa meciendo tu cuna,
te escucho tu niño divino meciendo.
¡Oh, tú sí que sabes al son de tu lira
rimar grandes versos,
y tejer tu vida, tu amor, tus entrañas,
al pasar y volver de tu péndulo!
Hilandera sublime que hilas
al son de tu cuna los hombres, los tiempos,
musa excelsa, vestal inmutable,
¡quién pudiera imitar tus ejemplos
y arrullar de las penas humanas
el lloro perpetuo,
y dormirlas con largas mecidas
que se escalonaran con ritmos eternos!

¡Oh, madres! ¡Poetas sublimes!
 Vosotras tan sólo sabéis hacer versos;
 la cuna, es la lira de todas las razas;
 Y el cordaje inmortal vuestros dedos.

Salvador Rueda.

INOCENCIA INFANTIL

Triste, solo, gimiendo en los umbrales
 de la alcoba desierta,
 que aun conserva en el lecho las señales
 de las rígidas formas de la muerta,
 un hombre llora con acerbo llanto,
 y dirige a los cielos la mirada,
 cual pretendiendo hallar en su quebranto,
 la imagen de la esposa idolatrada
 que duerme en un rincón del campo santo.

.....
 El hombre, que solloza traspasado
 por el puñal de la desgracia fiera,
 "¡No hay Dios! ¡No hay Dios!" repite desolado,
 que si existiera Dios, aun existiera
 ¡el ángel que la muerte me ha robado!
 "¡No hay Dios! ¡No hay Dios!" con impiedad
 [murmura

el hombre malherido en su cariño
 y con voz impregnada de ternura,
 penetrando en la alcoba dice un niño:
 ¡Padre!... ¡Padre!... Sí, hay Dios!, yo no le veo;
 pero de fijo hay Dios, y yo lo creo,
 porque mamá, besándome en la frente
 me dijo ayer que el Dios omnipotente
 la llamaba a su lado... ¡pobrecita!
 Hay Dios, porque a buscarlo fué mamita,
 ¡y tú me has dicho que mamá no miente!

José M. Alvarez.

FRENTE AL MAÑANA

Cadáveres de imperios y falsos pedestales
sorprenderá la aurora con venturoso brillo,
cuando el taller entone los himnos del martillo:
¡no en bien de los tiranos, sino contra sus males!

Sombras de religiones, fantasmas ancestrales,
serán como las ruinas de un trágico castillo . . .
¡Y el hombre, con la Ciencia por único caudillo,
sin dioses, ni fronteras, ni leyes, ni jornales!

Las fuentes de la vida prodigarán sus aguas.
Una estación de amores como una primavera
se encenderá en su vientre de maternales fraguas.

Y al bárbaro conjuro de las sufrientes proles,
ha de surgir el mundo de luz que nos espera
como una mar dormida bajo un millón de soles!

José de Maturana.

1º DE MAYO

Esta fecha es de luto y es de gloria;
Es fecha de dolor y de venganza:
¡Abre una puerta al porvenir y suena
Como un grito de triunfo entre las llamas!

La sangre de los mártires, ardiente,
Regando ideas se volcó en la entraña
De una tierra fecunda que tenía
El aspecto de estéril y de bárbara.

Era bárbara sí, bárbara y fuerte;
Era el regazo agosto de una raza
Nacida con misión: ir en la selva
Paso abriendo a la luz y a la esperanza.

Seamos los albaceas de los héroes
Que echaron las simientes del mañana,
No desmayemos en la audaz contienda
Mientras el sol irradie en nuestras caras.

No hay pena que el labio no mitigue
Y herida que no cierre, ni haya infamia
Que no encuentre escarmiento en nuestros brazos:
¡Hagamos la justicia a luz y a lanza!

Desde el dintel del siglo saludemos
La voz de los profetas y los parias
Clamando: ¡Redención!, desde las horcas
Donde mueren, venciendo, por la causa.

En la noche social que nos circunda
Ellos sellaron la virtual palabra
Con un gesto más grande que el de Cristo:
¡Sembraron más, la mano fué más larga!

Amaron la existencia por sí misma
Y al ir al sacrificio, sobre el ara
Social donde rodaron sus cabezas,
No ambicionaron celestiales palmas.

Más fuerte fué su fe, vieron la vida
Abriéndose como una flor de gracia
Sobre el maldito surco do cayeran,
Aun en botón, las rosas y las dalias.

Surcos malditos por los hombres ciegos,
Juguetes del temor y la ignorancia,
Que infundieron las tristes religiones
En la grande miseria de sus almas.

¡Sombras de horror pesando en los cerebros,
Religiones de muerte, cuyos miasmas
Hoy enterramos en la edad que ha sido
Cual se arroja una piedra en una zanja!

Héroes, mártires, sabios y profetas
Han abierto el camino entre las zarzas,
¡Del Gólgota a Chicago hay veinte siglos,
De la Cruz a las Horcas más distancia!

¡Atrás las sombras y el dolor! Aun tiene
La tierra para darnos su más cara,
Su más bella cosecha. ¡Frutos óptimos
Presentidos por mártires y parias!

Derribemos el monte de los odios
Y, sobre el mal vencido corra el agua
De la fuente de amor. . . ¡La vida sea
De este choque inmortal: fuente y montaña!

Alberto Ghiraldo.

EL PERRO FIEL

Avezado a los vientos y a los noches sin sueño,
recorría los viejos barrios de la miseria
en busca de yantar;
y, al surgir de la luna la palidez etérea,
el pobre perro aullaba una canción funérea
triste, con las tristezas oceánicas del mar.

Si la lluvia era grande y el frío era inclemente,
tendíase a cobijo de los grandes portales;
y, si le echaban de ellos, huía humildemente,
resignados y mustios sus ojos virginales.
Parecía nostálgico de unos vagos cariños;
nunca ladró a los pobres de capas desgarradas,
y, como jamás hizo ningún daño a los niños,
le solían los niños perseguir a pedradas.

Una vez casualmente, un mísero pintor,
bohemio y soñador,
se encontró por las calles al miserable can;

el artista era un alma heroica y desgraciada,
que habitaba una oscura buhardilla ignorada,
donde sobraba el genio, donde faltaba el pan.

Un alma que tenía el amor de la gloria,
el grande amor fatal,
que unas veces nos lleva, radiante, a la victoria,
y otras veces al cuarto sin luz de un hospital.
Y, al ver el magro aspecto del pobre can baldío,
le dijo: Tu destino casi es igual al mío;
yo soy, como tú eres, un proletario roto,
sin familia, sin madre, sin hogar, sin abrigo,
y quién sabe si en ti, mísero perro ignoto,
no acabo de encontrar a mi primer amigo!

Derramaba la luna su luminosa calma
y del mísero can, el intenso mirar
daba a entender las ansias y la inquietud de un alma
que está encerrada y que quiere romper a hablar...
supo ver el artista, en los ojos de brasa
el mutismo elocuente de un corazón humano;
y le dijo así: —Fiel, vámonos hacia casa,
que tú serás mi amigo, desde hoy, y yo tu hermano.

Cuando el artista, débil, exhausto y miserable,
sentía vacilar el genio inquebrantable,
le decía su amigo de los ojos serenos:
—Yo sufro . . . y ya tú ves, la gente sufre menos
si alguien sufre a su lado . . .

Mas la fortuna, un día, la diosa millonaria,
llegándose al artista le iluminó la vida
con su bella alborada espléndida, nacida
de toques de clarín y alardes de tambor.

Era feliz; su alano
dormía, en una alfombra, a los pies de su lecho;
y todas las mañanas le besaba la mano,
gruñendo con un aire tranquilo y satisfecho.
Mas, ¡ay!, el dueño, ingrato, desleal compañero,

sumergido en un mar de goces y delicias,
ya soportaba mal las festivas caricias
de su leal cerbero.

Y pasó tiempo . . . El perro, esto es, el desdichado,
perdió la paz y el sueño,
viéndose muchas veces herido y castigado
por la simple razón de seguir a su dueño.

Enfermó... perdió el pelo, las fuerzas, la arrogancia.
Su dueño no podía verle sin repugnancia.
Y era como un infame, miserable asesino,
condenado a la cárcel y a galeras después;
si gruñía, llorando su mísero destino,
los lacayos brutales le daban puntapiés . . .

Hasta que, un día, en fin, sintiéndose morir,
dijo: —“No moriré sin verle; quiero ir
a exhalar a sus pies, el último gemido” . . .
Y, arrastrándose casi, exhausto y moribundo,
metiósele en el cuarto, lo mismo que un bandido.

Cuando el artista vió llegar al perro inmundo,
le echó la mano al cuello muy cariñosamente,
y le dijo, con el aire de un buen amigo:
—¡Pobrecito, Fiel mío!... ¡tan viejo y tan doliente!
Ven, que te acostaré; sal del cuarto conmigo. —

Y salieron los dos; todo estaba desierto;
la noche era sombría, era enorme aquel huerto,
y el perro, andando del dueño en seguimiento,
vacilante y sombrío,
oía, no muy lejos, como un presentimiento,
el hondo sollozar monótono del río.

Y comprendió, por fin. Acaban de llegar
al agua; y el pintor,
agarrando una piedra, se la ató en el collar,
fríamente, cantando una canción de amor.

Y el can, sublime entonces, impasible y sereno
 clavaba sus pupilas en las tinieblas mudas,
 con aquella amargura ideal del Nazareno,
 recibiendo, en la faz, el ósculo de Judas.
 Y pensaba . . . “Es lo mismo... mi muerte va a ser
 [cierta;
 pero cumplir sus órdenes es mi único deber . . .
 él me abrió aquella tarde la piedad de su puerta;
 moriré, si le doy, con mi muerte, placer.”

Luego, súbitamente,
 el artista arrojó el perro al agua brava;
 y, al darle un puntapié, cayóle en la corriente
 la gorra que llevaba . . .

Era un dulce recuerdo de una hora de locura,
 la memoria de un rapto de placer concedida
 por la más caprichosa y gentil criatura
 que él amó, como se ama sólo un día en la vida.

Y, volviendo a su casa, decía el hombre airado:
 “¡Por el maldito perro perder ese tesoro! . . .
 ¡Cuánto mejor sería haberle envenenado!
 ¡Maldito sea el perro! . . . Daría montes de oro,
 la riqueza, la gloria, la existencia, el futuro,
 para volver a ver aquel precioso objeto,
 dulce recordación de aquel amor tan puro!”
 Y acostóse nervioso, alucinado, inquieto.
 No podía dormir.

Apenas nace el día —¡extraño!— oye que dan,
 en su puerta, unos golpes... Se levanta y va a abrir;
 retrocede espantado. Es Fiel, el pobre can,
 que retorna, anhelante, exánime, enarcado,
 a gruñir y a exhalar el último extertor,
 soltando de los dientes, al caer fulminado,
 la gorra del pintor.

FUSILES Y MUÑECAS

Juan y Margot, dos ángeles hermanos
que embellecen mi hogar con sus cariños,
se entretienen con juegos tan humanos
que parecen personas desde niños.
Mientras Juan, de tres años, es soldado . . .
y monta en una caña endeble y hueca,
besa Margot con labio de granado
los labios de cartón de su muñeca.
Lucen los dos sus inocentes galas,
y alegres sueñan en tan dulces lazos;
él, que cruza sereno entre las balas;
ella, que arrulla un niño entre sus brazos.
Puesto al hombro el fusil de hoja de lata,
el quepis de papel sobre la frente,
alienta al niño en su inocencia grata
el orgullo viril de ser valiente.
Quizá piensa, en sus juegos infantiles,
que en este mundo que su afán recrea,
son como el suyo todos los fusiles
con que la torpe humanidad pelea.
Que pesan poco, que sin odios lucen,
que es igual el más débil al más fuerte,
y que, si se disparan, no producen
humo, fragor, consternación y muerte.

¡Oh! misteriosa condición humana,
siempre lo opuesto buscas en la Tierra:
ya delira Margot por ser anciana,
y Juan que vive en paz, ama la guerra.
Mirándoles jugar me aflijo y callo:
¿Cuál será sobre el mundo su fortuna?
Sueña el niño con armas y caballo,
la niña con velar junto a la cuna.
El uno corre de entusiasmo ciego,

la niña arrulla a su muñeca inerme,
 y mientras grita el uno: "¡Fuego! ¡Fuego!"
 la otra murmura triste: "¡Duerme! ¡Duerme!"

Juan de Dios Peza.

SEMBRANDO

De aquel rincón bañado por los fulgores
 Del sol que nuestro cielo triunfante llena;
 De la florida tierra donde entre flores
 Se deslizó mi infancia dulce y serena;
 Envuelto en los recuerdos de mi pasado,
 Borroso cual los lejos del horizonte.
 Guardo el extraño ejemplo, nunca olvidado,
 Del sembrador más raro que hubo en el monte.
 Aun no sé si era sabio, loco o prudente
 Aquel hombre que humilde traje vestía;
 Sólo sé que al mirarle, toda la gente
 Con profundo respeto se descubría.
 Y es que acaso su gesto severo y noble
 A todos asombraba por lo arrogante:
 ¡Hasta los leñadores mirando al roble
 Sienten las majestades de lo gigante!
 Una tarde de otoño subí a la sierra
 Y al sembrador, sembrando, miré risueño:
 ¡Desde que existen hombres sobre la tierra
 Nunca se ha trabajado con tanto empeño!
 Quise saber, curioso, lo que el demente
 Sembraba en la montaña sola y bravía;
 El infeliz oyóme benignamente
 Y me dijo con honda melancolía:
 —Siembro robles y pinos y sicomoros;
 Quiero llenar de frondas esta ladera,
 Quiero que otros disfruten de los tesoros
 Que darán estas plantas cuando yo muera.
 —¿Por qué tantos afanes en la jornada
 Sin buscar recompensa? — dije. Y el loco
 Murmuró, con las manos sobre la azada:

—Acaso tú imagines que me equivocó;
 Acaso, por ser niño, te asombre mucho
 El soberano impulso que mi alma enciende;
 Por los que no trabajan, trabajo y lucho,
 Si el mundo no lo sabe, ¡Dios me comprende!,
 Hoy es el egoísmo torpe maestro
 A quien rendimos culto de varios modos:
 Si rezamos, pedimos sólo el pan nuestro.
 ¡Nunca al cielo pedimos pan para todos!
 En la propia miseria los ojos fijos,
 Buscamos las riquezas que nos convienen
 Y todo lo arrostramos por nuestros hijos
 ¿Es que los demás padres hijos no tienen? . . .
 Vivimos siendo hermanos sólo en el nombre.
 Y, en las guerras brutales con sed de robo,
 Hay siempre un fratricida dentro del hombre,
 Y el hombre para el hombre siempre es un lobo.
 Por eso cuando al mundo, triste contemplo
 Yo me afo y me impongo ruda tarea.
 Y sé que vale mucho mi pobre ejemplo
 Aunque pobre y humilde parezca y sea.
 ¡Hay que luchar por todos los que no luchan!
 ¡Hay que pedir por todos los que no imploran!
 ¡Hay que hacer que nos oigan los que no escuchan!
 ¡Hay que llorar por todos los que no lloran!
 Hay que ser cual abejas que en la colmena
 Fabrican para todos dulces panales.
 Hay que ser como el agua que va serena
 Brindando al mundo entero frescos raudales.
 Hay que imitar al viento, que siembra flores
 Lo mismo en la montaña que en la llanura;
 Y hay que vivir la vida sembrando amores,
 Con la vista y el alma siempre en la altura.
 Dijo el loco, y con noble melancolía
 Por las breñas del monte siguió trepando.
 Y al perderse en las sombras, aun repetía:
 —¡Hay que vivir sembrando! ¡Siempre sembrando!

M. Blanco Belmonte.

¿POR QUÉ?

En la extensión dilatada
de verde pasto cubierta,
en la superficie abierta
de la campaña quebrada,
en la inmensidad regada
por el sosiego inaudito,
como el capricho fortuito
surgido de vez en cuando,
dos ranchos se están mirando
al través de un arroyito.

En uno nació Julián,
el doncel de la pradera,
gaucho de frase sincera
puesta en cuerpo de titán;
en el otro con afán
dieron el pecho a Ramón,
un fornido mocetón
de trato sencillo y llano,
tipo hermoso de paisano
por estampa y corazón.

Juntos sintieron pasar
entre el ruido de la estancia,
los abriles de la infancia,
las caricias del hogar;
juntos pudieron mezclar
sus expansiones nacientes,
juntos miraron ardientes
sus dolores y alegrías,
juntos llenaron sus días
con sus juegos inocentes.

Y al pisar en el abismo
de la lucha por la vida,
donde tiene su guarida
la legión del egoísmo,

rayaba en el fanatismo
la unión de sus afecciones
y las mismas emociones
brotaban entrelazadas
en dos mentes vinculadas
por iguales impulsiones.

Pero, la guerra civil
vino, repleta de saña,
a sacudir la campaña
con un empuje febril.
Y el arrojo juvenil
de la pareja mentada
dejó una historia cortada
al usar en forma franca,
Julián la divisa blanca,
y Ramón la colorada.

Los ejércitos contrarios
se hallan enfrente, por fin,
y pide sangre el clarín
por dos trapos funerarios.
Con bríos extraordinarios
se columpian las melenas
y sembrando luto y penas,
al escuchar voz de mando,
van las lanzas viboreando
por ambiciones ajenas.

En la ruda dispersión
de aquel combate imponente
Julián se vió de repente
cara a cara con Ramón.
Una extraña sensación
vino el cuadro a colorear
y llegándose a abrazar
sin reparos ni testigos,
se dijeron los amigos:
¿Por qué nos hemos de odiar?

EL TRABAJO

¡El trabajo! De los goces y placeres de la tierra,
No hay ninguno que le iguale ni en poder ni en magnitud.
Cuantas dichas anhelamos, el trabajo las encierra,
Pues él es quien da a los hombres la alegría y la salud.

¡Oh! qué hermoso es ver al hombre tras las horas de repo-
[so,

Rechazar de la pereza la tiránica opresión
Y lanzarse en el torrente fecundante y bullicioso,
De la vida y el trabajo que ha de ser su redención.

Por la noche todo es calma y es tristeza y es misterio;
Por el día todo es goce, todo es luz y todo es bien;
La quietud deja a la tierra convertida en cementerio,
El trabajo hace que el mundo se convierta en un edén.

¡Venga el día! Venga el día con sus luchas y sus ruidos
Que la lucha será siempre preferible a la inacción;
Y entreguémonos los hombres, de entusiasmo poseídos,
A buscar en el trabajo nuestra eterna salvación.

Trabajemos: de los goces y placeres de la tierra
No hay ninguno que le iguale ni en poder ni en magnitud,
Cuantas dichas anhelamos, el trabajo las encierra;
Pues él es quien da a los hombres la alegría y la salud.

Alberto Casañal.

INDIGNACION

Levántase a los cielos en raudo torbellino
del polvo de la tierra confuso nubarrón,
y cubre con sus alas el disco diamantino
del refulgente sol.

Y dícele con burla: —¡Prosigue tu carrera!
 Tus rayos de topacio nublados por mí son:
 tu orgullo he confundido, monarca de la esfera
 tu luz amenguo yo.—

Y el sol contesta: —En breve se ha de calmar el viento
 y ¡oh nube! en lodo infecto te habrás de convertir;
 en tanto yo ilumino la tierra, el firmamento,
 ¿y el hoy y el porvenir?

Así la envidia estúpida con pérfida inocencia,
 los lauros del talento pretende mancillar...
 ¡Es ella polvo inmundo y es sol la inteligencia,
 ¡tu lumbre es inmortal!

Ricardo Palma.

G U A J A

Ven acá, granuja.
 ¿Dónde andas, so guaja?
 Hoy te mondo los güesos a palos.
 No llores ni juyas, porque no te escapas.
 Yo no sé lo qué hacer ya contigo.
 ¡Me tienes mu jarta!
 A ti ya no te valen razones,
 a ti ya no te valen palabras,
 ni riñas, ni encierros,
 ni golpes, ni nada.
 Te dije al marcharme: “Levántate pronto,
 y estira esos güesos, y dobla las mantas,
 y enciende la lumbre, y arrima el puchero,
 y enjuaga las ollas y barre la casa”.
 Y vengo, y me encuentro, grandísimo pillo,
 la lumbre sin brasas,
 el puchero, sin caldo ni pringue;

la vivienda, peor que una cuadra;
 la burra, sin pienso;
 las pilas, sin agua.
 ¿Segaste la yerba?
 ¿Trajiste la paja?
 ¿Regastes los tiestos?
 ¿Cernistes la harina? ¿Clavaste la estaca?
 ¿Comió la cordera? ¿Bebió la lechona?
 ¿Cogiste los güevos? ¿Mudaste la cabra?
 ¿Y a ti qué te importa? Pa qué quiés cansarte,
 si está aquí la burra que tó te lo jaga.
 Te piensas, granuja, que ha de estar tu madre
 jechita una negra, quemándose el alma,
 pa que tú me malgastes el tiempo,
 que da más que lástima,
 jecho un rapasuelta,
 jecho un rajamantas,
 por esas callejas detrás de los perros,
 por esos regatos tirando a las ranas,
 o buscando níos por las zarzamoras,
 que así estás de lindo, grandísimo guaja,
 ¿Y ese siete tan guapo en la blusa?
 ¿Y esos pantalones tan llenos de manchas?
 ¡Qué gorra más limpia!
 ¡qué medias tan majas!
 ¡qué pelos tan lindos!
 ¡qué codos, qué cuello, qué puños, qué mangas!..
 ¡Yo no sé lo qué hacer ya contigo!
 ¡Me tienes mu jarta!
 De sobra conoces que somos solitos,
 que ya no tenemos quién nos lo ganaba...
 que la vida de toitos los pobres
 es vida de lágrimas...
 pero ni por esas.
 A ti, que te dejen roncando en la cama,
 y te pongan la mesa tres veces,
 y rueden los días, y viva la holganza.
 Súbete esos calzones, so pilló;
 átate esos zapatos, so randa;

quítate esos mocos,
 lávate esa cara,
 ¡y vete ahora mismo donde no te vea,
 que me tienes, me tienes mu jarta!
 Te aseguro, chiquitín, te aseguro
 que esto se te acaba.
 En dende mañana a la cola del burro;
 conmigo a la plaza,
 conmigo al molino,
 conmigo a la jaza;
 ¡a suar fatigas!
 ¡a mojarte el alma!
 Ya verás las penitas que cuesta,
 ya verás con qué ajogos se gana
 ese pan que tan cómodamente
 a lo bobo, a lo bobo te zampas . . .
 y ahora, a la cama, a la cama.

La aurora se acerca,
 espléndida, diáfana.
 Lentamente, despliegan los campos
 su manto de escarcha.
 La madre, afanosa, se tira del lecho
 y sus toscos aperos prepara,
 que ya espera más rudas que nunca,
 la brega diaria.
 Cariñosa y tierna,
 se acerca a la cama,
 donde el niño, cándido,
 tranquilo descansa.
 Un instante contempla amorosa,
 su faz sonrosada,
 Y después, con cariño ferviente,
 dando un beso en sus labios, exclama:
 —¡Yo turbar este sueño tan dulce! . . .
 ¡No fuera quien soy ni tuviera entrañas!
 ¡Juega y brinca y destroza, hijo mío!
 ¡¡Tu madre lo gana!!

Vicente Neria.

PANDERETA

Madre Andalucía, caja de alegría,
pandereta heroica de vibrante son:
es a ti a quien debo, madre Andalucía,
los desbordamientos de mi fantasía
y las marejadas de mi corazón.

Río con tus risas, peno con tus penas;
sangre de tu sangre corre por mis venas,
que si soy de Lima, tú has estado allá;
y desde la altura de esa Edad remota,
viene a mí tu sangre cual si fuese gota,
que por cuatro siglos destilando está.

Amo tus balcones llenos de macetas
y las coplas tristes con que tus poetas
pulsan la guitarra y hacen el amor;
la sospecha muda, la venganza mora,
el galán furtivo, la mujer traidora,
y el puñal desnudo de su matador.

Amo las corridas de tus regios teros,
en que los cohetes de ímpetus sonoros
nienten en el cielo rúbricas de luz;
y en que los toreros, todos relumbrantes,
hunden con el puño, lleno de diamantes
los estoques hasta la sangrienta cruz.

Amo la elegancia de tus bandoleros,
una mitad zafios y otra caballeros,
que el orgullo sienten de su propio rol:
tal es cómo a veces diez cabalgaduras
trotan por tus sierras y por tus llanuras,
bajo el peso a plomo de aplastante sol.

Amo el regocijo de tus zambras locas,
en que los claveles ríen como bocas

y el dorado vino baila en el cristal;
y en que esbelta maja, de sensual donaire,
desenrosca un tango . . . y echa por el aire
frescos puñaditos de menuda sal.

Madre Andalucía, caja de alegría,
pandereta heroica de vibrante son:
es a ti a quien debo, madre Andalucía,
los desbordamientos de mi fantasía
y las marejadas de mi corazón.

José Santos Chocano.

AMOR DE MADRE

.....

—Quiero ofrecerte un tesoro
de mi eterno amor en prenda,
pero quiero que esa ofrenda
no sea en joyas de oro.

—Pues me darás, cuando cuadre,
en prueba de esa pasión,
un sangriento corazón:
el corazón de tu madre.

Dijo la dama al doncel,
que ciego al punto corría
adonde su madre dormía
soñando acaso con él.

Ciego de insana pasión,
se acerca trémulo al lecho,
y arranca del noble pecho
de su madre el corazón.

Y ya en el umbral sombrío
de su amada, cruel, cayó,
y aquel corazón gritó:

¿Te has hecho daño, hijo mío?

.....

José de Echegaray.

ADIOS A LA ESCUELA

Ha llegado el momento de dejarte;
nuestra labor del año está cumplida;
somos el escuadrón blanco que parte
con la amargura de la despedida.

Patio con sol que nunca olvidaremos;
aula, donde aprendimos tantas cosas;
pedacito de cielo, que aun lo vemos
por la ventana abierta entre las rosas . . .

Ya no vendremos más a tu llamado,
vieja campana de color ceniza;
ni escribiremos en el encerado
con la barrita blanca de la tiza.

Queda entre tus paredes nuestra infancia,
el primer goce y el primer quebranto,
la amistad, esa flor de tolerancia
y los maestros que quisimos tanto.

Adiós escuela. Con el alma henchida
de gratitud la caravana parte,
nuestro blanco escuadrón hará en el vida
más de un alto, tal vez, para adorarte.

Fermín E. Gutiérrez.

LAS HORMIGAS

He admirado el hormiguero
cuando henchían el granero
las innúmeras hormigas;
he observado su tarea
bajo el fuego que caldea
la estación de las espigas.

Esquivando cien alturas
y salvando cien honduras,
las conduce hasta las eras
un sendero largo y hondo
que labraron desde el fondo
de las lóbregas paneras.

Y en hileras numerosas,
paralelas, tortuosas,
la vereda es dura y larga,
pesadísima es la carga
y asfixiantes las fatigas.

Mas la activa muchedumbre
que la tierra reverbera,
senda arriba y senda abajo
se embriaga en el trabajo
que le colma la panera.

Son comunes los quehaceres,
son iguales los deberes,
los derechos son iguales,
armoniosa la energía
generosa la porfía
los amores fraternales.

Si rendida alguna obrera,
por avara, no subiera
con la carga la alta loma,
la hermanita más cercana
con amor de buena hermana
la mitad del peso toma.

“Nadie huelga ni vocea,
nadie injuria ni guerrea,
nadie manda ni obedece,
nadie asalta el gran tesoro,
nadie encela el grano de oro
que al tesoro pertenece . . .”

He observado el hervidero
del innúmero hormiguero
en sus horas de fatigas . . .
Si en los ocios invernales
sus costumbres son iguales
¡son muy sabias las hormigas!

Gabriel y Galán.

A MI MADRE

(Fragmento)

Dicen que todo al fin se desvanece,
todo pasa, se olvida, pierde y borra . . .
Yo no soy infeliz, mas vivo triste,
y un torcedor arrastro en mi memoria.

Un templo, un bosque, un ave que pasando
cruza en el viento descarriada y sola,
prensan mi corazón, y a mis pupilas
solitaria una lágrima se asoma.

Pláceme ver tras un claro riachuelo
lamer su orilla con azules ondas,
y al resplandor del trémulo crepúsculo
sentir la fuente murmurar sonora.

Pláceme ver tras el opuesto monte
hundir al sol su faz esplendorosa,
y al despedirle desde el hondo valle
al compás de las aguas y las hojas.

Y pláceme en paseos solitarios,
en dulces sueños delirando sombras,
perderme en la floresta sin camino,
ideando quiméricas historias.

La mía es triste: cansa y no interesa;
sin aventuras intrincadas, corta:

es una historia solamente mía,
como otras muchas que a la vez se ignoran.

Es la historia de un sueño fatigoso
en que nada sucede, nada importa;
no se comprende, pero no se olvida,
y sus vagos recuerdos nos acosan.

Yo la recuerdo con vergüenza siempre;
temo profundizarla, y sus memorias,
como gotas de mágico veneno,
caen en mi corazón una tras otra.

¿Qué os hicísteis, dulcísimos instantes
de mi infancia gentil? ¿Dó están ahora
los labios de coral que me colmaron
de blandos besos que mis ojos lloran?

¿Dó está la mano amiga que trenzaba
las hebras mil de mi melena blonda,
tejiéndome coronas en la frente
de azucenas silvestres y amapolas?

Era ¡ay de mí! mi madre: alegre entonces,
tranquila, amante, como el alba hermosa:
jamás me ha parecido otra hermosura
tan digna de vivir en mi memoria.

¡Apartaos, impúdicas quimeras!
Mas os detesto cuanto más vosotras
tenaces me seguís: ya no sois nada:
cesó el festín, rompiéronse las copas.

Ella es mi madre; sus ardientes besos
con vuestra vil presencia se inficionan.
¡Idos en paz, que el llanto de sus ojos,
del alma impura vuestra imagen borra!

José Zorrilla.

HIMNO AL MAESTRO

Elevemos el alma en el canto
al conjuro de un mismo sentir,
y gloriemos con voz cristalina
al maestro del aula infantil.

Que el maestro en sus nobles afanes
es un padre de gran corazón;
son sus hijos, los niños del pueblo,
su desvelo, su fe, su ilusión.

De la vida sus mieles extrae
—el saber, la virtud, la beldad—
y en el alma del niño las filtra
a través de una excelsa bondad.

Y es la escuela su templo profano;
la campana, sonoro laúd,
es la voz que repite en los aires.
“Al gran pueblo argentino, ¡Salud!”

Damián N. Comte.

PLEGARIA DEL ALBA

Soñé que allá, bajo el hogar paterno
Dormido en tu regazo, madre mía,
Sobre mi frente pálida sentía
El beso de tu amor, sublime y tierno.

Soñé que al despertar, tu dulce acento
Como un eco del cielo desprendido,
Anidaba su música en mi oído
Para arrullar mi insomne pensamiento.

Soñé que tu dulcísima mirada
Mis ojos, ¡ay! acariciando abría;
Y al levantar los párpados, veía
El rostro de la madre idolatrada.

Y soñé que tu angélica sonrisa
 Rizó por mí tu venerable frente,
 Como clara y purísima corriente
 Besada por el soplo de la brisa.

¡Soñé! . . . mas ¡ay! que al despertar del sueño
 Me hallé muy lejos del hogar amado
 Y tan sólo en mi espíritu grabado
 ¡Tu semblante purísimo y risueño!

¡Ah! yo soñaba despertar contigo
 Madre de mis hermanos, madre mía,
 Y me hallé, que en un páramo dormía
 Bajo el cañón del bárbaro enemigo.

Alzando entonces la mirada al cielo
 Y besando tus flores perfumadas
 Acaso con tus lágrimas regadas,
 Levanté mi plegaria de consuelo:

Feliz aquél que al despertar el día,
 Aunque proscrito del hogar paterno,
 Encuentra el corazón profundo y tierno
 Que responda al llamarle: ¡madre mía!

Ricardo Gutiérrez.

EL POEMA DE LAS LAGRIMAS

Cuando el amor o la amistad, le deben
 a la ternura despertar el alma,
 y el alma debe aparecer sincera
 en la mirada,
 podrán los labios engañar, fingiendo
 una sonrisa seductora y falsa,
 pero la prueba real sólo se muestra
 con una lágrima.

Una sonrisa puede ser a veces
 un artificio que el temor disfraz,

tras ella puede hasta ocultarse el odio
que nos amarga.

Por eso quiero más sólo un suspiro
cuando los ojos, expresión del alma,
por un momento miro oscurecerse
con una lágrima.

¡Oh, cuántas veces por lograr la gloria
más de un soldado con furor se afana
en matar sin piedad a su enemigo
en las batallas;
pero levanta al que cayó en el suelo
y sus heridas compasivo baña,
con amor, con piedad, con sentimiento,
con una lágrima.

Y cuando vuelve, henchido de ese orgullo
que hace latir el pecho que avasalla;
cuando teñida en enemiga sangre
cuelga su espada,
le recompensan todas sus fatigas:
el abrazar a la mujer amada
y el darle un beso en sus mejillas húmedas
con una lágrima.

Cuando al imperio de la eterna noche
tome su vuelo para siempre mi alma,
cuando mi cuerpo exánime repose
bajó una lápida,
si por ventura os acercáis un día
donde mi triste sepultura se halla,
humedeced tan sólo mis cenizas
con una lágrima.

Yo no deseo mármol . . . monumento
que a la ambición la vanidad levanta:
manto suntuoso con que el necio orgullo
cubre su nada;

no darán sus emblemas a mi nombre
 el falso orgullo ni la gloria vana;
 lo que yo quiero, lo que sólo pido
 es una lágrima.

Lord Byron.

EL PRIMER JORNAL

Estoy d'alegría
 así como loca;
 no sé qué me pasa
 que estoy mu gozosa;
 mi pituso, el chaval que pa Enero
 cumplirá trece añitos, ya cobra
 d'aprendiz de ebanista, un realillo;
 un realillo, señá Telesfora;
 ya es un hombre mi pobre pituso.
 Con qué gusto llegó de la obra,
 y me dijo con too requilorio
 y el aquel de una grave persona:
 Ahí van, madre, seis días, seis riales;
 son pa usté; no se quede usté tonta,
 que los ha ganao menda y son suyos;
 tómelos, ya tié usté pa la compra.
 Sucedió que m' ha dicho el maestro
 que le deben de dir bien las cosas:
 "Tú, chaval: anda y dile a tu madre
 que dende esta semana ya cobras,
 porque vales y tiés amor propio,
 y trabajas y tiés güena nota
 y t'aplicas; currela y aprende;
 no t'ajuntes con malas personas."
 Y el pobre reía
 con risa nerviosa,
 diciéndome —Madre,
 yo lo gano ahora;
 ya se pué dar usté güena vida;
 y si padre se pone cogorza

y se gasta el jornal, y los sábados
 llega a casa sin perras, no importa;
 aquí está su pituso hecho un hombre
 pa ganarlo pa toos; ya no hay broncas
 por si no hay pa pagarle al casero
 ú si fían ú no en la tahona;
 ahí van madre; seis días, seis riales;
 son pa usté, no se ponga usté tonta,
 que los ha ganao menda y son suyos;
 tómelos, ya tié usté pa la compra;
 y besaba a su hermano, el de pecho,
 y el chiquito, Dios mío, qué cosas!,
 parecía entenderle a su hermano,
 y los dos se besaban. Yo, boba
 me quedé contemplando a mis hijos.
 Dios aprieta, me dije, y no ahoga,
 es mu justo que tenga alegrías
 la que sufre, señá Telesfora,
 y las que da un hijo
 son las más hermosas,
 son las alegrías
 que más emocionan.

Yo cogí el jornalillo en mi mano;
 lo besé muchas veces llorosa;
 contemplé a aquel hijito del alma,
 y le dije yo así, de esta forma:
 —Dios te dé salú y suerte, mi cielo,
 pa ganar tus jornales con honra.
 ¡Ay, qué bien va a saberme, hijo mío,
 ese pan que yo lleve a mi boca
 cuando piense que tú lo ganaste
 con amor pa que yo me lo coma!
 Estoy d'alegría
 así como loca;
 no sé qué me pasa
 que estoy mu gozosa;
 mi pituso, el chaval que pa Enero
 cumplirá trece añitos, ya cobra
 d'aprendiz de ebanista un rialillo.

¡Un riallillo, señá Telesfora! . . .
 Usté que fué madre
 y aprecia estas cosas,
 No es verdá que un hijo como éste,
 tan güeno, tan güeno, da gloria . . . ?

Antonio Casero.

LA MUÑECA

En una noche de Enero
 una niña pordiosera,
 con los pies casi desnudos,
 con las manecitas yertas,
 cubriendo, a modo de manto,
 con su falda la cabeza,
 y sin temor a la lluvia
 que más cada vez arrecia,
 contempla extasiada y triste,
 el interior de una tienda
 que por su gusto en juguetes
 es en Madrid la primera.
 —¿Qué haces aquí? — le pregunta—
 con voz desabrida y seca,
 un dependiente, empujando
 a la niña hasta la acera.
 —¡Déjeme usted! ¡Si es que estaba
 mirando aquella muñeca!
 —¡Vaya! Retírate pronto
 y deja libre la puerta.
 —Dígame usted, ¿cuesta mucho?
 —¿Quieres marcharte, chicuela?
 —¿Será muy cara, verdad?
 ¡Lo que es como yo pudiera! . . .
 —¡El demonio de la chica!
 ¿Pues no quiere comprar ella? . . .
 Lárgate a pedir limosna

y déjate de simplezas.
La muñeca que te gusta
vale un duro, conque ¡fuera!

Marchóse la pobre niña
ocultando su tristeza . . .
En vano pide limosna . . .
Ninguno escucha sus quejas . . .
y desfallecida y débil
cruza calles y plazuelas
recordando en su amargura
la tentadora muñeca . . .

—¡Caballero, una limosna
a esta pobrecita huérfana!
—Déjame, que voy de prisa.
—¡Por Dios, señor! ¡Aunque sea
un céntimo . . . ! ¡Tengo hambre! . . .
—(¡Pobre niña! ¡Me da pena!)
Toma.
—¡Señor! ¡Si es un duro!
—Te lo doy para que puedas,
siquiera por esta noche,
tener buena cama y cena.
—¡Déjeme usted que le bese
la mano!

—Quita, tontuela.

—¡Que Dios se lo pague a usted!
¡Un duro! . . . ¡Estoy más contenta! . . .
¿No será falso, verdad?
—¡Cómo, muchacha! ¿Tú piensas? . . .
—No, señor . . . perdone usted . . .
Pero . . . ¡vamos! . . . la sorpresa.
¡Si voy a volverme loca
de alegría! . . . ¡Quién dijera! . . .
¡Que Dios le premie en el mundo
y le dé la gloria eterna!

Y apretando entre sus manos
convulsiva la moneda,
corrió por la calle abajo
veloz como una zaeta.

A la mañana siguiente
se comentaba en la prensa
el hecho de haberse hallado
en el quicio de una puerta,
¡el cadáver de una niña
abrazando a una muñeca!

Vital Aza.

A M E R I C A

¡América, mi América coronada de sol,
árbol inmenso y pródigo, que a mi hogar das abri-
[go!
¡Oh madre de Bolívar, de Wáshington, de Artigas,
de San Martín, de Juárez! ¡Oh luminosa América
de corazón virgíneo!

Tus Andes son cual brazos tendidos hacia el mun-
[do
llenos de un santo anhelo de solidaridad;
¡América de labios floridos de canción!
¡América de manos desbordantes de pan!

América, mi América,
que al porvenir avanzas
ofrendando a los pueblos
tu noble democracia.

En esta esplendorosa mañana te saludo,
y a ti, mi dulce América, elevo mi oración:
¡Ah, danos la serena majestad de tus Andes!
¡Danos la generosa pureza de tu sol!

Gastón Figueira.

DE PANTALON LARGO

Está Pepe "el Rosca"
y está "la Milagros"
que bailan de gozo
porque su muchacho
cumple doce abriles,
y pa celebrarlos
hoy ponen al chico
pantalones largos.

Hay que ver al chaval hecho un hombre;
anda recio y bracea, con garbo,
y su padre y su madre lo miran
y lo abrazan y dicen: ¡Dios santo,
si parece mentira que sea
este mozo el mocete de antaño;
si parece que está más creció
y hasta ya da vergüenza besarlo! . . .

Jesús, cómo pasan
los pícaros años;
si nos hace viejos
mía este renacuajo
y qué bien le sientan
los calzones largos!

Las vecinas se salen a verle
y al cruzar el chaval por el patio,
le jalean, le aplauden y gritan:
—¡Olé ya por los cuerpos serranos!
—¡Dios bendiga a los mozos de rumbo!
—¿Vas por novia por un por si acaso?
Porque aquí tengo yo una morena
que también ha vestido de largo.

Y el chico camina
más serio que un ajo,
y el padre y la madre,
detrás del muchacho,

sonríen al verle,
 tan serio y tan guapo.
 Van en ca del agüelo Faustino
 que no sabe palabra del caso,
 y le quieren largar la sorpresa,
 y suben, y llaman, y sale el anciano,
 que, al ver a su nieto, va y dice: ¡Repuño!
 ¿Quién es este señor tan reguapo? . . .
 y le mira y le abraza y le besa,
 y el pobre agüetele llora de entusiasmo,
 y vuelve a mirarle,
 y vuelve a besarlo,
 y quié convencerse,
 y de arriba a bajo
 contempla al chiquillo
 y dice, cambiando

de tono, al mocete, que escucha al agüelo,
 y al padre y la madre, que están extasiados:

—Hijo mío: hoy te visten de hombre
 siendo niño; no sabes lo amargo
 y difícil del trance, mi vida,
 que, aunque a broma, mi bien, lo tomamos,
 tú no sabes lo serio, hijo mío,
 que es dar en el mundo ese paso.

Muchas veces, hijito del alma,
 os vestimos alegres de largo,
 y después de algún tiempo decimos,
 al mirar que no vais caminando,
 por el mundo por güenos senderos:

¡Quién pudiera vestirle de niño
 al que de hombre vestí, cielo santo!

Y basta de penas
 y sermones rancios;
 toma, pa que invites
 a toos y cuidao
 a quien invitás,
 que hay amigos malos . . .
 ¡Jesús! cómo pasan

los pícaros años;
si nos hace viejos;
mía este renacuajo
y qué bien le sientan
los calzones largos! . . .

Antonio Casero.

NOSTALGIA

Hace ya diez años
que recorro el mundo.
¡He vivido poco!
¡Me he cansado mucho!

Quien vive de prisa no vive de veras,
quien no echa raíces no puede dar frutos.

Ser río que corre, ser nube que pasa,
sin dejar recuerdo ni rastro ninguno,
es triste; y más triste para quien se siente
nube en lo elevado, río en lo profundo.

Quisiera ser árbol mejor que ser ave,
quisiera ser leño mejor que ser humo;
y al viaje que cansa
prefiero el terruño:

la ciudad nativa con sus campesinos,
arcaicos balcones, portales vetustos
y calles estrechas, como si las casas
tampoco quisieran separarse mucho . . .

Estoy en la orilla
de un sendero abrupto.
Miro la serpiente de la carretera
que en cada montaña da vueltas a un nudo;
Y entonces comprendo que el camino es largo,
que el terreno en brusco,

que la cuesta es ardua,
 que el paisaje es mustio...
 ¡Señor! ¡Ya me canso de viajar! ¡Ya siento
 nostalgia, ya ansío descansar muy junto
 de los míos!... Todos rodearán mi asiento
 para que les diga mis penas y mis triunfos;
 y yo, a la manera del que recorriera
 un álbum de cromos, contaré con gusto
 las mil y una noche de mis aventuras
 y acabaré en esta frase de infortunio:
 —¡He vivido poco!
 ¡Me he cansado mucho!—

José Santos Chocano.

AL PUEBLO ARGENTINO

Defensor de sagradas libertades,
 fuiste guerrero audaz, sin ser guerrero,
 blando en la paz, para la guerra acero
 y cúmulo de todas las bondades.

De la pampa en las grandes soledades
 vibró tu canto con amor sincero,
 y siempre generoso y siempre austero
 honra fuiste del campo y las ciudades.

Vano oponerse a tu genial bravura;
 dulce cual niño en tiempo de bonanza,
 defendiendo el honor con mano dura,

nada pudo igualarse a tu pujanza,
 y fuiste de los tristes la ventura
 y de los hombres libres la esperanza.

Rafael Ruiz López.

VIDA CAMPESTRE

Busque quien quiera pompa, altos honores,
Templos, plazas y grandes monumentos,
Delicias y tesoros, nunca exentos
De amargas inquietudes y dolores.

Un verde prado rebosando flores,
Un río que de hierba se rodee,
Un pajarillo que su amor gorjee,
Mejor pueden calmar nuestros ardores.

Selvas sombrías, rocas, altos montes,
Antros oscuros, fieras fugitivas,
Alguna bella ninfa temerosa . . .

Veo en ello, en mis propios horizontes,
Mis bellas luces cual si fuesen vivas.
¿Quién, pues, me impide de gozar tal cosa?

Lorenzo de Médici.

LA ESCUELA

Son las niñas de hoy, las hijas tiernas
Que el ala maternal cubre y calienta;
Las madres de mañana, en cuyo espíritu
Y en cuyo corazón la escuela siembra.

Son los niños de hoy, los hijos tiernos
Que aun bajo el palio paternal caminan;
Y son los ciudadanos de mañana
Que en la escuela se forman a la vida.

Con ellos viene el porvenir: ¡miradlo!
El porvenir con sus brillantes galas:

Para los oprimidos, el consuelo;
Para los abatidos, la esperanza.

¡Yo te saludo, ejército invencible
De la fecunda e inmortal cruzada!
¡Yo te saludo, escuela, noble escuela,
Que matas en su germen la ignorancia!

¡Foco inmenso de luz, astro divino
Que iluminas el cielo de la patria;
Fuente de paz, de bienestar, de gloria;
Redentora del mundo, marcha, marcha!

José P. Varela.

LA NIÑA POBRE

Su viaje por la vida pesóle como un cargo,
apenas ocupaba su banco de escolar,
su padre —un alcoholista— vistióla traje largo
y púsola en la fábrica vecina a trabajar.

Puntada tras puntada, ganó su pan amargo;
cargó sobre sus hombros de tísica el hogar.
Es cierto que era alegre, jovial, y, sin embargo,
a veces la costura dejó para llorar...

Palabras maternas jamás le prodigaron;
no tuvo serenatas ni nunca despertaron
su sueño, los acentos de cálida canción.

Y mientras que los años pasaban con angustia,
mirábase en el rostro señales de flor mustia
y como un pajarillo, dormido el corazón.

Martín Rafael Berutti.

A EJEMPLO DE LOS ARBOLES DESNUDOS

No es el otoño, no ,quien a los árboles
arrebata sus hojas, que son ellos,
son los árboles mismos quienes ceden
sus hojas a los vientos. . .

Los árboles desdeñan
la estéril pompa del follaje muerto,
y, con viril austeridad, aguardan
desnudos los rigores del Invierno.
¡Saben que sólo así la Primavera
los vestirá de nuevo!

Alma mía: estos árboles desnudos
sean para ti ejemplo.
Renuncia como ellos, a lo vano;
despójate, como ellos, de lo viejo.
Si en ti muere una idea, para siempre
arráncala de ti y échala al viento.
¡Porque son los cadáveres de ideas
la estéril pompa del follaje muerto!

No finjas pensamientos que no pienses,
no mientas con fingidos sentimientos.
Antes que así, desnuda
resiste los rigores del Invierno.
Y al cabo tornará la Primavera
y a ti también te vestirá de nuevo!

Enrique Ruiz de la Serna.

HIMNO AL ARBOL

Se entreabre la tierra, agita Tellus su seno,
 Dora Febo el terruño que el azadón ha cavado,
 Piadosa mano deja caer el grano.
 Fecundidad de sombra, de tranquilos tiempos de vistas
 [hermosas.

Es un niño: su cuerpecito ciñe alba túnica,
 Esperanza irradia su labor juguetona.
 Fecundidad venidera de prudencia, previsión, horizontes
 [lejanos.

Con la ayuda sostenida de la acción, acrece la idea.
 Aunque puer, acumula prácticas buenas, enseñanzas altas.
 Fecundidad de miras, de anhelos, aún más, de actos.

Bajo tu copa, árbol dulce, viva próspera, feliz la tierra
 [republicana.
 Fecundidad de amor, de paz y de afanes.

Eleve su hogar, a la vera de tu tronco protector, el cha-
 [carero, el peón,
 El ciudadano aficionado a lo útil y a lo bello.
 De vida regalada y sonriente, fecundidad.

A diario aumente la estima por tu existir, potente ima-
 [gen de la tierra bendita.
 Que de ti se encariñe el niño, que el adolescente indague
 [en tu vida

Que el hombre te adore como a su madre,
 ¡Exaltaciones de una vida más bella,
 Fecundidad de un porvenir risueño!

Afán de una patria yerma ¡oh! benignos tutelares dioses
 Poblad la gleba, quitad toda estafa!
 Fecundidad, más fecundidad de una tierra más preclara!

Custodio de la pradera, mezcla tu cuerpo el aura, ondule
 [tu ramaje;

Conservas tú el agua de la vida, eres morada del aéreo
[cantor,
Alto relieve del horizonte, otorga tus galas a nuestra cam-
[piña.
Fecundidad de árboles, de árboles bellos, de árboles sin
[fin!

Alberto Nin Frías.

EL FERROCARRIL

Lanzó a los vientos su pendón de fuego,
rasgó los aires su silbido agudo;
su aliento de humo es el fecundo riego
que anima el serio del desierto mudo.

¡Miradlo! . . . Va tragando las distancias;
parece apenas que la tierra toca,
y devorado por febriles ansias
nubes vomita por su ardiente boca.

¡Miradlo! . . . Es el guerrero del presente,
el genio armado de la nueva idea;
la ley del porvenir brilla en su frente
y su penacho de vapor ondea.

¡Miradlo! . . . Es el centauro del progreso,
es el audaz conquistador moderno.
¡Está de sangre su pendón ileso,
su gloria brilla con fulgor eterno!

¡La barbarie se esconde amedrentada
al divisar su enseña brilladora,
como las sombras de la noche alada
al centellear un rayo de la aurora!

Los tiempos del futuro, que dormitan
del desierto en las vírgenes entrañas,
a su acento despiertan y palpitan,
cual palpita el volcán en las montañas.

¡Es del progreso la primera aurora
que irradia en esta tierra bendecida,
en esta tierra, siempre vencedora,
en esta tierra, hidrófica de vida!

Es el acento de la audacia humana
que crece, se duplica, se agiganta;
que pone de la vida en la mañana
las alas del relámpago a su planta!

Olegario V. Andrade.

MADRE MIA, OH, MADRE MIA

(Traducción por A. Nin Frías)

Si me colgasen de la más subida colina,
Madre mía, oh madre mía,
Yo sé cuyos pasos hasta allí me seguirían aun,
¡Madre mía, oh Madre mía!

Si yo me ahogara en el mar más hondo,
Oh, Madre mía, oh Madre mía!
Yo sé cuyas lágrimas fluirían hacia mí,
¡Madre mía, oh Madre mía!

Si yo me condenase en cuerpo y alma,
Madre mía, oh Madre mía,
Yo sé cuyas preces me salvarían,
¡Madre mía, oh Madre mía!

Rudyard Kipling.

Índice de Poesías

Propósitos	5
----------------------	---

PRIMER GRUPO

Soy un tesoro	7	Campanita escolar	10
El gusanito de seda	8	Mariposas	11
Mi manecita	8	Mis deditos	11
El jilguerillo	8	Cuando sea grande	12
A mi bandera	9	Mi madre	12
El nido	9	El gallinero	13
Mi cuaderno	9	El pájaro y el niño	13
Los pollitos	10	Haraganería	14
Es preciso trabajar para	15		

SEGUNDO GRUPO

El mejor amigo	17	La hermana	24
El nido	18	El gato	24
Azul y blanca	18	La muñeca	25
Hermanos	19	El globito azul	26
¡Siémbrale, hijo mío!	19	Hombrecito	28
Acuarela	20	Oración al libro	28
Caperucita	20	El chico que robó un nido	29
Rinrín Renacuajo	21	¡Sé alegre y trabajador!	30
El gallo	22	El molino	31
Las dos rejas del arado	23	La mejor profesión	32
El pampero	23		

TERCER GRUPO

Como un árbol	33	El martillo	40
Una niña a su maestra	34	Las vacaciones	41
Cómo quisiera ser	35	El obrero	42
Caricia	35	A un niño	42
El mapa argentino	36	Sí, pobre viejecita	43
Canto a la pampa	37	Cuentan de un sabio	43
Canción de paz	37	¿Qué quieres ser?	44
El trabajo	38	Mamboretá	45
A Domingo Faustino	39	Consejo maternal	46

Sarmiento	47	Buenos Aires	72
Patria	48	Los chicos salen	72
Bonita lección	48	Sembrador	73
Sol de la mañana	49	Al genio	74
A Colón	50	La canción del sauce caído	74
Perfume de otoño	50	El minero	75
El ombú	51	Al partir	76
El colegial	51	El celeste camarada	76
La victoria	52	Caperucita roja	77
¡Adiós campanital!	53	El balero	78
La silla que ahora nadie ocupa	54	A la maestra	80
El trabajo	55	El ombú	81
Plantemos el árbol	55	La escuela	81
¡Cómo estudia Pedro!	56	El hornero	82
La Canción del herrero	57	Por los golfos	83
El año que no llegará nunca	58	La honra	84
Pastorcita	59	El día del obrero	85
Lección	60	La sombra	86
Mendiga	61	¡Salve!	87
La Independencia	62	El canto libre	88
Madrugada	62	La estadística	88
Los tres nenes	63	La higuera	89
El taller	65	No importa	90
Deseos	66	Los días de Mayo	90
Limosna	66	El canto materno	91
Hora de fuego	67	Los tinteros	92
Los tres amigos	68	El mono miope	93
El corazón det la muñeca	70		

CUARTO GRUPO

Las dos espigas	95	A unas flores	111
¡Pobrecito!	96	Canto a la Argentina	111
Rima	97	Al Plata (Fragmento)	112
La bandera de Mayo	98	La dalia	114
Himno al árbol	98	Consejos de Martín Fierro	114
La tempestad	99	Trabaja	115
El 25 de Mayo de 1810	100	Ladrar a la luna	116
El nido	101	Tarde gris	117
Diálogo gaucho	103	Colonia escolar	117
Hoy he nacido	105	El desierto	118
Amor fraternal	106	El amanecer	119
La escuela	106	La vuelta de los campos	120
Reír llorando	108	Mi madre	121
El hijo de la calle	110	La cuna	121

El álamo blanco	122	¿Por qué?	155
Quiénes son los muertos . . .	123	El trabajo	157
Las tres virtudes	123	Indignación	157
La Argentina	124	Guaja	158
La felicidad	125	Pandereta	161
Flor del campo	125	Amor de madre	162
Hogar	127	Adiós a la escuela	163
Las aves	127	Las hormigas	163
Cansera	128	A mi madre	165
Cantar sencillo	129	Himno al maestro	167
Tierras gloriosas	130	Plegaria del alba	167
Canciones de mi casa	131	El poema de las lágrimas . . .	168
El cañón y el arado	131	El primer jornal	170
Sarmiento	133	La muñeca	172
Libertad (Fragmento)	134	América	174
A un joven ocioso	135	De pantalón largo	175
La tumba del soldado	136	Nostalgia	177
La nodriza	137	Al pueblo argentino	178
Tierra ingrata	141	Vida campestre	179
Los tres ochos	142	La escuela	179
Las madres	143	La niña pobre	180
Inocencia infantil	145	A ejemplo de los árboles desnudos	
Frente al mañana	146	181
1º de Mayo	146	Himno al árbol	182
El perro fiel	148	El ferrocarril	183
Fusiles y muñecas	152	Madre mía, oh, madre mía .	184
Sembrando	153		

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Índice de Autores

AUTORES

PAGINAS

A

Andrade, Olegario V.	47 - 184
Arrieta, Rafael Alberto	49
Alcal, Jesús	63
Acuña, M.	87
Alberdi, Héctor R.	117
Alarcón, Pedro A.	120
Amicis, E. de	121
Alvarez, José M.	145
Aza, Vital	174

B

Berdiales, Germán	9 - 101
Bórguez, Solar Antonio	25
Burghi, Juan	33
Bravo, Mario	38 - 127
Barreda, Ernesto Mario	41
Bourguet, Lola S. de	48
Blanco, Manuel M.	61
Bianchi, José Juan	73 - 97 - 130
Bruna, José Carlos	94
Becquer, Gustavo A.	97
Bianco, Eduardo B.	100 - 133
Bufano, Alfredo	131
Benejam, Juan	133
Blanco, Belmonte M.	154
Berutti, Martín Rafael	180

C

Catalá, Encarnación	5
Cotta, J. Manuel	10 - 11 - 43
Camino, Miguel A.	19
Cavestany, Juan Antonio	27 - 112
Caffarena, José	41 - 42

AUTORES

PAGINAS

Calderón de la Barca	45 - 111
Carriego, Evaristo	46 - 54
Castro Cambón, Vicenta	75
Castro Cristóbal, de	125
Casañal, Alberto	157
Comte, Damián N.	167
Casero, Antonio	172 - 177

CH

Charras, J. de	34
Chocano, José Santos	128 - 162 - 178

D

D'Auría, Lorenzo	7 - 32
De Deambrosi, R.	12
Domínguez, María A.	36
Domínguez, Luis L.	81
Del Campo, Estanislao	104
Domínguez, Ricardo	107
Díaz de, Escobar	117

E

Echeverría, Esteban	119
Echegaray, José de	162

F

Fernández Ríos, Ovidio	13 - 124
Figueira, Gastón	29 - 80 - 174
Flores, Julio	88
Falco, Ángel	124

G

Guezúraga, M.	9
Gutiérrez, Juan M.	51 - 98
Gutiérrez, Ricardo	52 - 168
Guído y Spano, Carlos	62 - 72
Gil, Ricardo	142
Ghinaldo, Alberto	148
Guerra Junqueiro	151
Gutiérrez Fermín, Estrella	163
Gabriel y Galán	165

H

Hartzenbusch	13
Hérder, Juan	69
Hernández, José	115
Herrera y Reissig, Julio	120

I

Ibarbourou, Juana de	89 - 122
Isaacs, Jorge	137

J

Jiménez, Luis J.	22
--------------------------	----

K

Kipling, Rudyard	184
----------------------------	-----

L

López, Enriqueta	15
Lord Byron	170

M

Marquina, Eduardo	24
Mistral, Gabriela	28 - 36 - 78
Martínez, Sierra G.	31
Méndez, Gervasio	39
Menchaca, Angel	52
Martorelli	54
Martínez Estrada, Ezequiel	59
Medina, Vicente	64 - 129
Menéndez, Rodolfo	65
Márquez, José A.	86
Mármol, José	113
Maturana, José de	130 - 146
Médici, Lorenzo de	179

N

Nelson, E. L. de	19 - 35 - 86
Nervo, Amado	43 - 105
Nin Frías, Alberto	76 - 183

A U T O R E S

P A G I N A S

Núñez de Arce, Gaspar	96.
Neria, Vicente	159

O

Obligado, Rafael	20 - 23 - 76
Osorio y Gallardo, Carlos	49
Osorio y Bernard M.	55

P

Pombo, Rafael	22 - 23 - 60
Palacios, Teodoro	9 - 18
Parravicini	26
Pellicer, Carlos	31 - 142
Pérez Zúñiga, Juan	92
Parraguez, Ismael	73
Peza, Juan de Dios	102 - 109 - 153
Pompa, Calixto	116
Palma, Ricardo	123 - 158
Palacios, Pedro B.	134

Q

Queiroz Eca de	140
----------------------	-----

R

Rosas, José	17
Réboli, Ida	30 - 83
Riú, Francisco A.	37
Rivarola, Enrique E.	55
Roquendo, Miguel	58
Rubkert	66
Rueda, Salvador	67 - 145
Ruiz López, Salvador	81 - 91 - 178
Richepin, Juan	84
Regules, Elías	126 - 156
Ruiz de la Serna, Enrique	181

S

Sanz, Hilario	8 - 12
Sitja y Pineda	8
Silva Valdés, Fernán	10 - 80

A U T O R E S

P A G I N A S

Stechetti, Federico	62
Schiller, Federico	85
Sanjuán Pascual de	106
Selgas, José	114 - 123

T

Turgueneff, Iván	67
Tellez, Roberto Guzmán	75
Trilussa	88
Torres Quintero, G.	136

V

Villaespesa, Francisco	21 - 50
Velarde	39
Vadell, Natalio A.	47
Vicuña Solar, Benjamín	50
Val, Luis de	57
Vaca, Chávez F.	74
Vega, Carlos	90
Verdaguer, Jacinto	91
Valera, José P.	181

W

Williams, Alberto	72
-------------------------	----

Y

Yunque, Alvaro	12
----------------------	----

Z

Zucchi, A.	11
Zorrilla de San Martín	99
Zapiola, Eduardo O.	110
Zapata, Marcos	116
Zorrilla, José	166

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Edición de la EDITORIAL CLARIDAD. Derechos reservados. Queda hecho el depósito que establece la ley.

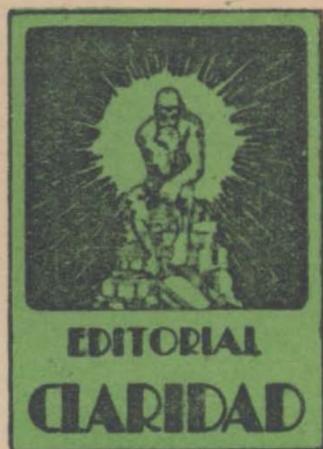
Textos de Lectura Libre

Colección de libros selectos en los que se exalta el amor a la naturaleza, a la verdad y la libertad; el valor, el idealismo en ejemplos y leyendas. Estos libros deben ser leídos por los escolares, estudiantes, padres y maestros.

Barcos de Papel. — Alvaro Yunque	0.30
Jauja (Otros barcos de papel). — Alvaro Yunque	0.30
Lectura Libre. — Alvaro Yunque	1.—
Narraciones. — Rafael Calzada	0.40
Antología de Versos recitables. — 100 composiciones de los más famosos poetas. — La edición más selecta	0.40
Recuerdos de Provincia. — Domingo F. Sarmiento	0.50
Argirópolis. — Domingo F. Sarmiento	0.50
El Arroyo. — Eliseo Reclus	0.60
Bases. — Juan Bautista Alberdi	0.50
Juvenilia. — Miguel Cané	0.40
Corazón (Diario de un niño). — Edmundo De Amicis ..	0.50
Doctrinas y Descubrimientos. — Florentino Ameghino ...	0.50
El Culto al Arbol. — Alberto Nin Frías	1.—
Martín Fierro. — José Hernández	0.20
Leyendas para Niños. — Encar Catalá	0.60
Fábulas para Niños. — Encar Catalá	0.60
Versos para Niños. — Encar Catalá	0.60
Facundo. — Domingo F. Sarmiento	0.50
La Ciudad Indiana. — Juan Agustín García	0.80
Hacia la escuela del Porvenir. — Angelo Patri	0.60
Las Islas Malvinas. — Alfredo L. Palacios	0.50
Id., id. — Edición especial	1.50
Poemas Clásicos. — La Cautiva. — El Fausto. — Santos Ve- ga. — E. Echeverría, E. del Campo y Rafael Obligado .	0.50

Estas obras y las que se seguirán publicando se venden en los kioscos y puestos de periódicos de todo el país. Los pedidos a la Administración se despachan libres de franqueo.

EDITORIAL CLARIDAD



60 cts.
